

QUIÉNES Y CÓMO NOS **TRAICIONARON**

ROSENDO ARGÜELLO RAMÍREZ



EXTRACTOS DE
"ESTAFA Y FARSA EN EL CARIBE"

MOTIVO DE ESTE FOLLETO

ROSENDO ARGÜELLO RAMÍREZ



QUIÉNES Y CÓMO NOS TRAICIONARON

*Versión 1.0 de EDEL para <https://elespiritudel48.org>
Diseño de portada IA-CRM.*

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

CONTENIDO

Extractos de "Estafa y farsa en el Caribe" Motivo de este folleto

Preparación de la Guerra Civil de Costa Rica y origen del Pacto del Caribe

Sobre el caso Figueres

Quiénes y cómo nos traicionaron

EXTRACTOS DE "ESTAFA Y FARSA EN EL CARIBE" MOTIVO DE ESTE FOLLETO

Un grupo de viejos y leales amigos me ha estado pidiendo, desde hace tiempo, que escriba este folleto, dado que algunos de ellos mismos participaron en la llamada "Revolución del Caribe", en la guerra civil que llevó al poder al señor José Figueres F., y han podido comprobar y sentir en los demás, y en sí mismos, las dolorosas consecuencias de nuestro error. Van estas líneas inspiradas por fundamental motivo de servir, con nuestra amarga experiencia, de advertencia y lección a todos aquellos que las lean, y que estén en peligro de ser inducidos a servir de pedestal a oportunistas del mismo tipo que se sirvieron de nosotros para escalar al poder a fin de saciar apetitos personales. Es a mí a quien buenos compañeros de lucha y dolor han encargado el relato, porque desde un principio me tocó la penosa notoriedad de haber sido uno de los realmente decisivos en la gestación de ese movimiento, y haber sido luego, al triunfo de la guerra civil en Costa Rica, el nicaragüense que ocupó cargos directivos más importantes, en los cuales traté, como a muchos consta, de hacer bastiones desde los cuales impulsar el movimiento revolucionario del Caribe; hasta la fecha en que, burlado por el señor Figueres y su grupo, hube de retirarme convencido de que nunca hubo buena fe en las personas que se nos hicieron.

La lucha por la que creíamos la liberación del Caribe, marca una larga y dolorosa etapa durante la cual, un grupo de hombres de buena fe inspirados por ideales democráticos, hicimos sacrificios que es difícil describir en plenitud. Algunos nos desarraigamos de nuestras familias y medios económicos de la vida, abandonando negocios establecidos con mucho esfuerzo; pero en lo moral es que reside lo más amargo de nuestra experiencia. Quisimos servir a la libertad, la consecuencia fue desatar una era fascistoide tan violenta y cruel como todas las totalitarias. Nos corresponsabilizamos, sin quererlo, con abusos, desmanes y crueldades cometidas por otros; jamás con nuestro consentimiento, y rara vez con nuestro oportuno conocimiento para tratar de impedir esos crímenes. Los mismos partidarios del expresidente doctor Calderón Guardia pueden ser testigos imparciales de mi personal lucha por impedir o remediar abusos. Es más de algún entusiasta trabajador de ayer, el que se siente despojado casi totalmente de la fe de los hombres que convocan a la batalla por mejorar a nuestros pueblos, en nombre de los ideales de Bolívar y Martí. Y es más cruel robar a un ser humano la fe en ese algo superior a los intereses personales, la fe en Dios o a las causas buenas, que robarle su patrimonio material, porque la fe es el tónico espiritual más necesario para que un hombre pueda vivir, luchar y cultivar sentimientos superiores.

Este folleto está inspirado en razones más serias que las de servir de simple desahogo o para adquirir notoriedad, caso este completamente innecesario si tal cosa pudiera gustarme, dado que mi actuación antes, durante y después de la guerra civil de Costa Rica fue demasiado visible como para que pudiera interesarme el buscar pequeñas formas de aparecer ante el público. En todo caso, quien haya llevado una vida pública intensa sabe, por penosa experiencia, que siempre constituye una esclavitud personal el ser muy conspicuo. Tampoco puede ser labor fascinante para nadie esto de ocuparme de una personalidad como la del señor Figueres, a quien de cerca y en la perspectiva" que el tiempo da. a los hechos queda retratado en su polifacética personalidad, atenta, únicamente a sus propias conveniencias hay unas de ideales. La historia sabrá darme la razón cuando lo juzguen, un pobre ser enfermo de múltiples males que afectan su equilibrio mental, al grado de hacer que sus "complejos" se manifiesten en un serio delirio de grandeza. Lo peligroso es que él no está ubicado en un sanatorio donde lo sometieran a tratamiento adecuado manteniéndolo recluido en el departamento donde la psiquiatría lo señalara. Por el contrario, el señor Figueres está hablándole al pueblo de Costa Rica y a mucha gente del Caribe, que no ha podido percibir su fondo auténtico desde el pedestal del expresidente, de personaje aureolado con la fama de éxito militar, y adornado con muchos otros falsos oropeles.

Comentarios

Si Figueres escala de nuevo la presidencia de Costa Rica porque la ciudadanía consciente de aquel país no lo detenga a tiempo, se convertirá no solo en peligroso para un país, sino para Centroamérica entera y otros pueblos hermanos. Figueres está poseído hasta lo más hondo de su ser, con la convicción de que es en lo ideológico la encarnación de Martí; y en lo militar, la reproducción de Bolívar. Muchas veces le oímos decir: "soy el mejor estratega del Caribe", y en otras ocasiones exclamar en vos baja, con la mirada fija en algún inspirador punto del horizonte: "Yo estoy llamado a resolver todos los problemas. de Centroamérica, porque soy el único que sabe hacerlo". Y para llegar a cumplir sus planes mesiánicos, necesita primero el poder de Costa Rica; él tiene dinero suficiente, lo mismo que el grupo que en él disfrutó el poder, para con los recursos del dinero, hacer prodigios eleccionarios; pero. si no gana a la buena, estoy de cierto que tratará de ganar a la mala, pues para eso gana celosamente enorme arsenal en sus fincas, precisamente las mismas armas de que nos despojó a nosotros los nicaragüenses luego de que nuestras gestiones las habían conseguido de un generoso país aliado.

Apreciación

Podría aducirse que Figueres no constituye un peligro ni para Centroamérica, ni para otros pueblos antillanos, porque ya estuvo en el poder y no hizo nada a pesar de tener

compromisos para actuar. El argumento pareciera bueno sin conocer el fondo de las .causas que le impidieron actuar. Yo sostengo que él siempre soñó con actuar, pero, en Nicaragua, por ejemplo, por medio de un grupo que le fuera incondicional, sumiso, fanático de su persona, dispuesto a poner en práctica tanto en lo militar como en lo político exclusivamente sus ideas u órdenes sin objeción alguna. Su sueño fue siempre el de ser gran elector de Centroamérica, cuando yo organicé a un grupo de comandos nicaragüenses en Costa Rica, obteniendo con mucha pelea parte de la ayuda que antes Figueres había prometido para este fin, me habló repetidas veces, y me envió amigos de países aliados para convencerlos que lo dejaran a él nombrar los jefes militares del movimiento en Nicaragua, y el gobierno revolucionario, todos escogidos por Figueres, entre dominicanos y hondureños iletrados que tenían el mérito de ser incondicionales. Esto se repitió con frecuencia, y su resentimiento fue visible y el enfriamiento de nuestras relaciones obvio, debido a mi negativa a su pretensiones, una vez consultado mi estado mayor nicaragüense entre los que había varios veteranos como el general Rivers Delgadillo, general Velásquez, etc.; todos ellos rechazaron unánimemente la jefatura de cualquier extranjero, ya que el pueblo nicaragüense tenía demasiada consciencia de su propia virilidad y capacidad como para aceptar como jefe supremo de una revolución a un extranjero. Esto motivó agrias discusiones en las cuales él trataba de demostrarme que los exiliados nicaragüenses en su mayoría eran ineptos, traidores, ambiciosos; y que llegaban a la casa presidencial no solo a pedirme servicios sino a intrigar en mi contra. En esto debo reconocer que tuvo un gran fondo de razón, como fu: constatándolo con el tiempo, para mi vergüenza y dolor. No obstante, siempre abrigué fe en la gente sencilla de Nicaragua; en los viejos paladines incorruptibles; en la juventud idealista, de los cuales nunca consideré como representantes legítimos a los fatuos señorones que allá, a Costa Rica, llegaron exigiendo jerarquías y prebendas en nombre de partidos históricos que el pueblo ya repudiaba su funesta actuación a través de medio siglo.

En lo que acabo de expresar, que puede resumirse en el hecho de que Figueres no encontró sumisión a sus pretensiones en nosotros, su grupo más cercano, ni tuvo fe en el reumático y vano grupo de empergaminados señores representantes de partidos históricos, está la explicación legítima de su final determinación de no hacer, en aquella época, un movimiento armado "para salvar al Caribe". Pero no ha desistido de su más cara ambición, la de ser árbitro en Centroamérica, máxime considerando que personajes de valor innegable en el Caribe lo toman en serio y le ofrecen su cooperación ahora para después, si llegan a triunfar en sus propios lares.

Declaración sincera

Aunque la experiencia y el análisis de cuanto ha ocurrido en los ue timos ocho años,

me han hecho cambiar muchos puntos de vista sobre el método conveniente para contribuir a mejorar una situación anómala cualesquiera de nuestros pueblos, tal vez nada me haya hecho más escéptico respecto a la utilidad de un movimiento armado que el contacto estrecho con los llamados emigrados. Entre ellos existen hombres de pureza probada, de corazón elevado, de mentalidad ilustrada, y me enorgullezco en reconocerlo así, poniendo al doctor Salvador Mendieta y al profesor Edelberto Torres como entre los mejores ejemplos, y estoy seguro que en Nicaragua podrían citarse una docena de figuras preclaras y dignas de enarbolar el pabellón de un ideal redentor. Pero es de todo mundo sabido que los verdaderos valores en Nicaragua, fuera de ser escasos, no son los que preponderan en las camarillas de intrigantes y envidiosos que han constituido, y siguen formando, las argollas cerradas y vanidosas que dirigen o más bien extravían la senda política de nuestro sufrido y noble pueblo, en todo sentido digno de mejor suerte. Cualquier movimiento triunfante sobre la base del sacrificio del pueblo, hasta donde he podido darme cuenta por experiencias directas, tendría dos consecuencias inmediatas: 1) Negar al mismo pueblo sacrificado toda injerencia en el manejo de los asuntos que le conciernen. 2) Aislar totalmente del cenáculo de los monopolios políticos a las figuras que por su prestigio y demostrada rectitud pudieran ser un estorbo a sus maquinaciones.

Opinión veraz

Y un movimiento armado debe tener una raíz moral y un derrotero asegurado por dirigentes probos y expertos, para que se justifique la inmolación de los soldados que han de luchar por un ideal. Es necesario tratar de medir con serenidad el terrible alcance que puede tener en dolor y destrucción una guerra civil. Y soy de los que pueden hablar con arrepentimiento del mal sin tasa que un ardor bélico, o un entusiasmo irreflexivo, o una sugestión profunda pueden provocar si desata o contribuye a desatar una guerra. La corrupción de generaciones enteras puede tener su origen en una guerra, cualquier guerra, quizás más aún la civil que la internacional, períodos en que se hace natural rebasar todo límite moral engendrando una fuente interminable de pasiones que continúan intoxicando y pervirtiendo la vida civil a veces durante varias generaciones. En lo material no es menor la proporción de perjuicios que la guerra desata, retrasando a veces en cincuenta años, y aún más, el proceso de una nación. Todavía pueden observarse, en algunos estados de la Unión Americana, los daños irreparados de la guerra civil, que al lado del derecho encabezó el apóstol Abraham Lincoln. Por lo tanto, una acción armada, si justificable a veces, debe hacerse solo cuando ya no queda otro expediente cívico para reclamar los derechos que se consideran conculcados. Todo sacrificio es poco para reconquistar la libertad de un pueblo aherrojado, pero rara es la vez en la cual la opresión sea tan absoluta que impida otros medios de lucha. La culturización y la organización le dan a un pueblo tal conciencia y tal fuerza efectiva, que es muy difícil que la sola fuerza

de las armas pueda oponerse a sus derechos cívicamente formados.

Resumen

Cuando ya no queda ningún expediente pacífico que oponer a la fuerza bruta enseñoreada de una nación, y se busca el doloroso camino del derramamiento de sangre para llegar a la libertad, todavía habría que analizar, muy hondamente, si el remedio impuesto no va a llegar por mixtificación de dirigentes corrompidos, o de antecedentes dudosos, a un empeoramiento de la condición anterior del pueblo. Al fin y al cabo, el concepto de libertad debe pasar de ser un ambiguo vocablo, muy utilizado demagógicamente y ser una realización concreta: mejores alimentos; servicios médicos accesibles a todos; oportunidades culturales para la mayoría; mejores salarios; aumento de la producción y mejor distribución de la riqueza, legislación bilateral que garantice a obreros y patronos; seguro social sin negocio ni oportunidad de demagogia para ningún político; formación de un estado realmente institucional en el cual siempre el poder está lealmente subordinado a las leyes que rigen para garantía de todos; reforma agraria efectiva. En suma, justicia social que es la médula de una democracia moderna.

Tal vez sea un error mío adelantar juicios y conceptos sobre Figueres, su grupo y los propósitos para la mayoría ocultos, que le inspiran. Nuestro hemisferio, en particular el Caribe, todavía adolece de graves males; difícil está el acertar el método a emplearse, porque un mal remedio es peor que la enfermedad. "Nunca, -dice Walkari- la substitución de un diablo menor por uno mayor salvó a nadie". Pero si se recuerda que yo caí en un tiempo en la órbita caótica de aquello que regido por Figueres dio en llamarse "Junta Fundadora de la Segunda República", podría entenderse mejor que sé de lo que hablo. Aquello fue una ensalada de teorías contradictorias, de anarquismo; de fascismo; socialismo, y posturas democráticas en mangas de camisa, respaldada por una agrupación de "gánsteres" bien armados que daban en llamarse militares, coroneles para arriba. ¿Qué otra cosa podría haberme quedado de aquella época sino asco y espanto ante la posibilidad de que estos mismos hombres vuelvan al poder, más fuertes y ya capaces de predominar en Centroamérica con la ayuda de aliados poderosos? No quisiera que mis hijos estuvieran vivos si tal desastre llegase a ocurrir. Entonces, los que aceptan "cualquier remedio" y "un cambio a todo trance, sentirían en carne propia que los males actuales son benignos si se les compara con los que caerían sobre la república dirigida por esta clase de revolucionarios. En la más vehemente esperanza de que eso no llegue a suceder, es que hago este llamado de advertencia para que hecho un análisis de los hechos que a continuación relato, saquen oportunas decisiones.

PREPARACIÓN DE LA GUERRA CIVIL DE COSTA RICA Y ORIGEN DEL PACTO DEL CARIBE

Prologómenos

Puede decirse que la preparación de la guerra civil de Costa Rica, y los planes para una acción general para democratizar el Caribe, se originaron en una entrevista que José Figueres y yo tuvimos una noche de junio del 43 en la ciudad de México. Esa noche era mi invitado a comer en el sanatorio que yo dirigía en Luz Saviñón, 214, (calle de la Colonia del Valle en la capital mexicana), el culto sacerdote costarricense A. Arié, cuando llegó con un huésped inesperado, el señor José Figueres. Nos explicó el padre Arié, a mi esposa y a mí, que se había permitido llevar sin consultarnos a ese amigo, porque sabedor de nuestros ideales, estaba seguro de que nos agradecería conocer a uno de los más valientes luchadores democráticos de Costa Rica. Tomó luego la palabra el señor Figueres, quien nos explicó que no hacía mucho él había sido expulsado de Costa Rica por el presidente doctor Rafael Ángel Calderón Guardia, debido a su continua lucha por frenar los crecientes desmanes antidemocráticos de su régimen, y, sobre todo, por haberle dicho ciertas verdades en la radio, particularmente en lo que al despilfarro de los fondos del erario nacional se refería(1). Que sabía que a mí me correspondió ser el primer blanco del doctor Calderón Guardia cuando me expulsó en 1940(2) y que también sabía de mis antecedentes de luchador por lo que se sentía identificado conmigo aun antes de conocerme. La conversación se prolongó sobre el tema de los regímenes dictatoriales que entonces prevalecían en Centroamérica, y Figueres me dijo que el mal de las dictaduras, era como una peste contagiosa, pues hasta la tradicionalmente pacífica y democrática Costa Rica estaba siendo tiranizada, refiriéndome, al efecto, muchos episodios que, narrados y adobados según sus conveniencias, como comienzo a lo que califico su "gran mentira" corroboraban su aserto. Llegamos a la conclusión de que como el mal de Centroamérica era común, era preciso pensar en un remedio común, y no en curas locales; es decir, no circunscribirse a actuar por la libertad de un solo país. Le sugerí que nos agrupáramos en "La Unión Democrática Centroamericana", donde actuaban personas de reconocido idealismo, como el profesor Vicente Sáenz; doctor Pedro Zepeda; Juan José Meza, doctor Alduvín, etc., pero me dijo que en su concepto eran demasiado teorizantes, y que debíamos de formar un grupo aparte compuesto de gente inspirada en principios, pero que fueran de acción. Quedamos esa noche que continuaríamos entrevistándonos y que yo seleccionaría un grupo de nicaragüenses y otros centroamericanos para formar el núcleo de lo que habría de ser una organización capaz de trabajar con efectividad por la liberación de Centroamérica.

Como el señor Figueres tomó una casa a una cuadra del sanatorio, las entrevistas se facilitaban y continuaron verificándose con frecuencia. Poco a poco fuimos delineando planes más concretos; primero pensamos en los métodos de lucha cívica, pero dijo que a él no le permitían en Costa Rica ni hablar, ni escribir; de manera que este tipo de campaña era imposible. Finalmente, después de discutir y analizar, llegamos a la conclusión de que necesitábamos recurrir a la acción armada, dado que en ningún país de nuestro istmo se permitía libertad de organización, reunión o manifestaciones, ya que todas estas formas de protesta eran suprimidas por la fuerza, excepción de Costa Rica donde la oposición contó hasta la llegada de Figueres al poder, de irrestricta libertad, hasta para conspirar. Luego discutimos cuál debía ser el primer país donde actuáramos, y estuvimos de acuerdo en que desde un punto de vista militar, considerando a Centroamérica como una fortaleza unitaria, había de entrar a ella por la puerta más débil, y que esa entrada fácil era sin duda alguna Costa Rica, donde la falta de ejército, y la falta de gente con experiencia militar daban las facilidades para conspirar libremente, nos expeditaba globalización de nuestros planes, para adquirir una base desde la cual proceder a la liberación de Centroamérica.

En una de nuestras conversaciones, le hice ver a Figueres que una campaña militar era costosísima y difícil, dada la protección que cada gobierno se brindaba según los pactos de La Habana de 1926, y que ya habían pasado los tiempos en que los gobiernos dejaban actuar, libremente, en su territorio, a los revolucionarios de otros países, brindándoles no solo asilo sino ayuda económica y militar, como lo hizo sobre todo Nicaragua tantas veces con los emigrados de Honduras, Costa Rica, Colombia, Venezuela, etc. Su argumento fue que lo de Costa Rica era fácil si yo conseguía militares veteranos nicaragüenses para dirigir la revolución, y que el dinero necesario él podría conseguirlo, dado que el capitalismo tico estaba totalmente en contra del régimen del doctor Calderón Guardia, debido a la reforma social que era apoyada por los partidos de izquierda. Fue esa la primera vez que el señor Figueres me expresó, al referirse a este tema, que él también apoyaría a la clase trabajadora, y haría avanzar más sus conquistas sociales.

Así continuamos tratando de organizarnos con otros compatriotas, y de seleccionar a las personas que habrían de acompañarnos en la acción. Yo mantuve la tesis de que primero comprásemos las armas, y ya ciertos de que disponíamos de un arsenal adecuado, nada difícil sería conseguir nicaragüenses expertos en su manejo para ponerlas en efectividad. A medida que fui conociendo a algunos amigos de Figueres a los que él llamaba "su grupo", sentí cierto enfriamiento en cuanto a mi fe de que nos ayudarían una vez en el poder. Hablaban con aire de superioridad, como si ellos fuesen de París, y el resto de los centroamericanos de las selvas de África. Tampoco le noté idealismo; y su preparación estaba resumida al conocimiento de lo que ocurría

en la Avenida Central de San José, y a las altas y bajas del café. Expresé mi disgusto a Figueres, y le pedí que buscara otro grupo, porque sin duda en la oposición encontraría tipos que inspirasen más confianza en sus cualidades varoniles. Su contestación fue que él pensaba emplear a sus amigos únicamente como partes de su maquinaria política, que la acción la dejaríamos a los nicaragüenses, y que él compartía mi desconfianza en esos señoritos, y sabía lo que eran sus sentimientos, pues que él no pensaba siquiera como tico, que era catalán de corazón, y que tampoco era Costa Rica su principal interés, sino Centroamérica, pero que ya que este país era la base más fácil de conquistar, lógico era que allí comenzásemos. Desoí la voz de mi presentimiento y me dejé convencer por sus argumentos.

Mientras tanto, continué mi labor de relacionar a Figueres con todos los centroamericanos que parecían compartir nuestros ideales. Corno el dinero que Figueres esperaba de sus amigos capitalistas de Costa Rica demoraba en llegar, le manifesté mi impresión de que nada le mandarían a él para armas si no era con la recomendación de don León Cortés, hombre de popularidad innegable, y a la sazón jefe indiscutible de la oposición en Costa Rica. Corno yo había sido desde 1938 médico de la digna y noble esposa de don León Cortés, y amigo de don León, expresé mi idea de escribirle a este caballero, exponiéndole nuestros planes, prometiéndole nuestro apoyo armado para su triunfo, y pidiéndole a la vez que buscara la forma de respaldar nuestros propósitos. Figueres me dijo que no hiciera tal, porque don León era muy celoso e imprudente, y que mi carta sería contraproducente. No obstante, corno yo conocía a don León y la inmensa fuerza que representaba, y se me hacía cada vez más evidente que muy pocas personas respaldaban a Figueres, decidí escribir a don León pese a las protestas de Figueres. Envié mi carta con el joven diputado León Fernando Lara, muy amigo de don León, quien se enteró de su contenido y me manifestó que creía que este "líder" era el único capaz de levantar una revolución en Costa Rica. Don León no contestó mi carta, pero su señora esposa, la incomparable dama doña Julia, me escribió diciéndome que la carta había sido recibida, y que se me agradecía, y que su marido deseaba que yo procurase llegar para conversar esas cosas personalmente con él. Esto me produjo optimismo, y comuniqué a Figueres mi deseo de dejar a alguien en la dirección de mi sanatorio, y hacer un viaje de incógnito a Costa Rica. Este se opuso decididamente, alegando que era peligrosísimo; que los agentes del Gobierno me matarían, que el riesgo no valía la pena porque nada sacaría del candidato don León Cortés. Corno yo había adelantado algo mis gestiones para retornar, le comuniqué que muy cerca del gobierno del doctor Calderón Guardia yo tenía un amigo que ofrecía darme seguridades si llegaba. Además de hablar con don León, yo deseaba ver cuál era la situación de Costa Rica, y hablar con mi citado amigo influyente para ver si era posible encontrar la forma de que él, a espaldas del doctor, me diera bases durante 48 horas para actuar en contra del régimen del general Sornoza. No obstante, Figueres se opuso tan rotundamente a

mi viaje, que hubiera sido preciso romper con él a insistir en hacerlo, y a pesar de las dudas que su actitud me inspiraba, esto no era posible dado que ya había llegado a considerarlo mi más idealista e importante aliado en la campaña liberadora de Centroamérica, que ya no de Costa Rica, porque él me insistía mucho que este país le era secundario, y que su principal preocupación era liberar a Nicaragua.

Pasó el tiempo, casi un año, y nada hacíamos de efectivo, pues todo quedaba en largas pláticas sobre temas económicos, sobre proyectos, y acerca de planes militares sobre el mapa de Costa Rica. Finalmente llegó a su fin el término presidencial del Dr. Calderón Guardia, y resultó electo presidente don Teodoro Picado, contra todas las predicciones de Figueres que daba por seguro el triunfo de don León Cortés.

Pasaba el tiempo, y el apoyo económico a Figueres no le llegaba. Don León, aunque dolido de su derrota, no se decidía a actuar en el terreno bélico porque tenía "mucho miedo, según expresaba Figueres. Finalmente convinimos en que de lejos era difícil hacer nada, y en que era preciso regresar a Costa Rica. Le manifesté a Figueres que yo estaba ya organizado aquí donde tenía medios para vivir. Recuerdo bien que convinimos en que al llegar yo a Costa Rica sembraríamos e industrializaríamos el frijol soja, empresa de la cual he sido muy entusiasta, dado que resuelve muchos problemas económico-nutritivos de nuestros pueblos, entre ellos el de proveerlos de proteínas de primera calidad a bajo precio. Esperábamos que esta empresa produjera no solo para nosotros sino para los gastos del movimiento.

Figueres se fue primero a Costa Rica sin que el gobierno lo molestara en lo más mínimo, y luego le seguí yo, todo durante la administración de don Teodoro Picado. Mi entrada fue obtenida por cierto, por el mismo buen amigo con el cual traté de ir a conversar en tiempos del Dr. Calderón Guardia, amigo con el cual, a pesar de grandes diferencias políticas, conservé profunda amistad, pues él es un idealista como muy pocos he conocido. Se trata de Manuel Mora.

Como no fue posible establecer la empresa de la industrialización del frijol soja, abrí de nuevo mi clínica en San José, no sin las protestas de don José Figueres, quien consideraba que todo mi tiempo debía de estar dedicado exclusivamente a la preparación de la gesta libertadora.

En esos días establecí contacto entre el Gral. Alfredo Noguera Gómez, viejo y valiente militar nicaragüense, y Figueres. Este último le pidió su cooperación para la liberación de Costa Rica, que aquel prometió darle siempre y cuando que le proporcionara los elementos adecuados. En más de una protesta o manifestación opositora, el Gral. Noguera Gómez se expuso tomando fila entre los primeros, ante la policía u otros organismos del gobierno enviados para disolver a los

manifestantes. A propósito de esto, ya muerto el Gral. Alfredo Noguera Gómez, su foto fue publicada como entre los pocos que aparecían protegiendo a las mujeres durante una manifestación en tiempos del Presidente Picado.

Tratamos de comprar en la misma Costa Rica, armas, pero lo obtenido fue muy escaso y malo en calidad. También el Sr. Figueres reasumió su campaña por radio, y como el nerviosismo de Figueres lo hacía temer un asalto en cada ocasión, un grupo de nicaragüenses nos constituimos en su guardia para su tranquilidad personal, situándonos armados de revólveres en los sitios adecuados de la zona donde estaba la estación de radio. Recuerdo bien, aunque esto jamás lo han dicho en forma alguna los "figueristas", que una noche en que ellos daban por seguro un asalto de la brigada de choque del partido Vanguardia Popular, pues los amigos de Figueres decían haber recibido informes al respecto, acompañamos al Sr. Figueres a la estación de radio adonde iban a hablar ocho nicaragüenses y tres costarricenses de su grupo. Los nicaragüenses nos apostamos en la calle, y sus amigos figueristas entraron con él en la casa cuyas puertas se cerraron bien. Entre los que más cooperaron en estos azares sé cuenta al Dr. Samuel Santos, Quico Fernández, Chester Lacayo, el Gral. Noguera Gómez y otros. Los nicaragüenses estuvimos en la cita de buena fe como siempre, pero también como siempre, y eso nos iba a suceder con mucha frecuencia, los informes eran alarmas infantiles de los distinguidos jóvenes figueristas.

Al fin, una noche supimos que el Gral. Noguera Gómez partía en expedición revolucionaria a Nicaragua, y se solicitaba nuestra cooperación. El Dr. Octavio Pasos y yo nos constituimos en la casa de donde iba a salir, y allí nos encontramos al Gral. Guillén, a Edmundo Chamorro, a Alejandro Alfaro y a otros, aceitando rifles y terminando sus preparativos. Visto el equipo sumamente escaso, bueno para una expedición de cacería, no para enfrentarse a la Guardia Nacional de Nicaragua, el Dr. Pasos Montiel y yo entablamos una larga discusión con el Gral. Noguera Gómez y Mundo Chamorro, tratándolos de convencer de que esa empresa no solo era suicida, sino contraproducente; pero el general y Edmundo fueron inaccesibles a nuestros argumentos, pues ya habían constituido cuestión de honor el salir a enfrentársela la bien preparada y armada Guardia Nacional de Nicaragua. Por último, les argumentamos que por noticias que teníamos, ya el gobierno del Sr. Picado estaba informado de sus movimientos, y nos dijo Noguera Gómez que nada importaba, que él sabía a qué atenerse, puesto que los funcionarios de ese gobierno se harían de "la vista gorda" y protegerían sus espaldas. Entraban y salían de la casa hombres armados, con pistolones colgándolos al cinto, con tanta despreocupación que no pude menos que decir al Dr. Octavio Pasos Montiel: "a esta gente solo le falta organizar un desfile militar y arrastrar un cañoncito por la Avenida Central", frase que el Dr. Pasos Montiel ha recordado mucho con motivo de referencias sobre la imprudencia que el nicaragüense tiene para actuar.

No fue posible detener a Noguera Gómez y su gente, y todavía en territorio costarricense fueron perseguidos por la policía que ellos estaban seguros "les guardaban las espaldas", y luego aún en territorio tico fueron sorprendidos por la Guardia Nacional que los aniquiló, no sin que el valiente general hubiese opuesto heroica resistencia. Con la caída de Noguera Gómez se desvaneció la última esperanza de Figueres de actuar con los recursos que reuniéramos en el mismo país. Comenzamos a pensar en mi viaje a México para comprar armas. Antes de esto, el Sr. Figueres hizo un viaje a Nicaragua para hablar con mi padre y solicitar su respaldo, y otro viaje a Guatemala para coordinarse con los emigrados nicaragüenses que allí estaban. Retornó, según su expresión, muy satisfecho de estos viajes.

Profecías de don León Cortés

Mientras tanto, yo decidí hacer un último esfuerzo, ante don León Cortés, y le pedí una entrevista que me fue concedida en su finca "Los Cartagos"; allá, entre las brumas, hablamos extensamente, casi todo un día. Don León me dijo que él no dudaba que la situación podríamos dominarla con suficientes armas respaldadas por la dirección de militares experimentados como los nicaragüenses, que teníamos en nuestra organización; pero que él dudaba mucho de los beneficios que tal movimiento pudiera reportar al país porque en su concepto lo que sobrevendría sería mucho peor que la terrible ineptitud de los de la administración Picado. Que Figueres era un joven, muy esforzado, siniestramente audaz, terriblemente ambicioso, y que estaba rodeado de un clan de jóvenes engréidos y desorbitados que se regían más por vanidad que por razonamientos. Que él temía mucho por la suerte de Costa Rica si caía en manos de Figueres y de esos improvisados. Además, me agregó estas palabras proféticas que yo nunca podré olvidar: "Rosendo, recuerde bien lo que le voy a decir; si esa gente llega a triunfar, lo primero que harán será sacarlo a usted y a sus compañeros del país. La vanidad de ellos no soportará nunca que se haga público el hecho de que ustedes les dieron el poder, y menos aún compartir las glorias. Tampoco crea que se van a arriesgar por ayudarles. Ellos los necesitan a ustedes ahora, y por eso son sus "amigos; pero ellos en realidad no son amigos de nadie, sino de conveniencia". Yo le alegué que Figueres era diferente, que era un lector asiduo de Martí, y que algo debería haber recogido en su alma de la grandeza que emanan las enseñanzas del apóstol cubano, pero sonriéndose me dijo: "es que usted está sugestionado por promesas, y por su sentido de amistad, pero los hechos lo desengañarán. Yo conozco, a fuerza de político viejo, la naturaleza de mi gente, y aquí somos y seremos localistas. Nos dejamos ayudar en apuros, pero no nos gusta arriesgar nada por corresponder. Y si no fijese en el pago que aquí se dio a Noguera Gómez. Don Julio Acosta fue de los que vinieron en una revolución, apoyados por Noguera Gómez ahora, y llegó a presidente. Ahora es Ministro de Relaciones, y su

único comentario con motivo del desenlace de la tentativa de la traición que se ha hecho a Noguera Gómez, ha sido el que publicó el periódico con el título "el Noguera Gómez de ayer no era el Noguera Gómez de hoy, justificando la actitud de nuestro gobierno; y si Figueres estuviera en el poder y a usted lo mataran, sería su misma actitud, porque es reflejo de su idiosincrásica ambición".

Con frío de cuerpo y alma bajé de la finca "Los Cartagos", a pesar de los buenos whiskies que me tomé en compañía de don León. Al conversar con Figueres le expresé mis dudas, mis temores a su gente, pero él me dijo que su gente no sería la que me cumpliría, que sería él, que era un catalán y no un tico, y que él sabría poner en su sitio, oportunamente, a quienes se opusieran a hacer buenos los compromisos con el grupo de nicaragüenses que le estaban ayudando. Además, me explicó que él estaba formando un grupo especial de jóvenes estudiosos, que se habían apartado de la influencia del ambiente par pensar como centroamericanos, y no como simples provincianos.

Con esta conversación se animó, otra vez, mi espíritu, y comencé a hacer preparativos para el viaje: a dejar a mis pacientes las últimas instrucciones, y a ver la forma de garantizar que las representaciones de maquinaria inglesa, motocicletas y automóviles que ya había conseguido no se perdieran. El Sr. Figueres me garantizó que él cuidaría de esto, y dejé todo en el sonriente, melifluo y ultra intelectual Sr. Gonzalo Facio Segreda.

En marcha

Llegué a México en 1945, con la consigna de buscar el apoyo de los nicaragüenses más pudientes y capaces, entre los emigrados, entre ellos el Gral. Carlos Pasos, Gral. Emiliano Chamorro y el Dr. Pedro José Zepeda, convenciéndoles de que para llegar a Nicaragua, primero debíamos de entrar por Costa Rica, porque obteniendo bases en este país, nuestro éxito estaba asegurado; que con José Figueres y su grupo "volcarían sus arsenales, nos brindarían todos sus recursos y repetiríamos juntos, ticos y nicas, la gesta del 56", según frase que don-José Figueres repitió después, como un estribillo delante de tantos nicaragüenses que llenaría una página con citar sus nombres.


Llevaba en mi poder un giro bancario de doce mil dólares, y trescientos más para gastos personales. Mi promesa era que yo duplicaría, con la ayuda nicaragüense, esa cantidad, y de que compraría, asesorado por el Gral. Pasos, los elementos que de común acuerdo juzgáramos necesarios para triunfar en Costa Rica, una vez que Pasos conociera los planes que habíamos hecho en Costa Rica. El Gral. Pasos acogió con entusiasmo las propuestas que a nombre de Figueres hice, y con la amplitud que le caracteriza cuando este de veras asumió la responsabilidad de ayudarme a duplicar la

cantidad que yo entregué a él, disponiéndose a aportar, de su propio peculio, la mayor parte, y solicitando, del Gral. Emiliano Chamorro, una tercera parte. No quisimos comenzar la compra sin antes tener reunidos los fondos necesarios; pero como el Gral. Chamorro tuviera múltiples dificultades para impedirle cumplir su parte, Pasos suplió, de momento, lo del Gral. Chamorro, y se comenzó la pesquisa de armas.

QUIENES CONCIERNA:

Por la presente nombro mi DELEGADO PERSONAL en el exterior al Dr. Rosendo Argüello h., plenamente autorizado para tratar ante Gobiernos, entidades y particulares cualquier asunto relacionado con los problemas centroamericanos. Por manera, que cualquier arreglo que en relación con dichos problemas llevar a cabo mi Delegado Personal, Dr. Argüello hijo, cuenta con mi absoluto respaldo.

San José, Costa Rica, Diciembre diecisiete de mil novecientos cuarenta y ocho.



José Figueres, PRESIDENTE
Junta Fundadora de la Segunda República

Carta de Figueres. Documento del Dr. Rosendo Argüello

El Gral. Pasos comisionó a varios jóvenes de su estado mayor, y a otros para conseguir armas; a diario había una oferta, pero al ir a comprobarla, se desvanecía como el humo. Así pasaron varios días hasta que dimos con el militar X que nos ofreció suplir los fusiles requeridos, y parte de las ametralladoras, aunque todo usado y reconstruido en su propio taller. El resto del armamento lo empezamos a buscar en cuarteles, en pueblos y en donde se pudiera; una pistola aquí, una ametralladora en Puebla, otra en una ciudad distinta. El procedimiento era costoso, lento y peligroso, pues a veces nos entregaban una ametralladora desarmada en un restaurante, o en el vestíbulo de un hotel; no estaba en nuestro poder escoger el sitio de entrega; y aunque corríamos el riesgo de recibir mercancía mala, si no tomábamos ese riesgo, nada avanzaríamos. Lo peor, en cada caso, era la tensión nerviosa que nos producía cada entrega, pues nunca sabíamos si el vendedor era un agente secreto de la policía, y la venta una celada para hacernos caer en la Penitenciaría y descubrir así los hilos de

nuestro complot.

La única otra persona que nos ayudó con entusiasmo y eficacia fue el Lic. Juan José Meza. No es difícil imaginar lo que una espera de esa clase significa para los nervios. Un automóvil que pasaba parecía una patrulla, un paisano que se situara enfrente a esperar la salida de su dulcinea, parecía sospechoso, con todas las trazas de un espía. Y si un policía pasaba rondando cerca, ya se sentía uno en la cárcel. Allá en Costa Rica, cultivando su café don Pepe nos esperaba, y don Chalo Facio sonreía también esperando las armas, mientras paseaba su donosa figura por la Avenida Central de San José.

Como algunas armas resultaban defectuosas, era preciso ir las a probar a algún sitio en la montaña; establecimos un campamento de pruebas a ochenta kilómetros de la ciudad, en una finca del Dr. Pedro José Zepeda (de gran memoria), adonde casi a diario teníamos que ir. Dispusimos no llevar nunca muchas armas en el automóvil, aunque hubiera sido más fácil probar bastantes en cada ocasión, porque en caso de que nos agarrara la policía, sería menor la pérdida llevando pocas, y más fácil dar alguna excusa, como de que algún oficial amigo nos había encargado llevarle esa ametralladora a un determinado sitio, por ejemplo. Mas ¿qué podríamos alegar si nos sorprendían con seis ametralladoras a la vez? Entre la compra y la prueba de armas pasábamos ocupados no menos de 8 horas diarias, y llegó repetida la ocasión en que fue preciso trabajar 24 horas seguidas bajo la presión del peligro y la tensión nerviosa consiguiente.

Para reparar las armas defectuosas nos fue preciso establecer, en una bodega subterránea, un pequeño taller de armería adonde veníamos a trabajar mi hermano Rodolfo Ignacio Argüello, mi esposa María Figuls de Argüello y yo, después de que regresábamos de probar alguna arma que encontrábamos defectuosa; una vez reparada, salíamos a probarla nuevamente; luego procedíamos a engrasarla y empacarla. Todo se dice más fácilmente de lo que se hace cuando se tiene que trabajar en sigilo, y cuando se teme que aun los golpes del martillo sean escuchados, y puedan atraer la atención de un vecino curioso, engendrando pesquisas fatales. En esta labor estábamos cuando llegó el primer delegado de Figueres para "inspeccionar" las armas. Nos agradó poco esa visita, dado que era una persona más que conocía nuestra bodega, y con el agravante de que por ser persona muy señalada como enemiga del gobierno de Picado, bien podrían haberle seguido la pista, y por medio de él llegar hasta nuestro arsenal. Pero comprendimos bien el verdadero móvil de esa inspección; no vacilamos en demostrarle que, en efecto, los fondos se estaban empleando en armas, y en diligencias para su consecución. El señor delegado Lic. Alberto Martén, en esa ocasión, se mostró satisfecho de nuestra labor, y con su peculiar modo nos dio las gracias y se fue.

Los incidentes y vicisitudes son muchos para poder referirse a todos en un folleto; pero a medida que pasaba el tiempo, nuestra situación se complicaba debido a las continuas delegaciones que venían enviadas por el Sr. Figueres, para "inspeccionar" las armas. A cada delegación había que mostrarle las bodegas, e ir al campo para hacer funcionar las ametralladoras, y hacer estallar bombas de demolición y granadas de mano, con lo que se iban satisfechos como chiquillos que han ido a una juguetería a ver los juguetes que 'a de traerles el "Niño Dios". Estas delegaciones par en par fueron excesivas. Estuvo en una de ellas el Sr. Chalo Facio, quien una vez que dio su sapiente aprobación a cuanto vio, fue a celebrar consejo sobre el caso con una serie de personas de "influencia" que él conocía en México. Ya el asunto de las armas era cosa conocida de muchos círculos oficiales de México debido a las idas y venidas, y consultas y conversaciones de la "prudentísima" gente de Figueres.

Por sí misma la naturaleza del asunto era causante de muchos incidentes; en una ocasión, una bomba de demolición de tonita, resultó demasiado fuerte, y saltaron hechos añicos los costosos transformadores que el Dr. Zepeda acababa de instalar en su finca, el Sr. Figueres fue presidente y nunca retribuyó al Dr. Zepeda por este daño, aunque se hizo pagar tres millones de colones por daños en sus fincas valoradas en medio millón. En otra ocasión ocurrió un cuantioso robo en el edificio donde teníamos la bodega número tres. La policía rodeó el edificio y dispuso hacer un cateo en todas las dependencias del edificio. Nos avisó el guarda que teníamos en la bodega, y a toda prisa nos hicimos de ciertas credenciales, y con aplomo de autoridad absoluta, sacamos, en frente de la misma policía, las cajas tiros, bombas, ametralladoras que teníamos bien empacadas. Mi hermano hasta requirió la ayuda de un policía que le ayudara a subir al vehículo la caja de ametralladoras pesadas, que en realidad pesaba mucho para que un solo hombre la cargara.

Mientras tanto Figueres, considerando que había llegado el momento oportuno, forzó una huelga de brazos caídos en Costa Rica, con el apoyo de los empleados bancarios y sostenida por los capitalistas, y pidió que precipitáramos el envío de las armas. Logramos enviarle cierto número de armas cortas, inclusive una ametrallada. Mi señora fue enviada a Costa Rica para conversar con Figueres y proponerle nuestro plan de envío, en el que teníamos absoluta fe. Figueres se sentía seguido por la policía, y según informes suyos, la orden era de capturarlo. Llegó de incógnito a ver a mi esposa a la casa de la madre de esta, y ya adentro, algunos policías rodearon la casa. Figueres dijo a mi señora: "¿ahora qué hacemos?, lo mejor es que me entregue", a lo que ella le dijo que podría escapar saltando a la vecina cuya cerca de división no era muy alta; pero era tan visible la desesperación del Sr. Figueres, que mi señora decidió acompañarlo. Al caer a la casa vecina la dueña les gritó que no la comprometieran y los echó al jardín de enfrente, donde ambos, Figueres y mi esposa,

ocultos tras un arbolito, podían ver a los soldados patrullando toda la cuadra. Como la espera se prolongara y al Sr. Figueres nada se le ocurría, mi esposa decidió ir a casa de una amiga, Cándida de Barrase (Borrasé), y con la ayuda de su esposo, pasaron por patios hasta su casa; de allí con ropa que les prestó la señora, se disfrazó Figueres con zapatillas, abrigo de mujer y un pañuelo grande alrededor de la cabeza. Así salieron a la calle, no sin que antes el Sr. Figueres tirara el revólver, que mi señora recogió e insistió en llevar para defenderse en caso preciso. Los policías, aunque los enfocaron repetidas veces (eran como las diez de la noche), no reconocieron a la compañera de mi esposa. Así llegaron hasta su casa, donde los propios compañeros no reconocían a don Pepe en su femenino indumentaria.

Mi señora retornó de Costa Rica con la aprobación general de los planes que nosotros habíamos enviado para transportar las armas. Pero cuando ya estábamos realizándolos, vino otro delegado con órdenes contrarias. Comenzó el eterno y peculiar juego figuerista: "sí", "siempre no", "mejor sí", "ahora no", a última hora "sí"; juego durante el cual es hecha a perder el mejor plan por falta de trayectoria lógica hacia un fin determinado. Por lo tanto, terminamos de empacar las armas, en última etapa con la ayuda de Julio García, quien hizo las últimas reparaciones del caso, y dejamos todo embodegado, esperando que los señores de Figueres vinieran a recogerlas por su cuenta y riesgo.

Mientras tanto el Gral. Pasos de quien yo era en esa época virtualmente su secretario, me aconsejó irme con él y otros a Nicaragua a tomar parte en la lucha cívica para llevar al poder a un candidato independiente y popular. Ya en Nicaragua el Gral. Pasos cambió de criterio y varió todo lo convenido en México, por lo que me distancié políticamente de él. Entretanto, cuando organizábamos mis hermanos y yo un corte de madera en una propiedad nuestra, llegó a Managua el propio don José Figueres acompañado de su señora esposa, y durante varios días discutimos lo que convenía hacer. Resultado: tuve que abandonar otra vez mi trabajo, desmontar mi casa, y trasladarme a México a ejecutar lo que habíamos acordado.

Regreso

De regreso a México hice escala en Guatemala, donde por consejo del buen amigo y talentoso Prof. Leonte Pallais Tiffer, solicité la cooperación del reputado pedagogo profesor Edelberto Torres, quien a falta de capacidad técnica en cuestiones revolucionarias, aunque tenía la ideología, el valor, los principios incorruptibles demostrados en toda una vida generosa dedicada al servicio de la juventud centroamericana. El profesor Torres estaba deseoso de colaborar haciendo el sacrificio que fuere preciso, si la empresa culminaba efectivamente en el bien de Centroamérica, en la restauración de la federación y en su democratización general;

pero para ello necesitaba primero conocer a Figueres, porque le parecía raro que fuere un costarricense quien tomare la iniciativa en una gesta morazánica. Mi único argumento fue que bastaba oír a Figueres para persuadirse de la sinceridad de sus propósitos. Convocamos a este admirable señor, quien con fervor pocas veces desplegado antes, repitió por enésima vez que a él no le movía ninguna pasión en contra del gobierno de Costa Rica, ni ambición alguna en cuanto a la política local se refiriese. Que su sentir era centroamericano, costarricense. Que él no daría ayudas "detrás de la puerta, y que no solo volcaría los arsenales de Costa Rica, y todos los recursos que pudiera reunir, o que estaba seguro de poder reunir un crecido número de compatriotas para ir a la cabeza de ellos a repetir la gesta del 56, y disipar de una vez para siempre la leyenda del localismo que se había divulgado sobre los costarricenses. El señor Figueres se comprometió en esa ocasión, a petición del profesor Torres, a impedir represalias de su gente para los calderonistas picadistas y vanguardistas. Por el contrario, nos manifestó que para hacer un gobierno de unificación nacional llamaría a colaborar con él a los hombres más capaces del país, sin paramentos en diferencias políticas pasadas. Luego la realidad fue muy otra; los que conocimos las represalias de las peores dictaduras centroamericanas, nos sorprendimos de ver cómo los figueristas superaban con refinamiento sin igual, esos métodos de persecución y tortura..

El sistema nervioso del profesor Torres parecía electrizado al oír aquellas palabras; todo su ser vibraba de entusiasmo. Después de oír al maestro de la sinceridad, Sr. Figueres, el entusiasmo del compañero de ingenuidad, el profesor, corría parejas con el mío, y así abandonó su hogar y su cátedra en Universidad de Humanidades de la ciudad de Guatemala, y voló ansioso a México para poner con mano propia la piedra angular del nuevo edificio patrio.

Yo admiraba la pureza de sentimientos del profesor Torres y lo profundo de su mentalidad, pero me asombró verlo tan pequeño de cuerpo y tan esforzado en acción. Nada parecía mucho para aquel ser enfermo y frágil de cuerpo; trabajaba físicamente como un robusto atleta, en las tareas más agotantes, pues decidimos incrementar nuestro arsenal, y tuvimos que pasar por la misma agotante rutina que durante todo un año había acabado con la salud de mi hermano y la mía propia. El profesor Torres levantaba cajas, engrasaba rifles, probaba bombas, disparaba ametralladoras. A toda hora, del día y de noche, aquel hombrecito, creyendo laborar para una empresa redentora cuya cabeza era nuestro leal y admirado Figueres, sacrificaba su menguante salud en aras de su patria centroamericana.

Como todavía faltaban muchos gastos, no solo los de transporte, sino la compra de ametralladoras semipesadas, de las cuales carecíamos por completo, Figueres y yo acordamos reunirnos en San Antonio, Texas, para hablar allí con un fiel amigo mío, a

quien conocía desde mis estudios en New York, el alemán Mr. Walter Lotz. Este amigo tenía una empresa de construcciones, y como por carta me había ofrecido su ayuda personal en varias ocasiones, creí que era lo más propio para colaborar. El Sr. Lotz siente por la política la misma repugnancia que por la viruela, y su primera reacción fue una negativa total. Me ofreció su respaldo para establecer una empresa industrial donde yo quisiera, pero jamás para cosas políticas, menos revolucionarias, en las que me profetizó que sería defraudado. Me hizo observar que el Sr. Figueres le parecía un hombre de negocios vivo, pero no un idealista. Pudo más mi empeño, y al fin me facilitó una fuerte cantidad en calidad de préstamo personal para emplearlo en lo que yo quisiera, sin meterlo a él en lío alguno. Con este préstamo y otros que conseguí con diferentes amigos, reuní treinta y cinco mil dólares más, que empleé en aumentar nuestro arsenal y alistar la salida de los elementos.

Pasó otro agotante medio año en esta empresa, y cuando ya habíamos hecho los arreglos finales para sacar "los juguetes", vino contraorden; debíamos esperar un aviador costarricense delegado de Figueres. Este aviador, enterado ya de previo por Figueres de nuestros planes para sacar el material de México, vino con sus propios planes, cuando ya los nuestros estaban tan avanzados, como diré adelante, como que fuera posible retroceder sin echar a perder todo. El aviador nos convocó a una reunión, a la que suponía asistiríamos mi hermano, Rodolfo Ignacio, el profesor Torres, el aviador de marras y yo. Nos encontramos con él a un capitán costarricense, nacionalizado mexicano, profesor de aviación. Sin mucho preámbulo, el nacionalizado mexicano nos dijo: "yo estoy bien aquí, ya soy mexicano y nada me importan las cosas de Centroamérica, sé de sus planes y no me parecen bien; yo puedo sacarles todo de México y llevarlo a Costa Rica, si me dan veintidós mil dólares y el Ministerio de la Guerra al triunfar". Al notar que tratábamos con un vulgar mercenario, nos sobrecogió gran temor. Nos sentíamos vendidos. Para ganar tiempo, y en el ínterin sacar precisamente el arsenal, le dijimos que escribiríamos a Costa Rica sobre su oferta consultándola con nuestra recomendación.

Apresuramos los últimos toques a nuestro propio plan, ya conocido por muchos, entre ellos por ese mercenario; teníamos el grueso de las armas acomodadas, bien acojinadas para que no sonasen en un enorme camión-tanque, las tres cuartas partes de él llenas de armas, y la parte tercera, en donde correspondía al orificio de entrada y salida, lleno de aceite crudo, que se dividía de las armas por una pared transversal, de modo que al introducir un palo para ver si tenía solo aceite, se recibía esa impresión ya que daba la profundidad que correspondía, legítimamente, a la del tanque.

En este enorme camión, pensábamos llevar las armas hasta un aeropuerto secreto situado en otro estado, de donde un avión que teníamos arreglado las llevaría a su

destino, en Costa Rica. Desde 1945 teníamos planeado entrar en Costa Rica por San Isidro y Dominical, y por eso le llamábamos "Plan Sunday". Por estos lugares de todos modos entraron las armas en 1948 para dar comienzo a la "Revolución de Figueres".

La noche anterior a la salida, hicimos las últimas pruebas del enorme camión-tanque, un pariente cercano lo condujo por terreno escabroso para cerciorarse de que no se producía ningún ruido metálico al chocar las piezas entre sí. Las granadas de percusión, de las cuales iban trescientas, nos producían especial angustia, pues explotaban al solo chocar, ya que eran de un diseño especial de un inventor mexicano. Todo resultó bien, pues cada pieza iba individualmente acojinada con trapo y papel. Finalmente, esa misma noche, depositamos el camión-tanque en un lugar donde guardan solo camiones de toda clase, inclusive camiones-tanques. Pero esa misma noche, al llegar a nuestro domicilio de López 34, fuimos detenidos un primo de mi esposa, Sr. Francisco Quesada Q, un amigo nicaragüense, el poeta Guillermo Castellón, que nada sabía del asunto y que solo se nos había unido al llegar a casa, mi señora y yo.

A mi señora la tuvieron en su habitación por cárcel, bajo dos días y noches de severísimo y continuo interrogatorio, y hacerla delatar, por cansancio, cuáles eran nuestros compañeros de complot, y, sobre todo, quiénes habían vendido las armas. Declaro con orgullo que la misma policía me confesó, después que los desconcertó la entereza inquebrantable de mi esposa, inspirada por los mismos ideales que nos animaba a todos. Nunca sacaron el menor dato de ella, que aún en las mismas barbas de sus interrogadores se sentó sobre la almohada debajo de la cual teníamos cuatro pistolas "cuarenta y cinco", y en un descuido las sacó, entregándoselas a un vecino. Con una de esas pistolas obtenidas al precio de tanto riesgo, y el más duro de los riegos para mí, el de mi compañera, es que hice, llevándola al cinto, la parte de campaña que me tocó en Costa Rica.

A nosotros los varones nos introdujeron a un automóvil, bien resguardado. Nos llevaron a las afueras de la ciudad, e hicieron lo que fue posible por hacernos "cantar". Yo expliqué a los caballeros que me llevaban que dado mi sistema nervioso sensible, perdía la memoria mientras me asustaban, y nada podía decirles mientras no estuviese reposado, para cuyo fin lo mejor era trasladarnos a algún restaurante cómodo, tomar unos tragos y luego conversar. Así lo hicimos, pero mi memoria no retornó, de manera que fui puesto en la cárcel incomunicado. Allí supe que estaba también el profesor Torres. Pasadas las 72 horas que permite la ley, nos trasladaron a la Penitenciaría, donde supe de lo ocurrido al profesor, quien fue sacado de su casa esa misma noche. Y sometido al mismo procedimiento que a nosotros. El profesor Torres, indignado, contestó airadamente a sus aprehensores valido de su pasaporte

oficial guatemalteco. No lo trataron con violencia por aquella razón. De la Penitenciaría salimos bajo fianza, y luego nos trasladamos sin pasaporte a un país amigo.

Cuando llegamos a ese país amigo, íbamos con el ánimo, como es de suponerse, completamente decaído, y pensábamos concluido un ciclo sencillamente duro e inútil de nuestra vida.

Consejos paternos

Mi padre me aconsejaba retornar a Nicaragua, donde el advenimiento oficial parecía inaugurar un período de vida más tranquilo. Estaba aislando los papeles para retornar a mi patria nicaragüense, cuando cayó el Dr. Leonardo Argüello. Con esto se eclipsó mi esperanza de volver a mi tierra para dedicarme exclusivamente al trabajo. Según el concepto que entonces yo tenía como medio de solucionar lo que me parecía contrario a mis principios, seguí buscando armas. Nos llegó el profesor Torres y a mí, la noticia de que en cierto país se había decomisado un poderoso cargamento a unos emigrados que preparaban un movimiento armado en contra del régimen de su país de origen. Se nos ocurrió ver la forma de rescatar ese arsenal.

Llamamos a Figueres para que viniera a conferenciar con nosotros, y no pudo responder a nuestro llamado porque estaba en cama sufriendo un colapso nervioso debido a la pérdida de las armas adquiridas en México. Fue preciso enviar a mi esposa para hablar con él, en su lecho de enfermo. Esta vez éramos nosotros quienes le decíamos: "nuestro trabajo es demasiado importante para darnos el lujo de enfermarnos". Unos días después Figueres estaba con nosotros planeando la nueva fase de actividades.

Una solicitud

Se nos ocurrió pedir al presidente Dr. Juan José Arévalo donde nos reunimos una carta para el presidente Grau San Martín de Cuba de la nación donde se habían incautado las armas de los otros revolucionarios dominicanos solicitándole esos elementos con urgencia para defenderse de una supuesta amenaza de invasión a su propio suelo. Después de discutirle a nuestro gran amigo el Presidente Arévalo, hasta casi las tres de la mañana, se convenció, y en un gesto audaz se sentó a la máquina para escribir la carta que le pedíamos. Esa misma mañana, con la epístola decisiva en la cartera, tomé el avión que me condujo a Cuba, el país de nuestras esperanzas.

La carta produjo el efecto deseado; el jefe de Estado se conmovió al recibir la carta de su eminente colega, y decidió enviarle las armas solicitadas. Estábamos de

plácemes. Ya teníamos un lote superior al perdido. El dueño o exdueño de las armas perdidas, con quien antes que todo hablé, me hizo solemne promesa de renunciar personalmente a esos elementos, y darse por contento si yo lograba rescatarlas y emplearlas en una revolución que, al triunfar, lo ayudaría a él con todas las capacidades de un estado dirigido por hombres decididos a forjar un Caribe democrático.

Llegada de otros amigos

No bien llegaron las armas al país amigo que nos había ofrecido bases desde las cuales desarrollar nuestros planes, cuando aparecieron, como caídos en paracaídas, representantes de partidos y grupos diversos de Nicaragua reclamando, para sí, con aire doctoral y apostólico a la vez, el derecho de obtener esas armas para con ellas ir a "liberar" a una Nicaragua que cada vez que tuvieron oportunidad entregaron atada de pies y manos a la voracidad de intereses extranjeros, y a la voracidad de los chacales, sus correligionarios.

Se establecieron sendos comités, unos compuestos por exprotegidos del presidente Somoza, que rivalizaban con la más extremista juventud en esbozar programas radicales y en inventar castigos dantescos para los "somocistas".

Se estableció de hecho un grupo alrededor del coronel Manuel G6- mez, hombre ponderado, cuidadoso, sigiloso, en el cual si el silencio es oro bien podría rivalizar con el África del Sur en la producción del precioso metal, tal era su silencio. Nunca pude tratarlo a fondo; pero personalmente me dio la impresión de hombre bienintencionado, que según las pocas veces que le oí hablar deseaba reorganizar el ejército al servicio de la nación, deseaba limpiarlo de los individuos que los desprestigiaban con sus violencias y arbitrariedades, contrariando el sentir de la mayoría de la guardia en cuyo espíritu existía el deseo de servir al pueblo, no de dañarlo. Y tal modo de pensar, sea de quien fuere, de un militar activo o de uno de baja, del jefe del ejército o de un soldado raso, no puede menos que despertar simpatía en nosotros los civiles ansiosos de ver la espada al servicio de la razón y de la ley.

Se formó un grupo de hondureños, muy jóvenes en su mayor parte, exmilitares del ejército del Gral. Carias casi todos, exprotegidos personales del mismo caudillo, algunos. Ellos hablaban desde geopolítica hasta de dialéctica marxista, y todos coincidían en que lo más cuerdo, para evitar fricciones entre Honduras y Nicaragua, era que ese último país, en prenda de buena voluntad abandonara todo reclamo sobre el territorio en litigio, y de este modo contribuyera a cimentar la paz y solidaridad centroamericanas. De otro modo, ellos, una vez triunfantes, sabrían cómo hacernos

entrar en razón. Debo hacer constar que había otro núcleo hondureño centroamericano de verdad, encabezado por el exministro de hacienda de Honduras, hombre que salió de la cartera de Hacienda, después de sanearla, tan pobre como entró en ella, el capitán Mendieta, Ernesto Landa y algunos más.

Y se formó alrededor del profesor Torres y de mi persona otro núcleo que, con el ágil polemista profesor Pilláis, el valiente Sr. Octavio Caldera, el Dr. Carlos Castillo Ibarra, el Coronel. Rodríguez Matus, el Dr. Valladares Torres, y el poeta vanguardista Alberto Ordóñez Argüello, propugnaban porque las armas fueran primero a manos de Figueres a Costa Rica, porque solo así tendríamos garantía de que después de la victoria se apoyaría a los grupos unionistas y revolucionarios de Nicaragua, y más tarde a las fuerzas más progresivas de Honduras, El Salvador, etc.

Y así sucesivamente cada grupo auténticamente democrático, sin antecedentes que demostraran lo contrario, y con ideología definida, iría prestando su apoyo a los congéneres de cada país del Caribe que sufriera la furia de una tiranía.

El grupo hondureño progresivo, y nosotros, los de Torres y Figueres, formamos causa común; y se formó un comité mancomunado. El presidente amigo y su principal jefe militar me distinguieron con su simpatía, privilegio que en primer lugar buscó para mí con noble empeño, el profesor Torres, cuya desinteresada diligencia en todo momento, en todo lugar, era y es ejemplo de elevado fervor patriótico.

Don Toribio Tijerino

Todo parecía marchar bien para los que propiciábamos el respaldo bélico a favor de nuestro nuevo Morazán, el Sr. Figueres, cuando intervino, con su peculiar sagacidad, el Sr. Toribio Tijerino. Él me buscó primero para testimoniarme su solidaridad con la causa del Sr. Figueres, y en uno de los viajes de este a nuestro país base, sostuvieron una larga conferencia a la que - o asistí para dar lugar a que se desarrollaran, sin creer don Toribio que o trataba de influir en las determinaciones de Figueres. Una vez que don Toribio estuvo metido dentro de los que respaldábamos a Figueres, me invitó a ir con él al país donde estaba el exdueño de las armas, para pedir a este señor que todavía tenía mucho dinero, su apoyo económico a nuestra causa, al movimiento que encabezaba Figueres. Mucho preocupó esto al Dr. Castillo Ibarra cuando lo, supo; máxime que se culpaba a sí mismo, en voz alta, de haber sido quien me relacionó con don Toribio, de modo que él decía: "yo hice la mitad de la torta, y tú y Salustio estáis cocinando la otra mitad". Porque el Dr. Castillo Ibarra, ya a esas alturas no creía en la lealtad de don Toribio para con nosotros.

Logramos financiar el viaje del Sr. Castillo Ibarra al país donde residía el millonario

exdueño de las armas, para que junto con mi hermano y yo, formáramos un equipo capaz de contrarrestar las formidables capacidades de don Toribio. Si he de ser completamente franco, todos los tres nada fuimos para don Toribio, yo mismo tuve que presentarlos ante el Sr. feudal, en vena revolucionaria. Luego, antes de que despertáramos, ya don Toribio había logrado dos cosas: 1) Firmar entre este señor feudal revolucionario, un documento comprometiéndolo con el Gral. Chamorro, y, 2) Convencerlo de que su deber era trasladarse a nuestro país base, para reclamar sus "derechos natos", y ser árbitro de la situación. El buen revolucionario feudal se sintió otra vez con las arrogancias que antaño desplegara en sus feudos, y cuando sentimos fue su gesticulante, danzante, sonora, dramática y pintoresca personalidad, reclamando derechos de jefe supremo del movimiento del Caribe. Tengo que insistir en que, contrario a lo que Figueres pretende hacer aparecer como verdad en su libro ya citado, las armas recuperadas de las bodegas de la Marina de Guerra cubana, fue un hecho posible, gracias a la misiva del Dr. Juan José Arévalo, la comprensión del Presidente Grau San Martín y a nuestra tenacidad. Ya el caudillo de marras había dado por perdidas sus armas y ni moral ni legalmente tenía propiedad sobre ellas. Más aún, sin más compromisos que los inicialmente ya narrados, el exdueño de las armas había estado de acuerdo en la operación y no es que su consentimiento fuese necesario.

Don Toribio, en este caso sí, por su indiscutible talento nato y admirable voluntad y capacidad de acción, se convirtió pronto en el mentor de los conservadores. Inmediatamente se dio a la tarea de aunar fuerzas conservadoras afines, y de sumarse a los otros conservadores disfrazados bajo el título de "liberales conservadores", para enfrentarse al grupo Torres-Figueres-Argüello. El presidente amigo estaba pronunciadamente a favor de este último grupo, lo mismo su enérgico y bien perfilado ministro de guerra, con quien sostuve varias entrevistas, en las cuales su ideología democrática progresiva me impresionó gratamente. Me mantenía yo entonces en la casa de un pariente, cuya fraternal compañía disipaba en parte la inevitable amargura que produce el verse calumniado, solo, con el fin de restar fuerza a una causa; y como una vez el ministro de guerra me mandó a buscar a medianoche para discutir algo en relación con nuestros problemas, cada vez que en el silencio de la noche se oía el rumor peculiar de un "jeep", saltaba entusiasmado diciéndome: "pariente, ya vienen para darnos las armas para Figueres". Tal vez no sea oportuno, pero quiero decirlo ahora: en esa época, con motivo del trabajo que hicimos en México, en bodegas húmedas y cerradas, donde escondíamos las armas, del desvelo y la tensión nerviosa, más el golpe de una caja de tiros figueristas que me cayó en el costado derecho, yo tenía lleno de agua un pulmón, me costaba trabajo respirar, y este generoso amigo, con su fe desbordante en Figueres y su causa, me hizo sacar fuerzas que por sí mismo el organismo físico no me hubiera dado. Gracias, pues, por el aliento recibido, querido pariente, aunque sea primera vez que se las doy, y aunque

usted y yo estemos dolidos de nuestra contribución a tan negra causa ¡sé que fuimos y somos sinceros!

Decía anteriormente que don Toribio era el mentor de los revolucionarios que nos discutían el derecho a las armas que nosotros habíamos rescatado después de las pérdidas. La pugna se hacía cada vez más violenta y en ocasiones disimuladamente venenosa. El grupo contrario divulgaba pequeños secretos, y sea amañaba para que llegaran a oídos del presidente amigo como confidencias del grupo figuerista. Se hacían correr "bolas" inverosímiles, y luego se nos las atribuía al sector más joven. En el otro extremo, los más exquisitamente versallescos personajes del equipo antagónico, contando con más fondos económicos, se excedían en oportunas ofrendas forales y en otras delicadezas por el estilo, con las señoras esposas de los personajes decisivos del país que nos abrigaba, más que a nuestros cuerpos físicos, a nuestras esperanzas. En cada tertulia, ellos no faltaban, finos, decidores, elegantes, desprendidos; y como por no dejar, hablaban con afectuosa- tolerancia de nuestros juveniles excesos, de nuestra imprudencia, del reaccionarismo, del comunismo de Figueres, de sus deudas, de su impopularidad, y de la incapacidad de su equipo.

Una vez recuperadas las armas y en lugar seguro en Guatemala, un enjambre de oportunistas, traficantes, politicastos y hasta auténticos revolucionarios hicieron lo posible por que les "fueran reasignadas" a ellos. Todo tipo de intrigas pulularon. Don Toribio Tijerino, supo habilidosamente sacar provecho político y para ello ideó un documento compromiso, donde los Chamorros y demás fuerzas conservadoras tuvieran representación. Este instrumento, al que nos vimos obligados a suscribir, se conoció como El Pacto del Caribe, que incluimos en la parte final de este libro.

El Pacto del Caribe

Según mi más leal saber y entender, don Toribio Tiberino forjó el llamado "Pacto del Caribe" como un instrumento, tras la apariencia de garantizar la realización de los ideales que todos los grupos proclamaban, llamado a dar beligerancia a los conservadores. Después de firmado ese pacto, ya los que habíamos pensado, y hecho todo el trabajo del rescate de las armas y, sobre todo, los que pensábamos lealmente de manera más afín al gran presidente amigo, dejábamos de tener libertad de acción. Todos nuestros movimientos quedaban supeditados a la aprobación de los signatarios del pacto. Debo advertir que según he podido percibir a través del madurador tiempo, don Toribio, superior en intelecto y sentimientos a la mayor parte de los del grupo en el cual interesadamente militaba, tenía en mente apoderarse, para sus propios designios, de las armas, y hacer el movimiento de Nicaragua con un grupo totalmente contrario al chamorrista.

Pero el pacto no fue firmado por nosotros tan pronto como se arregló; a pesar de la inexperiencia política del grupo nicaragüense que favorecía a Figueres, nos dimos cuenta de que nos trataban de amarrar en compromisos que no tenían razón de ser, puesto que toda la labor de conseguir las armas, y los planes para trasladarlas al país base, había sido obra nuestra. Deseábamos llevárselas a Figueres sin ataduras de clase alguna, para después poder actuar según nuestro propio criterio, de acuerdo con los principios que nos animaban, y no de acuerdo con la conveniencia de grupos políticamente conocidos por su maquiavelismo político y negros antecedentes históricos.

El grupo hondureño requería las armas para sí, presentaba una serie de argumentos a favor de su tesis, que no dejaban de pesar en el ánimo del presidente amigo, árbitro de la situación. Los dos principales argumentos eran: 1) Que eran el grupo nacional cuya mayoría estaba unificada, y no dividida en multitud de grupos como nosotros los nicaragüenses; 2) Que contaban en el mismo país base con mayor cantidad de emigrados para respaldar su acción bélica una vez iniciada.

La "élite" nicaragüense, que también pedía las armas, lo hacía con los siguientes argumentos principales: 1) Que ellos representaban partidos históricos arraigados en la conciencia popular; 2) Que ellos eran hombres de experiencia política muy larga (en vender y dañar al país), y 3) Que el Departamento de Estado, en Washington, los veía con confianza y simpatía. El anciano exdueño de las armas, cuya identidad no veo para qué seguir ocultando, el general y exsenador trujillista don Juan Rodríguez, favorecía con su entusiasta simpatía al grupo encabezado por el Gral. Chamorro.

Algunos miembros del grupo antagónico, que ante los que creíamos en Figueres presentaban un frente común, establecieron un verdadero comité de propaganda y difamación, cada vez más efectivo. Como expliqué antes, cuando se informaban, digamos, de una plática privada entre el presidente amigo y nosotros, la divulgaban rápidamente, y luego se presentaban a decir con aire alarmado ante grupos amigos del gobierno: "hemos sabido tal noticia por boca de un amigos de Torres, o de un amigo de Argüello", y esas noticias no debían circular en la forma imprudente en que esos inexpertos jóvenes lo están haciendo circular; era natural que estos inteligentes veteranos supieran todo lo que les convenía, porque el presidente amigo, había hecho cuestión de regla el recibirnos casi siempre junto al Gral. Rodríguez, y el mantener informado a este de todo, porque era el dueño de las armas. Los hondureños y el grupo conservador, amanecían y anocheaban en casa del Gral. Rodríguez; en casa de este se urdieron las más hábiles y tremendas leyendas para destrozarnos moralmente y quitarnos toda la influencia de que gozábamos. Los que antes eran en lo personal cordiales amigos, se convirtieron en implacables difamadores, con tal de conseguir sus finalidades políticas. Este es uno de los altos precios que pagamos, cierto que yo,

por mantener incólume nuestra fe en Figueres, y en pelear por él en todos los terrenos, creyendo así estar respaldando al más alto exponente de la democracia y centroamericanismo que podíamos encontrar en todo el movimiento del Caribe.

Casi terremoto

La contienda entre los diversos grupos llegó a ser tan violenta que el presidente amigo nos comunicó que había dispuesto no ayudar a ningún sector; que ya todo era demasiado conocido, y que sus propios militares le protestaban sobre la forma en que se estaba comprometiendo al país. O que nos unificáramos y dirimiéramos entre nosotros mismos nuestras diferencias, conviniendo en un pacto que aunara las aspiraciones de todos, o que no pensáramos más en recibir su apoyo. Esta declaración presidencial, comunicada terminantemente, dio motivo a que don Toribio, y en general todos, pensáramos en mandar llamar a Nicaragua a mi padre, el Dr. Rosendo Argüello. Su naturaleza conciliadora, el respeto de que en muchas esferas políticas centroamericanas goza, y su influencia sobre el presidente protector, hacían pensar que su venida traería una forma de solución a nuestra violenta batalla.

Personalmente me preocupaba la salida de mi padre, porque él había estado voluntariamente emigrado desde 1936 hasta 1942, año en que retornó a Nicaragua, y con mucho trabajo había logrado establecerse de nuevo y restablecer su amplia clientela de abogado bien conocido. Pero todos mis amigos pensaron que era lo más conveniente, ya que la influencia de mi padre en esos momentos podía resultar decisiva a favor de la tesis de apoyar a Figueres, ya que su credo democrático y unionista no dejaba lugar a dudas. Cuando mi padre llegó, ignorante de lo que se trataba, pues don Toribio Tiberino convocó una supuesta reunión de conciliación con el Gral. Somoza para poder justificar la salida de mi padre, este se molestó un tanto por haberlo obligado a desarraigarse nuevamente. Pero ya estaba en la fiesta y tenía que actuar. Entre las halagadoras promesas de Figueres, y la tremenda certidumbre de medievalismo que el grupo del Gral. Chamorro representa, optó por la esperanza que representaba actuar en Centroamérica a través de Figueres. En una fórmula cívica para arreglar el problema de Nicaragua, no debía pensar en el momento: acababa de ser dispuesto el presidente Argüello, y la situación del país era violenta, sin visos de que el gobierno o los ciudadanos quisiera buscar términos conciliatorios.

Se firmó el Pacto del Caribe en diciembre de 1947 (texto al final de este folleto), después de casi un año de enconada pelea entre los organismos de diversas tendencias. Aunque en el pacto no figuran los emigrados hondureños, de hecho tomaron parte en todos los arreglos. Se llamó a Figueres, quien firmó el pacto, y el presidente aliado aceptó, a pesar de las protestas de todos los demás, el plan de comenzar la acción bélica por Costa Rica, por ser ese el punto de entrada más fácil, y

porque para esa fecha, las vehementes, continuas y bien argumentadas promesas de Figueres nos tenían muy engañados a sus amigos y a los aliados unionistas demócratas, que solo apoyando a este discípulo de Martí, evitaríamos que se burlara una vez más el ingente esfuerzo que habíamos hecho para reunir lo necesario para proceder, y para que los sacrificios que la guerra traería no fueran una sangrienta burla más.

Aunque ya estaba acordado el comienzo de la guerra de "liberación" por Costa Rica, y firmado el "Pacto del Caribe", no sé qué noticias llegaron al gobierno de nuestro país base. Lo cierto es que el presidente amigo nos mandó a comunicar, por boca del profesor Torres, que de una vez por todas supié ramos que no daría un rifle para Figueres; que este era un reaccionario que mantenía "comisariatos" oprobiosos en su finca; que era simpatizador del Generalísimo Franco, y que de todos modos, los amigos de Figueres comentaban los planes en los parques y cantinas de San José. Que tuviéramos la bondad de no pensar más en el asunto porque él no daba un fusil para Figueres.

Recuerdo bien que parientes míos me dijeron: "ya esperábamos esto, hemos perdido un año en este país esperanzados con vanas promesas. El Sr. Figueres dice luchar por sus ideales, pero sin abandonar sus fines ni sus intereses, mientras nosotros estamos viviendo en feas pensiones, con nuestros negocios y hogares abandonados, de manera que mejor regresamos a Nicaragua antes que sea demasiado tarde. De todos modos no creo que Figueres valga todo este sacrificio, pues estamos seguros de que él no haría otro tanto por nosotros". Nuestra respuesta fue la del profesor Torres, la de mi padre y la mía, que habíamos empeñado nuestra palabra ante Figueres de respaldar sus nobles planes revolucionarios y unionistas, y no podíamos abandonarlo mientras tuviéramos fuerzas para luchar por él y el ideal común que encarnaba. Que haríamos nuevos esfuerzos por conseguirle las armas prometidas, y en efecto, lo hicimos.

Vuelve la calma

Pasamos un año nuevo, es decir, las últimas horas del año viejo y las primeras del aciago 1948 en un club militar, brindando con un militar de alta categoría, exponiéndole nuestros planes, y las razones que teníamos para solicitar con todas las fuerzas de nuestra alma la ayuda a favor de Figueres, hombre que garantizaba la marcha triunfante de los ideales de la juventud progresiva de Centroamérica. Nos escuchó en lo político y en lo militar con mucha atención, haciéndonos multitud de preguntas, simpatizaba mucho con mi padre, y me dijo al hacer el último brindis, "Dr. Argüello; sé que usted no estaría al lado de Figueres si él no representare la causa justa; yo interpondré mi influencia a su favor". En los primeros días de enero, las incansables gestiones del profesor Torres, nos habían conseguido una nueva y

decisiva entrevista con el talentoso presidente amigo. Hablamos durante varias horas. El profesor Torres, mi padre y yo, únicos concurrentes de la audiencia. En la conversación el presidente nos dio fundadas esperanzas después de muchas horas de acalorado debate, y salimos satisfechos de la entrevista, a reanudar preparativos por si el caso de accionar llegaba.

Varios comités

Como derivado del "Pacto del Caribe" se había compuesto un comité formado por un grupo dominicano encabezado por don Juan Rodríguez, un grupo hondureño dentro del cual logramos meter a nuestro estimable amigo exministro de Hacienda doctor Chávez, un grupo nicaragüense representado por don Toribio y mi padre, y yo en representación de Figueres. Las sesiones eran cansadísimas, pues no consistían más que en oír incordiando el monólogo del Gral. Rodríguez, perorando en contra el progreso, y en contra de la juventud a la que calificaba de "imbécil". A veces se tomaba realmente pintoresco cuando afirmaba que él era más grande que Máximo Gómez y Bolívar, y que todos los planes de la revolución él de antemano los llevaba en la cabeza.

El grupo hondureño políticamente enemigo nuestro, había logrado que don Juan Rodríguez se trasladara a la misma pensión en que ellos vivían, por lo que fuera de hacernos incómodas nuestras vistas al aludido señor, se enteraban de todo, lo controlaban a su antojo con halagos infantiles constantes, y nos creaban una esfera irrespirable. Como detestaban en primer lugar al rectilíneo y ponderado compatriota de ellos, Sr. Chávez que junto con nosotros tenía que concurrir a las sesiones del "Comité Supremo" presidido por don Juan, un día lograron que este señor enviara un delegado del Comité, para decirle; "que decía el Gral. Rodríguez que por favor no volviera a llegar a las sesiones"; y con este cortés y conciso expediente, se canceló la presencia de nuestro único amigo con aquel vitriólico grupo.

Al mismo tiempo, comprendiendo tanto hondureños como nuestros propios compatriotas adversarios, que nuestra tesis pro Figueres había triunfado en lo esencial, comenzaron un nuevo tipo de intriga, mi eliminación dentro del comité, alegando que con solo la presencia de mi padre bastaba. Ellos deseaban mi retiro para tener oportunidad de alistar su propia oficialidad con la cual rodear a Figueres, y neutralizar totalmente mi influencia y la del grupo de oficiales que yo había organizado, para respaldar a Figueres con un cuadro militar apropiado en caso que fuere necesaria la acción armada en Costa Rica.

Ya mis fuerzas estaban agotadas; las tesis pro Figueres sustentada por tantos años, se imponía en definitiva; pero mi presencia en el Comité, y aun en el país aliado,

resultaba ya contraproducente, pues irritaba a don Juan Rodríguez y hacía que esto estorbara los preparativos para ayudar a Figueres. Los hondureños y nicaragüenses, antes adversarios, ahora hacían maniobras febriles para aparecer como los que habían armado el sustentáculo militar en que había de apoyarse Figueres, para ganar méritos y comprender a este con ese último gesto. Comprendí que habiendo ganado la batalla en lo fundamental, mi mejor actitud era la de retirarme del Comité y del país, para no estorbar el cariz favorable a Figueres que las cosas tomaban aunque fueren posturas adoptadas a la última hora, siempre eran útiles.

Mandé a pedir a Figueres que enviara otro representante, sugiriéndole a mi cuñado Fernando Figuls para remplazarme. Llegó este acompañado de un distinguido costarricense, un joven llamado Fernando Córdoba. Así en febrero de 1948, quince días antes de que estallara la guerra civil en Costa Rica, me fui, completamente postrado por la larga lucha; y acompañado de mi padre, hermanos y esposa, nos fuimos a descansar y a esperar los acontecimientos en las playas de "La Libertad" en la República de El Salvador.

Estando en El Salvador recibí una llamada telefónica de larga distancia; mi cuñado Fernando me avisaba que tres aviones de Figueres habían llegado a nuestro país-base con instrucciones de ponerse a mis órdenes, y cargar las armas prometidas y llevarse la oficialidad que yo indicare. Volé hacia el país-base, pero llegué tarde; don Juan Rodríguez, presionado por los militares hondureños, habían rechazado todo oficial de mi organización, y habían hecho que en el primer viaje los aviones se llevaran a Costa Rica para asegurarse los puestos claves dentro de las filas revolucionarias de Figueres, y de ese modo tener en sus manos la situación después del triunfo. Mi gente estaba desolada, amargada hasta donde no es posible describirlo. Creían perdida toda posibilidad de éxito para nosotros, pues nos tocaría llegar de subordinados, sin oportunidad de evidenciar, en puestos adecuados, las capacidades de cada quien, oportunidad que hábilmente los rivales habían negado a la oficialidad revolucionaria nicaragüense.

No obstante que mi fe en Figueres era tan grande que aunque momentáneamente desilusionado por no haber podido concurrir a su lado en el primer vuelo, experimenté la satisfacción de que las armas prometidas al fin le llegaban a pesar de las grandes dificultades y obstáculos; verdaderas batallas en que el sistema nervioso sufre más que ante las balas, con esa libradas en contra de la intriga y la calumnia. Yo creía saber que en Figueres había un verdadero jefe, que sabría enderezar las cosas y darnos a sus viejo soldados las oportunidades que en el combate buscábamos. También sabía que triunfante él, en su mano estaría ayudar a quienes con sus penalidades de todo orden habían puesto los cimientos de su éxito. Ya estaban en su manos armas buscadas, perdidas, rescatadas, disputadas durante seis años, y habrían

de usarse solo seis semanas. Jamás soñé, en esos momentos, en que la satisfacción del éxito de esa etapa que me embargaba, que esas armas tan sacrificadamente conseguidas, iban a dispararse en contra de mi hermano en contra de mi hogar y de mi persona, esgrimidas traidoramente por los mismos "aliados" figueristas en cuyas manos había puesto un leal e ingenuo grupo de soñadores nicaragüenses.

Se inicia la guerra civil en Costa Rica en vuelo

Una vez situado en el país que nos serviría de base, alisté, precipitadamente, mi viaje a Costa Rica, con el designio de aprovechar el próximo vuelo de los aviones que llegaron por más armas. Aunque la dueña de la pensión donde vivía el grupo de adversarios hondureños me informó que había oído decir a estos que si yo llegaba al frente, ellos me eliminarían tirándome por la espalda, para evitar de este modo que yo fuera a impedir que ellos capitalizaran el triunfo de Figueres; una madrugada, a las 2 horas, en compañía del Sr. Octavio Caldera, salimos de un aeropuerto iluminado con las luces de un camión rumbo a San Isidro del General en Costa Rica. Mi padre quedó solo en aquel lóbrego aeropuerto, temblando de frío y emoción, pero ni por un instante trató de disuadirme de ir a cumplir con mi deber hacia la causa y hacia el amigo Figueres. Es digno de hacerse notar que cuando le avisé de mi viaje al Sr. Caldera, estaba en cama enfermo con úlcera del estómago, no obstante lo cual se levantó sin vacilaciones para ir a cumplir lo que él también consideraba su deber.

María, mi esposa, había quedado en San Salvador, en avanzado estado de embarazo, completamente sola en un hotel, y con cinco colones como único capital. Tampoco ella trató de impedirme el viaje, y por el contrario, hizo cuanto pudo para mostrarme que estaba totalmente dispuesta a este nuevo sacrificio por nuestra causa. El avión voló muy abajo por encima del hotel donde ella estaba, e hicimos ronronear tres veces los motores en señal de despedida, adiós motorizado que María entendió muy bien; era un saludo final, según me lo contó cuando nos reunimos después de la "victoria" en Costa Rica. No quiero dejar de consignar aquí que tanto don Toribio Tijerino, el Dr. Torres y mi fiel ayudante Alejandro Lacayo, que se habían quedado en San Salvador, prodigaron su consuelo y atenciones a mi esposa suavizando su pena.

En tierra y en combate

Al aterrizar en San Isidro, tuvimos que bajar precipitadamente los elementos que llevábamos, porque en ese momento el Gral. Tijerino exmiembro de las fuerzas de Sandino, atacaba San Isidro al mando de cien hombres del gobierno de Picado, tropa en su mayor parte dirigida por oficiales nicaragüenses ineficientemente armados. Al mismo tiempo un DC-3, con poderosas bombas fabricadas por el coronel López

Masegosa, y por orden de este, nos bombardeaba furiosamente. Caldera y yo nos observamos mutuamente para ver cuál de los dos tenía más miedo. La verdad es que se cree, al ver agrandarse la blanca silueta de la bomba que baja, que está destinada a la cabeza propia, y calcula de tal manera que lo persigue a donde uno trata de refugiarse. Como la acción es el mejor remedio para la preocupación, Calderita y yo nos situamos debajo de un pequeño árbol, y desde ahí comenzamos a hacer fuego al ominoso avión que daba círculos para corregir la puntería. La concusión de las bombas al caer provocaba fuertes ráfagas que sacudían el árbol y nuestras personas. Admiré mucho el poder de esas bombas, ninguna de las cuales dejaba de explotar apenas caían, y me alegré de que la aviación del gobierno no tuviese las miras adecuadas para efectuar tiros más precisos.

Todavía bajo el bombardeo, el teniente Báez Bone salió resueltamente al mando de un pelotón a enfrentarse a Tijerino, antes de que este tomara el campo de aviación. Nosotros recibimos orden telefónica de trasladarnos al cuartel general situado en Santa María de Dota; así que sin esperar a que el avión enemigo se retirara, tomamos un "jeep" y partimos velozmente hacia nuestro destino. El avión de nuestros sustos nos siguió de cerca por buen rato; esperábamos saltar en pedazos en cualquier instante, pero probablemente había agotado sus bombas por lo que se contentó con observar nuestra marcha.

En el cuartel general de Santa María de Dota nos encontramos a varios conocidos, como el astuto y valiente oficial dominicano Horacio Ornes, el general nicaragüense Antonio Salaverry y a otros más.

Esperamos la llegada de más refuerzos en armas, y pronto se reunió todo lo que antes estaba en nuestro país-base. En el ínterin supimos que nuestras fuerzas de San Isidro habían rechazado el ataque del Gral. Tijerino y dado muerte a este; la causa del fracaso del adversario en un ataque tenía en sí los elementos básicos del éxito, y se debió esencialmente a que un lugarteniente de Tijerino, un exguardia nacional de apellido Leiva, que debió atacar simultáneamente con Tijerino, se adelantó a este, y un ataque que debió ser sincronizado, se convirtió en una acción de dos tiempos, dando lugar a que nuestra gente los rechazara separadamente. También las dos ametralladoras pesadas que de nuestro lado estaban empleadas en lo alto de los tanques de agua, cubrían con su fuego el campo de aviación y los caminos que conducen a el mismo, por lo que pudieron causar destrozos en las filas de los atacantes.

No puedo terminar este capítulo sin rendir homenaje al valiente General Tijerino; murió peleando como un valiente, siempre en su condición de antisomocista; peleaba contra Figueres, porque sabía y conocía quién era; nosotros teníamos que sufrir

todavía grandes decepciones para comprender lo justificado de su actitud.

Preparación del asalto a Cartago

Con esta victoria de nuestro lado, nos fue posible retirar a, casi todas las fuerzas que estaban en San Isidro, dejar solo un retén, y concentrar todo nuestro equipo y personal en Santa María de Dota para preparar el asalto mayor, lo que considerábamos el movimiento decisivo de la campaña. Se optó por un plan audaz pero que de hacerse de acuerdo con los planes no podía menos que darnos la victoria. El plan era infiltrarse de noche por entre las líneas del Gobierno, y luego avanzar rápida y profundamente en la retaguardia enemiga hasta llegar a Cartago, que debía ser tomado de sorpresa. Mientras tanto el Gobierno preparaba a su vez una embestida que de llevarse a cabo con mayor celeridad, creo que hubiera puesto fin a nuestra revolución; había desembarcado varios centenares de hombres a nuestra retaguardia, bajo el mando del avezado teniente nicaragüense Abelardo Cuadra, llevándolos por mar a Dominical, para luego avanzar por San Isidro, que era nuestro aeropuerto de abastecimiento, y luego de dominado todo este sector sur, estrecharnos en contra del arco que los soldados del Gobierno habían hecho para defender a Cartago y a San José, y todos los accesos que conducen del sur a la meseta, que estaba resguardada por varios miles de hombres gobiernistas.

Mientras concentrábamos todos los efectivos disponibles en Santa María para el ataque final, se verificaron una serie de rápidas acciones de distracción, atacando a veces en el mismo día, con un pequeño grupo comandado por el capitán nicaragüense José Santos Castillo, diferentes puntos del arco enemigo que defendía el corazón de la república. El capitán Castillo, vigoroso como un toro, resistente, audaz, y ametralladorista insigne, pasó sin dormir dos días y dos noches, dando golpes sorpresivos, causando grandes bajas al Gobierno con la ametralladora en cuyo manejo no tuvo rival en nuestro ejército, y obligando a este a situar refuerzos en puntos donde el amago del capitán Castillo lo hacía creer que se verificaría el ataque a fondo.

Una vez tuvimos reunidos en Santa María a todos nuestros hombres y todos nuestros elementos, se dieron los últimos toques al plan para la acción final destinada a terminar la guerra una vez por todas a nuestro favor. Se dispuso una acción complementaria al plan de la toma de Cartago, asaltar simultáneamente el primer puerto de la república, Limón.

La ejecución de este plan fue encomendada al ya mencionado capitán dominicano Horacio Ornes. El mismo día que nosotros emprendimos la marcha sobre Cartago, él salió con dos aviones de transporte, que con cincuenta hombres y el grueso de las

subametralladoras, cayeron inesperadamente sobre Puerto Limón y lo dominaron en pocas horas. Las tropas del Gobierno, acantonadas en este puerto, oían por la radio que nosotros estábamos cercados y reducidos a una estrecha área de las montañas del Sur de Costa Rica. Por este motivo el cuartel del Gobierno en Limón estaba completamente tranquilo, creyendo que nuestro movimiento, que geográficamente se había localizado en una zona, era algo que se extinguiría en pocos días.

A fines de abril, seis semanas después de haberse iniciado nuestra "revolución", se dio la orden de formar todos los efectivos; después de varias horas el capitán Ramírez, a quien se había dado el título de "Jefe del Estado Mayor", aunque sus funciones eran las de sargento, y muy buen sargento por cierto, logramos reunirlos. Comenzamos a formar, a las dos de la tarde, y solo logramos terminar de encuadrar a todos nuestros hombres como a las nueve de la noche. Allí estaban, detrás de los pomposos titulares, los verdaderos hombres claves de cada compañía, los oficiales nicaragüenses, José Santos Castillo, general Salaverry, general Antonio Velásquez, capitán Adolfo Báez Bone, coronel Rodríguez Matus, teniente José María Tercero, teniente y doctor Octavio Caldera, otros suboficiales nicaragüenses cuya lista no tengo a mano, y yo. Casi huelga decir que entre la tropa de Figueres había crecida cantidad de nicaragüenses.

Nuestra marcha se efectuó por caminos vecinales, por senderos de la montaña y a través de bosques y potreros; la caminata se realizaba mucho más lentamente de lo previsto; siempre se atravesaba algo o alguien; o se perdía una columna, o se confundía la gente de una compañía con otra, o la gente de vanguardia se detenía por razones inexplicables; era imperativo atravesar las líneas del Gobierno protegidos por la sombra de la noche o todo estaba perdido, puesto que si nos sorprendían en las cañadas nos agarrarían fácilmente con su fuego y nos aniquilarían a todos. Recorrimos Figueres y yo, compañía por compañía, alentando a los muchachos a caminar más deprisa, mientras el capitán Báez Bone bramaba como un león enfurecido por la lentitud de la gente, increpando duramente a los remisos con los más sulfurosos epítetos. Se logró mejorar el ritmo de marcha, y, no obstante, a las cuatro de la mañana, todavía estábamos a un largo kilómetro de las fuerzas gobiernistas, entre cuyas filas pensábamos infiltrarnos amparados por la oscuridad de la noche, del silencio, y del sueño que suponíamos debía de embargar al grueso de una tropa que no esperaba nuestra presencia, y si la esperaba, sin duda era por los caminos regulares, no en ese montañoso sector.

A las cuatro y media de la mañana se repitieron las órdenes de silencio absoluto, e hicimos circular, a sovoz, la consigna de matar a quien rompiera este silencio, o encendiera un cigarrillo. Por entre una cañada, se deslizó lentamente la primera compañía, mientras los demás, tendidos, protegíamos su avance, listos para comenzar

el fuego y lanzar un asalto furioso, si éramos sorprendidos en la hondonada por los ametralladoristas que desde la parte alta de las respectivas dos crestas y formaban la cañada y hondonada, apuntaban hacia el frente con sus pesadas máquinas Máxime. Así fueron transcurriendo los minutos en un silencio anhelante en el cual sentíamos golpear fuertemente el corazón dentro del pecho, cada quien, según conversamos después, temerosos de que su respiración o su latido revelara al enemigo el deslizamiento cauteloso que hacíamos entre sus líneas. Cuando al fin pasamos los 18 hombres que constituíamos la guardia de la comandancia de la cual yo era secretario general, ya los ametralladoristas de la línea enemiga, que estaban situados a nuestra izquierda y derecha como a treinta metros, recibían su ración de café, mientras nos arrastrábamos entre los arbustos del fondo, envidiábamos el privilegio de estos centinelas tomando aromático café caliente, en tanto que nosotros nos arrastrábamos muertos de hambre, de frío y de miedo, pero avanzando al fin. Le dije al oído al coronel Rodríguez Matus, que avanzaba hombro con hombro a mi lado: "qué diera por una tacita de ese café", y él, ágil de mente como buen nicaragüense al fin, me contestó susurrando: "de ese café no quisiera porque es de los que terminan en la muerte".

Luego que estuvimos bastante detrás de las líneas del Gobierno, continuamos siempre por entre montes, cerros y senderos, avanzando rápidamente. Como al mediodía llegamos a otra zona donde había fuerzas enemigas. Como por milagro se agolpó una espesa bruma, y eso nos ayudó a evadir un contacto que no deseábamos, pasando velozmente por entre el bosque y la bruma. Dejamos de lado a los soldados del Gobierno, y comenzamos las interminables, largas y pronunciadas pendientes que conducen hacia Cartago, cuando se avanza del sur. Llevábamos ya como 16 horas de marcha continua por terreno abrupto, con mochila, rifle, sacos de tiros cuyo delgado cordón se nos incrustaba en el hombro, cuando la vieja dolencia del Dr. Caldera comenzó a manifestarse con síntomas violentos, vómito continuo, dolores, palpitaciones y otras molestias que hacían su marcha particularmente penosa, no obstante lo cual nunca pidió descanso, y menos aún permitió que la marcha se demorara siquiera por él. Flaco de carne, enfermo, no se detenía ni para vomitar; las condiciones de la prolongada marcha, con sus fuertes pendientes, su tensión nerviosa, hambre, desvelo y frío, habían agotado la energía de los más robustos; resultaba casi un milagro que Calderita se mantuviera a la par de los demás, y no obstante conservaba su lugar con distinción en la guardia de honor. Era la más palpable demostración de lo que puede la voluntad inspirada por un ideal en el cual se cree con fervor. Mientras la flor y nata de la oficialidad idealista nicaragüense y tantos otros oficiales que unidos por el ideal que a todos nos llevaba de una sola Centroamérica libre, él en valiente representación de la juventud universitaria de Nicaragua marcharía a la par de ellos.

Como a las cuatro de la tarde, al terminar de subir una pendiente en lo que tardamos varias horas, y a cuyo final llegamos casi a gatas, con el rifle de arrastrada, entramos en una hacienda de gente amiga de Figueres, en la cual se nos preparó la primera comida de las últimas veinte horas; y en una pila donde se cuece el dulce, nos hicieron 'arroz con un cerdo de pocas carnes. Cuando descansábamos pasó un "jeep" manejado por un jovencuelo gobiernista y un ingeniero también empleado de la administración Picado. Fue esa la primera muestra que para mi sorpresa tuve de la ferocidad que en el alma escondía esa gente de Figueres; casi todos con cara de niños inocentes se precipitaron sobre el conductor y sobre el ingeniero, y sin interrogación ni trámite alguno, los "culetearon" brutalmente, y los despojaron de casi cuanto llevaban, hasta de los zapatos, que ninguna falta hacía a nuestra gente, que no carecía de vestuario adecuado. La intervención del dominicano capitán Ramírez y la mía, impidió que esos imprudentes paseantes, que no iban armados, fueran destrozados por nuestros lobos "idealistas".

A las seis de la tarde reanudamos la marcha, cada vez más fatigados, creo que marchábamos dormidos, como sonámbulos; en esas condiciones el cansancio vence al instinto de conservación, y aunque como entre sueño oíamos indicaciones diversas de que pasábamos por zonas peligrosas de donde podía surgir una emboscada del enemigo, mi sensación, y creo que la de la mayoría, fue la que de eso era un peligro que no se refería a nosotros; el anuncio de la muerte, que en condiciones normales crispa los nervios y reviste contornos muy temidos, en determinado grado de cansancio, como el que la mayoría de nosotros experimentábamos, no resulta sino un descanso subconscientemente anhelado; tal era la indiferencia que sentíamos al pasar por frente a bosquecillos sospechosos, o de lugares donde de estar el enemigo, hubiera resultado una emboscada fatal para nosotros. Aun en esas situaciones, ninguno llevaba el rifle listo para disparar, sino puesto donde menos estorbare. Además, en cuanto nos descuidábamos, se nos acostaban a la vera del camino los soldados, cada vez en mayor número, y nuestra más cruenta lucha fue la de vencer nuestro propio sueño, para todavía encontrar energía que emplear en dar voces de aliento u órdenes a los que caían.

Como a las doce de la noche, desde la cumbre de una montaña, alcanzamos a ver las luces de Cartago; aquella vista produjo desbordante entusiasmo en todos; el sueño se disipó bajo el estímulo del panorama de nuestra meta, que se nos antojaba extraordinariamente bella, con los focos brillando entre la bruma para indicarnos el camino de la victoria.

Desde ese momento se volvió a dar la orden de silencio absoluto y de apagar todos los cigarrillos, para evitar ser descubiertos por posibles puestos avanzados del enemigo, aunque marchábamos sobre un camino intransitable para vehículos, poco

conocido, que entraba en Cartago por el simbólico cementerio. Comenzamos a descender y descender por tantas horas que habíamos subido; el descenso, usualmente considerado fácil, se nos hacía más incómodo que el ascenso, tal era nuestro agotamiento. Calderita ya no sufría vómitos, pero marchaba como una sombra silenciosa, pero implacable en la determinación de llegar. El coronel Rodríguez había puesto fin a su suave conversación de filosofía, que en tantas ocasiones antes y después de la guerra fue un bálsamo calmante de nuestra desesperación. El locuaz general Velásquez, cada vez que lo tornaba a ver me hacía algún guiño de ánimo y optimismo, mientras a sus cincuenta y tantos años lucía "más ágil" que ninguno. Yo sentía mis pies humedecidos dentro de las botas chapoteando en la tibia sangre de pequeños vasos que se habían reventado durante las 33 horas de marcha, más las diez horas que previamente había pasado sin sentarme, corriendo de un lado a otro para reunir a la gente dispersa en Santa María de Dota en la fecha en que salimos de Cartago.

Al fin, a las cinco de la mañana, llegamos a Cartago. Hicimos un pequeño alto un poco antes de llegar al cementerio, para destacar al mando de Báez Bone dos compañías destinadas a "taponear" la carretera entre San José y Cartago, en los altos de Ochomogo, un punto que ofrece protección ideal para defenderse con poca gente, y un ángulo de fuego que cubre gran parte de la ruta mencionada. Luego de destacado Báez, nos dividimos en varias compañías; una para cerrar la entrada Cartago-Tejar, posible entrada a Cartago por retaguardia; otra para cubrir la entrada de la ciudad por el rumbo de San José, por si el enemigo rompía el "tapón" de Ochomogo; otra para sitiarse el cuartel, con un punto de apoyo, al mando del mayor hondureño Mario Soza, académico muy rápido de mente e intrépido, en las ruinas de la Catedral; y otra dividida en sus respectivos pelotones, cada una de las cuales iba comandada por algún oficial nicaragüense, para dominar la ciudad, eliminar de sus calles toda resistencia enemiga, y el pelotón ligero que constituía la guardia de honor; debíamos avanzar rápidamente y capturar la escuela San Luis Gonzaga, que nos serviría de cuartel general. Los policías y soldados del Gobierno, que estaban en las calles de Cartago, ofrecieron poca resistencia. Mientras avanzábamos saltando de esquina a esquina, pues lo peligroso era el cruce de las calles, oíamos un seco repiqueteo de ametralladora, que sonaba por unos segundos; luego descansaba un instante y comenzaba de nuevo; reconocimos el lento, seco y seguro funcionar de nuestra fiel ametralladora pesada francesa, la Hotchkis, y el método sereno de disparar, con técnica inequívoca, era la del osado capitán Castillo, que no malgastaba balas, ni permitía ráfagas muy grandes que habrían recalentado su amado juguete. Él se había plantado en media calle, directamente en frente de la entrada principal del cuartel de Cartago, y a doscientos metros de distancia entablaba duelo con la fusilería y las ametralladoras del cuartel. Fue preciso que fuere a ordenar al capitán Castillo, en términos severos, que abandonara la media calle y tomara posición detrás de los

muros de la vieja catedral.

No bien habíamos dominado las calles de Cartago, y cuando apenas comenzábamos a instalarnos y a tomar posiciones en nuestro nuevo cuartel general, cuando aparecieron lindas muchachas de Cartago provistas de café negro, leche y pan, corriendo todavía con mucho peligro, para obsequiarnos con alimentos y entusiastas abrazos y besos de felicitación. Bien me dijo el general Velásquez con la más eufórica de sus sonrisas, mientras con una mano sostenía una taza de café y con otra rodeaba el talle de una gentil jovencita: "Rosendo Argüello, hemos llegado al paraíso, por esto volvería yo a recorrer yo ese camino aunque estuviera lleno de lava hirviente". Cada vez en mayor profusión aparecieron sonrientes y sonrosadas damitas, que provistas de cubos o baldes con agua caliente, nos quitaban las botas y nos lavaban los pies, mientras hacían halagadores comentarios de nuestro audaz avance. A Calderita le retornó la palabra con gran elocuencia y como nunca lo había escuchado; contaba sus penalidades y hazañas a una rubia damita que embelesada oía a su héroe sin perderle una sílaba. Y así cada quien, cansado, satisfecho, halagado por el gesto profundamente femenino de las muchachas de Cartago, que improvisaron diferentes tipos de organizaciones para alentarnos, atendernos, alojarnos y alimentarnos, pasamos aquella inolvidable mañana en Cartago. El retumbar de la artillería y de otras armas menores del cuartel nos recordaban que aún había resistencia, y que era prematuro cantar victoria con un núcleo de resistencia al parecer decidido a no rendirse por las buenas; por el contrario, por medio de la artillería francesa 75 que poseía, derrumbó cerca de dos manzanas de edificios que le quedaban cerca para hacer que no pudiéramos aprovecharlos parapetándonos en ellos para hacer en contra del cuartel un fuego cercano más efectivo.

La misma tarde que entramos a Cartago tuvimos la primera alarma. Resulta que el comandante del cuartel gobiernista estaba en San José, y al saber la toma de Cartago por nuestras fuerzas, decidió forzar su retorno a su puesto, y montado en un auto blindado, rompió el "tapón" de Ochomogo, pasando veloz en medio del fuego de nuestras ametralladoras y fusilería. Luego entró en Cartago e hizo un corto recorrido por algunas calles para sondear la situación; mientras pasaba disparaba las ametralladoras del blindado a todo cuanto se movía, causando varios heridos entre nosotros y la población civil, antes de refugiarse en su cuartel cuyo comando reasumió inmediatamente para hostigarnos con redoblada violencia.

Se rumoreaba que pensaba hacer una salida nocturna para atacar por sorpresa el cuartel general, donde residíamos Figueres y su estado mayor. Para evitar el esperado asalto nocturno del coronel Tinoco, decidimos mantener un fuego continuo sobre el cuartel, especialmente sobre los puntos por donde pudiera salir. Una noche quisieron salir y vimos a varios soldados envueltos en capotes negros que apenas podían

percibirse en la sombra. Nuestras ametralladoras pusieron fin a esa intentona, causándoles bajas cuyo monto ignoro. Al mismo tiempo que el cuartel gobiernista nos oponía seria resistencia, contestando continuamente nuestro fuego, y haciendo peligroso el cruce de las calles que estaban al alcance de sus armas, aparecían algunos núcleos de resistencia de diversas zonas de la ciudad, se nos informó que eran nidos de trabajadores que morían disparando antes de rendirse.

Dos días después de haber entrado a Cartago, con el cuartel gobiernista haciéndonos resistencia a pesar de nuestro continuo asedio, recibimos la noticia de que gruesos contingentes de tropas enemigas procedentes casi todas del núcleo que habíamos dejado a nuestra retaguardia en Casamata, se lanzaban al ataque para reconquistar Cartago. Les salimos al frente en el Tejar, donde se entabló una batalla reñida. Los principales contingentes nuestros, comandados por el coronel académico hondureño Jorge Rivas, se lanzaron demasiado profundamente sobre el enemigo, tomando la carretera principal, y pronto se vieron casi totalmente rodeados. El dominicano, capitán Ramírez, disparaba y peleaba personalmente bien, pero, lento de pensamiento y todavía más lento en sus movimientos, no tomaba ninguna disposición que salvara la ya difícil situación. Según se me informó en el frente, las tropas tenían ya poco parque; me vine inmediatamente a Cartago en busca de refuerzos. Cuando busqué a Figueres para comunicarle el peligro que corríamos, lo encontré en nuestro cuartel general con el señor Nuncio Apostólico y el Cuerpo diplomático, que interponía sus buenos oficios para dar fin a la contienda civil, considerando que nuestras fuerzas eran superiores a las del Gobierno y que la resistencia de este era inútil. Así también se los repetía Figueres, y cuando le comuniqué nuestra situación en El Tejar, palideció profundamente y no se le ocurrió más que decir: "Bueno, ¿y ahora qué hago? El Cuerpo Diplomático está presionando al Gobierno para que abandone la lucha; pero, si se dan cuenta de esas dificultades, cambiará de actitud". Como yo nada hacía ahí, pues realmente sabía lo que tenía que hacer, y para que siguiera Figueres en beatífica conferencia con los parlamentarios diplomáticos que ya comenzaban a observar con curiosidad nuestra conversación, dije a Figueres: voy a buscar al general Velásquez para enviarlo al frente y ahorita vuelvo para impresionar a esa gente como se debe.

El general Velásquez y yo sacamos de la armería cuanto había, inclusive rifles Rémington de un tiro; le di la mitad a la guardia de honor, y sirviéndose de esta, Velásquez reclutó, rápidamente y sin dejarle tiempo para pensarlo, a cuantos civiles había cerca de nuestro cuartel curioseando, aunque fueran acompañados de sus novias, hablándoles en términos que no admitían réplicas; les hacían el favor de montarse en el camión o morían allí mismo. Ante argumentos tan sólidos, todo el mundo se mostró voluntario, y el enérgico compatriota y brillante militar, salió como flecha hacia el Tejar. Quedé con doce hombres bajo mi mando y una sola

ametralladora que yo mismo portaba para resguardar a Cartago. El capitán Castillo, el coronel Rodríguez y otros oficiales competentes, andaban en una misión de reconocimiento cerca de San José, para estudiar la forma de tomarlo sorpresivamente, en caso de que el Gobierno decidiese continuar la lucha. Para ese ataque esperábamos, desde hacía dos días, los refuerzos que nos había ofrecido el país-base.

De esta manera es fácil suponer la suerte que hubiéramos corrido si los centenares de hombres que nos embestían agolpados en el Tejar, con mucha valentía, pero bajo un mando pésimo, optaban por distraer unos cincuenta hombres para enviarlos a través de los cafetales y atacarnos en ese momento, ya que estábamos a muy pocos kilómetros de esa ciudad. Dichosamente ni nuestro enemigo supo nunca nuestros puntos débiles, ni estuvo nunca, salvo en sectores circunscritos, bajo un mando eficiente, pues su estado mayor estuvo compuesto, en su mayor parte, por gente inepta para este tipo de pelea. Si un hombre de la imaginación del coronel republicano español Julio López Masegosa, hubiera estado en la jefatura del estado mayor, en vez de estar desperdiciados en misiones demasiado pequeñas para hombres de preparación militar, creo que, al menos en esta ocasión, el que esto escribe, hubiera tenido que valerse de un médium para hacerlo, pues nunca estuvimos tan fáciles de deshacer como la mantequilla ante el calor.

No obstante, tomé las mejores disposiciones que se me ocurrieron para defender la ciudad, y poner a salvo a Figueres si el enemigo llegaba a nuestro cuartel general. Una vez hecho esto con la imprescindible Lewis, la envoltura externa de cuyo calibre la hace parecer más como un cañón que como una ametralladora, penetré con ella en el salón donde se verificaba la conferencia y dije: "general Figueres, ya llegaron los refuerzos que esperábamos de nuestro país aliado; sírvase ordenar qué distribución hago de este material ", a lo que él contestó: "de momento no necesitamos usarlo". Ya al salir vi y oí al señor Nuncio Apostólico que señalaba con el dedo mi "feroz" ametralladora mientras preguntaba con voz temblorosa: ¿Qué es eso?

La batalla del Tejar se prolongó hasta las horas de la tarde, pero la oportuna, vivaz y valientísima intervención del general Velásquez, la tornó en una victoria de nuestras fuerzas. El propio Ramírez me relató que cuando llegó el general Velásquez, hizo un recorrido por todas las trincheras improvisadas por nuestra gente, desafiando temerariamente las balas enemigas, y luego decidió el punto por donde iba a atacar; dio una vuelta por los cafetales, y embistió de flanco con tal fuerza y tan de cerca, que el enemigo empezó a retirarse con tremendas bajas. De tener gente suficiente Velásquez hubiera envuelto totalmente a los gobiernistas; pero solo logró tender un semicírculo en un flanco del adversario. Conocedor el general Velásquez de la situación peligrosa en que habíamos quedado los que resguardábamos a Cartago,

retornó a mi lado en cuanto vio la pelea del Tejar decidida a nuestro favor; e inmediatamente volvimos a establecer los retenes y patrullas que habíamos suprimido.

El Tejar tuvo un bochornoso y negro epílogo; una vez que se vieron perdidos los soldados del Gobierno, comenzaron a entregarse por docenas, queriendo el trato a que son acreedores los prisioneros por simple humanidad, y por los usos y costumbres de la guerra. Pero los "valientes figueristas", que cuando se vieron acorralados ya ni querían disparar sus armas por temor a ser descubiertos, o por no salir de sus escondrijos, ahora recorrían el campo gritando insultos a los heridos, y matando a los prisioneros heridos y hasta a algunos heridos propios que por estar caídos en el monte no eran reconocidos. Según me relató el médico hondureño jefe de nuestro servicio de emergencia, más de cien personas, entre prisioneros y heridos, fueron asesinados por Marshall, Montero, Manuel Enrique Herrero, Piza, Quirós S. y otros después del Tejar.

Algunos suboficiales figueristas, más humanos, lograron traerse del Tejar a un crecido número de prisioneros, en el preciso instante en que oficiales pedían instrucciones a Figueres sobre el acomodo que debía darse a los prisioneros, restándole las dificultades que habían tenido para salvarlos, se presentó a reclamarlos un delegado del estado mayor nuestro, hablando particularmente a nombre de Marshall. Ante el asombro del oficial que había llegado primero, y el mío la contestación de Figueres fue: "no debían de crearme esos problemas con los prisioneros en el futuro, lo que deben de hacer es no traer prisioneros, pues al enemigo hay que liquidarlo". Cuando profundamente indignado pregunté a nuestro general jefe, el porqué de esa actitud inhumana, cuando él se había ostentado siempre como una persona noble, me dijo a guisa de explicación: "sé que si me porto con blandura, me van a perder el respeto los muchachos, y de todas maneras los matarían aunque yo me oponga, lo que solo me crearía conflictos con ellos. Por otro lado esto me sirve de propaganda para sembrar el terror entre mis enemigos".

Al día siguiente, mientras hacíamos nuestro aseo, aproveché la ocasión para decirle a Figueres: "Óyeme, Pepe: yo noto varias cosas raras en todo esto, no veo que tengas confianza en tu gente, ni esta te la tiene a ti; y aunque esta situación es incómoda, porque uno no sabe qué se trama por lo bajo, ya que los más decididos de tus muchachos son los que más amargamente te critican por indeciso, lo que yo quiero saber es que si lo convenido con nosotros tus viejos amigos todavía es válido. Te lo digo porque he sabido que el agregado militar americano ha atravesado las líneas del Gobierno varias veces para venir a conversar contigo, y hasta ahora no sé nada de los compromisos que puedas haber adquirido en esas pláticas, que yo considero que atañen a todos, en particular a los que hemos puesto nuestro destino y el de la causa

centroamericana en ti". Se sonrió y me dijo por primera vez algo que debía de repetir después con frecuencia: "Los yanquis quieren cerciorarse de que yo no llevo miras comunistas o antiamericanistas; ellos son como niños y se pagan de simples palabras, yo sé manejarlos sin dificultades, por eso podré hacer lo que quiero con ellos".

Rendición del cuartel de Cartago

Creo que fue a la segunda noche de nuestra entrada a Cartago, no podría decir con exactitud en qué fecha fue, cuando me mandaron a despertar a altas horas de la noche; me trasladé al punto de cita, casa del señor Mario Esquivel, donde me encontré reunidos a los que se consideraban el estado mayor político de Figueres. Deseaban saber si estaba dispuesto a ir a intimar la rendición del cuartel gobiernista que comandaba el general Tinoco; un señor de apellido Morúa se había ofrecido como voluntario, y se necesitaba otro más que fuera de confianza; me advirtieron que no sobraban los voluntarios para esa misión, porque en otras ocasiones, los delegados revolucionarios, que habían ido con cualquier motivo a parlamentar con el enemigo, habían sido secuestrados, torturados y asesinados. Aclaro que por primera vez oí esa versión. Yo debía llevar la representación del comandante en jefe, para manifestar al general Tinoco que toda resistencia era inútil, que el gobierno ya había aceptado renunciar a favor de un presidente interino que garantizara a todos, y que de no rendirse arrasáramos con el cuartel. Acepté inmediatamente la misión, y todavía al salir a cumplirla, el señor Esquivel me repitió que consideraba un deber advertirme que tal vez yo no regresaría salvo de mi misión, pues fuera del fuego cruzado que se realizaba entre el cuartel y nuestras fuerzas, los primeros podrían retenerme como rehén.

Convine con el estado mayor nuestro que si dentro de media hora no regresábamos se nos daría por muertos o secuestrados, y entonces, sin vacilaciones, se lanzarían al ataque final al cuartel para incendiarlo o hacerlo volar con las armas pesadas que se habían capturado al Gobierno en la batalla del Tejar, entre las cuales se contaban dos piezas de artillería francesa de 75, las cuales había puesto en perfectas condiciones el general Velásquez, único que sabía manejarlas a perfección como lo probó en demostraciones que hizo frente a nuestro estado mayor. Con una bandera blanca y una lámpara de canfín, pues no había luz eléctrica, avanzamos Morúa y yo por entre los escombros de las casas destruidas y alambres eléctricos rotos por las bombas de artillería. A última hora se agregó a la comitiva un hijo del general Tinoco, joven como de treinta años de edad. Al llegar al cuartel, este se identificó, y avisó que le acompañaban unos delegados del general Figueres. Al entrar en el cuartel nos invadió la náusea al sentir el olor de los cadáveres que allí donde habían caído, permanecían insepultos porque nuestro tiroteo no había dado oportunidad a los defensores ni para salir a sepultarlos, cosa que tampoco solicitaron nunca.

Luego que el general Tinoco hubo recibido el mensaje verbal de que yo era portador, se retiró para hablar a solas con su hijo y la oficialidad. Así que terminó me preguntó cuáles eran las garantías que yo le ofrecía para bajar a hablar con Figueres, para ver si concertaba una rendición decorosa, y en caso negativo poder volver a su cuartel para luchar hasta el fin de su vida. Le dije que yo no podía hablar en nombre de una tropa tan heterogénea como la nuestra, pero que era hombre de honor, y que le respondía con mi vida de que no consentiría ningún ultraje verbal y menos físico para su persona; se me quedó viendo y dijo: "Usted tiene aspecto de varoncito, confío en usted", y vino conmigo a conferenciar con Figueres, transmití a este lo convenido, y dijo que respondía de lo que yo hubiera prometido. Acto seguido el general Tinoco le pidió a Figueres hablar con él sin un solo testigo, a lo que este accedió, ordenándome permanecer a la puerta de su oficina sin permitir la entrada a nadie. No bien habían cerrado la puerta, cuando apareció un grupo de oficiales que se consideraban los jefes máximos del movimiento; Cardona, Quirós,

Delcore, Marshall, etc., y con insolencia pidieron les dejara pasar. Les comuniqué la orden que tenía lamentando no poder complacerles, puesto que estábamos bajo régimen militar, y yo tenía que cumplir la orden al pie de la letra. Entonces, el que hacía cabeza de ellos, se lanzó seguido de los demás, para violentarme la puerta; desenfundé rápidamente mi "cuarenta y cinco", y poniéndola de un golpe en el estómago al más agresivo, le previne que moriría él primero si los demás insistían; y que luego haría que la guardia personal fusilara a todos los demás por amotinamiento, razonamiento que pareció convencerlos, visto que inmediatamente Calderita y otro ayudante mío, se lanzaron, de modo decidido, para respaldar mi acción. Figueres salió alarmado, y sus oficiales, muy a mi pesar, lo increparon por tener pláticas con el enemigo sin tornarlos en cuenta: yo advertí a Figueres que él no debía permitir que sus subordinados le hablaran así, y que si me lo ordenaba, yo sabía ponerlos en su sitio antes de lo que cantaba un gallo. El general Tinoco exclamó: "No me explico cómo es posible que con gente tan indisciplinada y tan borracha (en efecto, los oficiales de Figueres salían de una borrachera para entrar en otra), podíamos haber entrado hasta Cartago". Esto me hizo contestarle que aunque esos insolentes eran los gritones, éramos un grupo de oficiales extranjeros que sabíamos cumplir con nuestro deber y ejecutar al pie de la letra los planes acordados, obligando también a la tropa a seguirnos les gustara o no.

Terminada la conferencia entre el general Tinoco y Figueres, este me llamó para darme un resumen de lo convenido. El general Tinoco y su gente entregarían el cuartel, dejando todas las armas adentro, mientras una compañía nuestra haría valla a ambos lados a los soldados gobiernistas que saldrían en formación de su cuartel, para ser custodiados por la guardia personal hasta una escuela que se les daría como

alojamiento momentáneo; no habría ultraje ni de palabras ni de hechos. La gente de Tinoco dormiría en colchones que nuestra intendencia sacaría al otro día de los almacenes para proporcionárselos a ellos. La alimentación de nuestros prisioneros sería exactamente igual a la de nuestra tropa, serían puestos en absoluta libertad. Yo me encargaría de velar porque este acuerdo fuere cumplido mientras permaneciéramos en Cartago. Cuando acompañé al general Tinoco, este, conmovido, le habló a sus tropas diciéndoles que ellos eran los últimos en rendirse, y que si lo hacían era porque ya no quedaba gobierno constituido al cual defender. Sentí íntima admiración por aquel bravo viejo que con tanto honor lucía sus canas y el espadín que portaba. Le di la mano para felicitarlo, que él estrechó efusivamente. Su gente, pálida, con aspecto de cansancio y enfermedad estaba en su mayoría con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Al fin, ya casi clareando el día, se completó la evacuación del cuartel que quedó bajo el mando del teniente nicaragüense José María Tercero.

Termina el gobierno de Picado y comienza el mando figuerista

Al otro día, muy temprano, fuimos a la estación de radio situada en las afueras de la ciudad, y que desde el primer día de nuestra entrada en la ciudad quedó bajo nuestro dominio, para enviar a nuestros familiares las alegres nuevas del completo triunfo. El día anterior, el Gobierno de Picado había renunciado y entregado el mando a un caballero neutral como presidente interino. Había sido concertado, por medio del Nuncio y del cuerpo diplomático, que el Ministerio de Seguridad Pública quedaría en manos del señor Miguel Brenes, que según el pliego de garantías ofrecido a los adversarios, garantizaba tanto a los vencidos como a nosotros, y ya que el último núcleo de resistencia, el cuartel comandado por Tinoco, después de varios días y noches de resistencia, se había entregado.

Figueres envió muchos mensajes a los presidentes aliados, a personas que nos habían ayudado, a Cruz Alonso, al abnegado padrino de todas las causas democráticas, dueño del hotel San Luis en La Habana, al profesor Torres y a mi padre, repitiendo en todos el concepto de que dedicaba esa victoria a la causa de la liberación y unión de Centroamérica. Junto a la estación de radio se ordenó la construcción de una pista de aterrizaje rudimentaria, que quedó terminada en 24 horas. Al día siguiente, aunque con dificultades, ya aterrizó el primer avión en ella misma.

Al retornar a Cartago, la alegría que me embargaba fue ensombrecida por las noticias; la primera, que a esa hora todavía no se había dado el desayuno a los prisioneros que estaban reclusos en la escuela, ni al mismo general Tinoco. Esto logré remediarlo inmediatamente, amonestando, les dije, que si se volvía a repetir, les

haría pasar tanta hambre como ellos hicieron sufrir a los prisioneros. La segunda noticia, que me estremeció, fue la que me dio personalmente, con aire sonriente, voz sibilante y gesto de cansado, el bizarro oficial figuerista Jorge Montero, mientras me enseñaba una "38", y decía: "Estoy cansado y triste porque se me descompuso esta pistola, resulta que anoche tuve que desvelarme porque trajeron de retaguardia a sesenta y cinco mariachis (mariachis le decía nuestra gente a los oficiales del Gobierno), y yo les tiré personalmente, uno por uno, con esta pistola, que al final de recalentada se descompuso". Tuve ganas de tirármele encima allí mismo; pero recordando mi deber de superior y mi posición, ordené se le detuviera e incomunicara, mientras yo hablaba con Figueres para urgir un consejo de guerra que sentara un saludable precedente que detuviera esa ola de criminalidad, sobre todo cuando se trataba de prisioneros.

Figueres me dijo que en ese instante estaba atendiendo el asunto de nuestra entrada a San José, y que luego hablaríamos. Como unas horas más tarde yo insistiera sobre ese asunto, me llamó aparte y me dijo que él detestaba tanto como yo esa crueldad de su gente, pero que él no podía remediarlo, porque todos sus soldados eran aventureros sin alma, a los que él y yo, una vez en San José, con el poder consolidado, tendríamos que echar por la borda y rodearnos de gente más sana; que por el momento era una locura tratar de impedir las venganzas, porque nos tendríamos que quedar solos con la oficialidad extranjera, y provocar un grave conflicto entre nuestras filas, en las puertas mismas de San José, dando lugar a una posible reacción del calderonismo. Tuve que pasar aquel amargo trago, y retirarme a caminar por la ciudad para calmar mis nervios. Lo peor es que nadie podía hablar de esos conflictos, porque era crear nuevas dificultades sobre las que teníamos ya. Pasé por la habitación donde había recluido al criminal Montero, y ya no estaba. Se me informó que había sido puesto en libertad por Marshall, Cardona, Quirós y Delcore, quienes se lo habían llevado a "celebrar la victoria".

No me había repuesto de esta impresión, cuando oí gritos en el patio de la escuela que nos servía de cuartel; se trataba de un negro, que amarrado y vendado iba a ser fusilado allí mismo por otro grupo de nuestros "valientes". Era un pobre evangelista de la Costa Atlántica, que había logrado esconderse después de lo del Tejar, y luego sorprendido cuando fue a buscar alimentos al citado pueblo. El negro lloraba y oraba en voz alta, y cantaba con voz rasgada himnos de su religión. Detuve a la escuadra que lo iba a fusilar, e inquirí el motivo de la ejecución; "es uno del Tejar que se nos había escapado, me gritó con naturalidad uno de los oficiales que hacía de verdugo. Ordené lo desataran, quitaran la venda y lo recluyeran en la habitación reservada a los oficiales. Responsabilicé al comandante de la escuadra de la seguridad del prisionero de color, y me volví rápidamente a la oficina del estado mayor, donde se me llamaba con urgencia. Allí me encontré con el pérfido y sonriente de Chalo Facio, quien

después de haber pasado en San José, sin tomar parte en la pelea durante toda la guerra civil, llegó a Cartago en cuanto terminó esta. Sin dejar de mostrar su dentadura, me relató que habían eliminado el tapón de Ochomogo, y que de Cartago a San José y viceversa, el tránsito quedaba libre. En efecto, noté todo nuestro cuartel lleno de visitantes, entre ellos el doctor Francisco Ibarra Mayorga, quien llegó tal vez porque había estado en otra campaña, con sobrebotas sucias y casco tropical. El citado señor Facio andaba con uniforme de oficial, sobrebotas, insignia muy notoria que no sé qué grado denotaba y una flamante ametralladora Niehausen (de fabricación suiza) en sus espaldas. Cuando le pregunté por qué ahora en paz él salía tan armado, me dijo que iba a limpiar nuestra retaguardia. Eso ya no es necesario, le observé, porque hemos enviado una delegación con cartas del expresidente Picado, avisándoles que la guerra ha concluido, y que deben de entregarse a nuestras fuerzas. "Eso es precisamente lo que voy a evitar, me dijo, que nos metan el alacrán dentro de la camisa; todo enemigo vivo puede ser un soldado que mañana vuelve a armarse y a darnos dolores de cabeza. Es mejor liquidarlos a todos ahora, en caliente, para no tener adversarios vivos que puedan perturbarnos en el futuro" y siempre sonriendo y caminando como si llevara resortes en la suela de los zapatos, en ostensibles oscilaciones de arriba para abajo, salió ordenando al grupo que lo acompañaba que lo siguiera a los vehículos que lo condujeron a su gloriosa excursión al sur ...

Todavía en Cartago, el oficial hondureño Mario Sosa me relató, horrorizado, lo siguiente: él iba acompañado de Báez Bone y Frank Marshall, cuando este, al pasar frente a cierta casa, dijo: "Aquí vive una familia calderonista", y de una patada abrió la puerta; al entrar se encontraron a la familia sentada a la mesa, listos para comer; entre ellos había un anciano, una señora y varios niños. Parece que el padre de los niños andaba huyendo. Marshall, sin decir una palabra, tomó la ametralladora, y sin hacer caso de los gritos de imploración que daban todos, con unas pocas ráfagas, segó la vida de cuantos allí estaban, con excepción de un niño de tres años, que atravesado en un pulmón, logró sobrevivir, y todavía se encuentra vivo donde lo fui a ver. Como de costumbre, Figueres, al saber esto y oír nuestro violento reclamo, dijo: "A todo esto le pondré fin en cuanto tome las riendas del poder, no es oportuno suscitar incidentes por andar protegiendo al enemigo".

Ese mismo día llegaron mi padre, mi esposa, mi suegra, mi cuñado Jorge Figuls y mi hermano Miguel Ángel en un avión expreso que mandamos para recogerlos al país amigo, donde ansiosos habían estado esperando el desarrollo de los acontecimientos. Llegaron con sonrisa de felicidad tal como nunca antes ni después he vuelto a ver en ellos. Creo que me encontraron poco jovial, a pesar de la honda alegría que me daba abrazarlos de nuevo. Yo comenzaba a librar en el interior de mi espíritu una desgarradora batalla, pues al mismo tiempo que mi conciencia me pedía alejarme de los forajidos a quienes había ayudado, haciéndome a la vez punzantes reproches, por

otro lado la razón me decía que ya que los había ayudado para la victoria, yo debía seguir al lado de estos piratas hasta que ellos me cumplieran dándome lo prometido, para organizar un movimiento revolucionario de otro tipo en mi propio país y en el resto de Centroamérica. Me juraba para mis adentros, que si llegaba a tener bajo mi mando tropas que cometieran una crueldad con el caído, sentaría un castigo ejemplar, y me haría matar allí mismo antes que ser muñeco o títere como me parecía ya Figueres.

No es a mí a quien corresponde el relato de los incidentes bélicos en que tomé parte individualmente; y si he tenido que hablar de mí mismo más de lo que hubiere querido, es porque la narración de los hechos históricos que estampo en ese folleto no sería posible sin mencionarme, porque desgraciadamente fui parte de la trama de todos ellos.

Nuestra entrada en San José no tiene nada de particular de relatar. Recibimos cuarteles, revisamos casas sospechosas y montamos guardias en todos los sitios estratégicos para evitar sorpresas. Yo comencé inmediatamente a reorganizar, fortalecer y aumentar la guardia personal de Figueres que más tarde debía de ser el cuerpo mejor adiestrado del país, la guardia presidencial. No quiero terminar este capítulo sin referir que el día siguiente, que rescaté al negro cuando ya salíamos para San José, mandé a mi primer ayudante a traerlo, y supe que ya lo habían fusilado, sacándolo esa misma noche que creía yo salvarlo, a la carretera, donde lo tiraron por la espalda, y luego lo enterraron a un lado del camino. Como ya organizábamos nuestra marcha a San José, no tuve tiempo de hacer mayores averiguaciones, y ya en la capital fue imposible dar con el oficial a quien yo encargué vigilar para seguridad del evangélico negro, ni tuve tiempo de ahondar más el caso.

La casa presidencial denotaba el caos, porque habían pasado sus últimos días los señores del gobierno del personalmente buen hombre licenciado Picado; como los "héroes de la revolución", con pocas excepciones, una vez en San José, se habían dado a la más desenfrenada orgía de sangre y licor, la cooperación que encontramos quienes laboramos para organizar las dependencias de la presidencia, fue harto escasa. Fue preciso establecer la comandancia general en la Casa Amarilla, antiguo Ministerio de Relaciones Exteriores, adonde todavía extraoficialmente llegaban, asiduamente, muchos diplomáticos que hasta hacía poco compartían la espléndida copa y la generosa amistad del licenciado expresidente Picado. Yo conocía bien esa Casa Amarilla, donde hacía un año un engreído oficial mayor nos había negado el paso para ver al señor ministro Julio Acosta, a quien se ridiculizaba siempre como exageradamente afecto a la popular frutita llamada en Costa Rica pejibaye.

Mientras ordenaba el cambio de muebles, y la formación de un nuevo personal, me

encontré al antiguo "Oficial Mayor", quien luego de efusivo saludo, me pidió permiso para sacar determinados papeles particulares que había dejado en su escritorio, y luego aprovechando la casualidad, puso en mis manos un pliego de sugerencias en cuanto al modo de que consiguiéramos un rápido reconocimiento internacional. Yo, que por desengañadora experiencia sabía lo que debe entenderse por "gobierno constituido", "democracia continental, y "solidaridad panamericana", no pude contenerme e invité al expavo real para hablar solos un rato. Tal vez los nervios tensos por tanto tiempo se me habían exacerbado por el exceso de sonrisas fingidas y otras zalamerías que ahora encontraba, y cometí la dureza de recordarle su descortesía de antaño, que me había servido de lección, para evitar que en las dependencias que yo manejaba se volvieran a cometer, como en efecto logré hacerlo. Le expresé mi creencia de que un funcionario cuanto más gana, más obligado está a servir al público, puesto que su crecido sueldo sale en definitiva de ese mismo público, del pueblo, a quien por lo general se ve por encima del hombro.

Por demás está decir que el joven, cultivado en conocimientos y prematuramente servil, se deshizo en disculpas, y me aseguró que si hubiera sabido de quién se trataba, habría procedido conmigo de otra manera. Traté de hacer llegar a su alma vil como la de todo buen cortesano, el concepto de que no se trataba de discriminar mucho para saber quién es quién, sino que un funcionario está pagado a través del organismo gubernamental por el estado, por el público, para que sirva al público, si no en la medida de todos sus deseos y peticiones, por lo menos a todos con igualdad de trato y decoro. En cuanto a los reconocimientos, le aseguré su enjundioso pliego me lo sé de memoria; internacionalmente es bueno, lo que triunfa y lo que sostiene el triunfo el tiempo suficiente para dar lugar a fingidas deliberaciones. En este recinto se hicieron carantoñas al doctor Calderón Guardia, injustamente tildado de comunista, a don León Cortés que fue señalado como nazista; al licenciado Picado que se decía manejado por Mora y Calderón Guardia y a quien todavía harían zalemas, y tratarían de excelencia, si hubiera tenido la energía de proceder como era debido y exterminar el germen del figuerismo cuando este reunía armas y gente en sus fincas. De manera pues, terminé que si logramos mantenernos en esta capital adonde hemos llegado, el tiempo suficiente para que se consolide nuestra situación, vendrá el reconocimiento de todas las democracias, y también de las naciones tildadas de antidemocráticas. Si hubiéramos perdido, seríamos "aventureros", pero hemos ganado, y hoy mismo un señor embajador me dijo, por teléfono: "quisiera la aquiescencia de su excelencia el señor Figueres para visitarlo mañana". Así que, joven amigo, vaya usted y trate de predicar este evangelio. Nadie proceda como si tuviera la vida en arriendo perpetuo, y menos aún como si su figuración fuera a durar siquiera lo que dura su vida, pues la suerte varía de la noche a la mañana, y la vida es demasiado corta para que valga la pena de envilecerla por necias preeminencias.

El joven aludido no dejó de llegar a la Casa Amarilla, en la que terminó por hacerse indispensable a fuerza de lo eficaz de sus servicios.

Figueres tuvo que hospedarse en casa del señor Alex Murray, tipo extraordinario, totalmente fuera de ambiente por su cristalina sinceridad y generosidad admirable. Este señor prestó servicios decisivos a los "maquis" de Francia, llevándoles armas bajo las mismas barbas de la "Gestapo". Es un hidalgo canadiense en cuyo corazón pareciera que se han condensado en bondad los anchurosos ríos y bellos lagos de su tierra. Su hospitalidad no tenía nada que envidiar a la de un árabe legítimo, dé tal modo que la misma guardia presidencial, y la escolta personal de Figueres, encontraron cariñosa acogida en su propia casa. Mientras tanto, bajo la presión que las circunstancias demandaban, comencé a instalar las diversas dependencias de la apolillada casa presidencial, y sobre todo, a adiestrar a los individuos seleccionados como aptos para el respaldo básico de Figueres, guardia presidencial y escolta personal.

En la casa presidencial se habían acostumbrado a dar trabajos a diversos "compadres", los uniformes a un sastre dado, la reparación del tren de vehículos, a un mecánico que cobraba lo que quería, la comida a quien mejor comisión les otorgaba, y así por el estilo eran las cosas, por lo menos el día que yo me hice cargo de organizarlas. Mi primera medida fue centralizar, en la misma presidencia, todos sus servicios, estableciendo sastrería, cocina, taller y gimnasio para los muchachos escogidos para custodiar a nuestro jefe. Él me encargó alojar, atender y buscar la comida del general Rodríguez y de su enorme séquito de dominicanos, así como de los cortesanos de mi país que lo rodeaban día y noche.

El general Rodríguez fue instalado en una suntuosa quinta, y la alimentación de sus cincuenta lugartenientes la arreglé con el "Country Club", todo bajo mi firma, por supuesto, con el natural riesgo de que cualquier cambio de situación me hiciera aparecer ante el público como responsable de gastos exorbitantes.

No se hizo esperar el desarrollo de una tormenta de pasiones, de servilismos, ambiciones y odios. Circulaban rumores de complotes para asesinar a Figueres; este me distinguió con su confianza total, y para hacer honra a la misma, y cumplir las varias tareas que se me habían dado, tuve que suspender el sueño cada noche por medio, es decir, una noche me acostaba para dormir seis horas, y al otro día trabajaba veinticuatro horas. Lo más difícil de afrontar era el personal responsable, que tuviera sinceridad en su promesa de laborar seriamente a favor de todos. Para la guardia personal de Figueres, sobre todo en las noches en que cada cual deseaba irse de fiesta con las amables damitas que sobraban, tuve que recurrir, mientras se formaba el equipo adecuado, al cansado capitán Castillo, a varios compatriotas amigos

personales y a mi propio hermano, pues ya en la victoria no abundaban los voluntarios para velar el sueño de Figueres, amenazado constantemente de un asalto enemigo.

Marshall, con la complacida aprobación de Facio, y la abúlica actitud de Figueres, comenzó en compañía de Manuel Enrique Herrero, Cardona, Delcore y otros héroes, a apalear mujeres y a asesinar a los que ellos llamaban calderonistas. La primera fase de este desborde "gangsteriano" se significó por la requisa de automóviles y muebles de todos los tildados de adversarios. Algunos de los miembros de nuestro ejército poseían hasta tres automóviles requisados a los enemigos políticos; la segunda, fue hacer presos a mujeres y hombres en las mismas cárceles destinadas a los reos comunes; la tercera fue la de inventar la ley fuga, y supuestos levantamientos para justificar los asesinatos, algunos de los cuales relataré más adelante.

Una de las personas en primer lugar ultrajada y encarcelada, fue el padre del sacerdote Arié, que nos había relacionado a Figueres y a mí. Cuando dije esto a Figueres, una tarde, me contestó que estaba demasiado cansado para meterse en detalles. Tomé bajo mi responsabilidad la sacada de la cárcel del citado caballero, y envié al general Velásquez con un pelotón de la guardia de honor, y como era de esperarse, el general Velásquez cumplió su cometido a pesar de la oposición de los carceleros. Resulta que el padre Arié había sido antifascista, y Delcore, al igual que casi todos los lugartenientes de Figueres habían sido fascistas, de modo que estos ex "camisas negras" tomaban violentas represalias en contra de los republicanos y liberales. Al otro día Delcore, respaldado por el nuevo y ostentoso Ministro de Seguridad Pública, teniente coronel Edgar Cardona, me hizo insolente reclamación en plena casa presidencial, a los cuales me vi precisado a contestar con pistola en mano, diciéndole: "Ni como hombre, ni como funcionario soy altanero con nadie; pero he hecho el voto de no admitir jamás, si estoy en condiciones de igualdad, el insulto de nadie, así que hágale con la debida cortesía o hágalo a tiros...". El ostensiblemente alcoholizado oficial Delcore, de origen italiano, entró en razón, y me dijo que algún día me arrepentiría de andar protegiendo a los enemigos, y que ya hablaría con Figueres, dicho lo cual, se fue.

Realidades figueristas

Al día siguiente que Delcore y secuaces encarcelaron al papá del Padre Arié, a quienes Figueres decía profesar profunda estimación, le relaté a este, los pormenores del caso: su reacción para el abusivo subordinado fue enviarle una tarjeta en la cual manifestaba a Delcore que su proceder le había resentido mucho. Y ya es de imaginar que hampones de esta laya, jamás modifican su conducta porque el jefe les diga simplemente que sus fechorías le provocan "resentimiento".

La flamante Junta comenzó a funcionar, y su eficiencia fue como es de sobra conocida, toda verbal. Se habló de cambiar el escudo de Costa Rica, por uno diseñado por el señor Facio, que según él simbolizaba, de manera patética, la honda transformación que el país estaba sufriendo bajo la dirección sapientísima de la que se llamó a sí misma Junta Fundadora de la Segunda República de Costa Rica. Pronto se olvidaron de seguir adelante las interminables y doctas discusiones en torno al masónico simbolismo que debía darse el nuevo escudo, para hablar de la nueva bandera; pero tampoco pudieron resolver este nuevo problema, porque la apremiante situación económica exigía levantar fondos a toda costa.

Se habló entonces de que para hacer una transformación digna de los propósitos que animaban a la Junta Fundadora de la Segunda República, había que hacer una revolución con R mayúscula y esta debía de alimentarse de las bien cuidadas arcas del capitalismo, sobre todo de los dineros de los cafetaleros y prósperos a quienes el Sr. Figueres profesa especial deseo de ver económicamente descarnados. Se decretó el impuesto del 10% sobre el capital. Inútiles fueron las consideraciones que en privado hice a Figueres de que el capital en sí mismo no había que castigarlo con medidas que lo amedrentaran, restaran iniciativa e hicieran esconderse; que lo prudente era estudiar un impuesto proporcional sobre la renta tal como lo hacían en los Estados Unidos y existía ya en Costa Rica.

Al mismo tiempo que la Junta Fundadora tomaba una serie de medidas arbitrarias que paralizaban la vida económica del país, los militares, llamémosles así, formaban una camarilla enemiga de la Junta de Gobierno a la que consideraban compuesta de charlatanes bien vestidos e inútiles; pero al mismo tiempo esta misma camarilla de "militares" perseguía a los ciudadanos desafectos al nuevo régimen, con una ferocidad que apenas tiene parangón con las represalias desatadas por las más brutales tiranías del Caribe. Cortaron la cabellera a multitud de damas, entre ellas conocidas pedagogas para luego meterlas en las cárceles destinadas a mujeres de vida licenciosa. En otros casos apalearon tan rudamente a mujeres en estado de embarazo, a tal grado, haciendo que los golpes de los sayones figueristas las hicieron abortar, el niño muerto a consecuencia de los golpes. En otra ocasión me tocó ir a sacar de la casa, donde había sido abandonado un niño que apenas podía andar, y que estaba sucio y enloquecido por la ausencia de su padre y madre, que habían sido puestos en la cárcel. El niño gritaba hora tras hora sin que sus lamentaciones conmovieran a la policía que rodeaba la casa, y que dándose cuenta de la situación de la criatura desamparada, no tuvieron siquiera el humano gesto de llevarle agua. Me refiero al niño del licenciado Carballo.

En repetidas ocasiones llevé mis protestas al Sr. Figueres, haciéndole el relato en

todos sus detalles, que yo había comprobado. También le previne de la abierta crítica que la poca gente honrada que había entre sus amistades, hacían de la sangrienta trayectoria de su gobierno, calificándolo a él o como cruel sátrapa, o inútil ornamento de un gobierno que se decía presidir sin dar muestras de autoridad en forma alguna. No solo dije esto a Figueres, sino a la Junta y a sus amigos más cercanos. Esto agudizó la creciente envidia y mala voluntad que los figueristas sentían por el grupo de desengañados nicaragüenses que les proporcionamos material y personalmente los medios de la victoria. Resultó cada vez más inútil el que yo les recomendara que aunque fuera por interés propio, no ya por una hidalguía que a esa fecha yo sabía que no podía esperar del figuerismo, que no amedrentaran a los ciudadanos, porque un régimen de temor incitaba a las conspiraciones, frenaba el progreso de los negocios y causaba el desorden económico y civil, con el consiguiente debilitamiento del régimen, que deseaba mantenerse solo por la fuerza bruta, sin ofrecer ningún halago, ni a las masas, ni a los hombres de empresa.

Para contrarrestar el ambiente "gansteriano" que la Junta auspiciaba en todas las dependencias del Gobierno, y para fortalecer a Figueres en cualquier trayectoria elevada que yo esperaba que de un momento a otro tomaría para salvar la situación y salvarse él y salvarnos a nosotros sus aliado nicaragüenses del inevitable descrédito que nos sobrevendría, ante el público en general desconocedor de los conflictos internos entre el figuerismo y nosotros sus aliados nicaragüenses, aparentemente solidarizados con el "nuevo orden", es que traté y logré en parte, hacer que la Guardia Presidencial, que el Cuerpo Especial de Seguridad y que todas las dependencias directas de la Presidencia, tuvieran la mayor independencia posible, tanto de la Junta, como del Ministerio llamado de Seguridad Pública, que manejaban Cardona, Marshall y Manuel Enrique Herrero, trío cuya criminalidad les hace campeones del crimen político en Centro América. Creo que al principio mi plan de independizar a Figueres y de darle fuerza propia para realizar las nobles intenciones que yo le atribuía, cuando aún la experiencia no me había desengañado, alegraron a este que, aunque no le hayan importado nunca los atropellos que su banda cometía con los ciudadanos adversarios y neutrales por igual, sí vivía atemorizado por los rumores constantes que le llegaban sobre las efectivas conspiraciones de Cardona y sus demás jefes militares, así como las que se atribuían al calderonismo.

Por el deseo y la necesidad urgente que Figueres tenía de obtener cuerpos bien adiestrados, que fortalecieran su autoridad personal dentro de aquella turba desenfrenada, es que me nombró, además de Secretario General de la Presidencia, Jefe de la Guardia Presidencia, Director del Cuerpo Especial de Seguridad, Secretario de la Comandancia General y Jefe de Capitanías. Sus militares trataron de sabotear y lograron en gran parte hacerlo, mi plan de hacer de los grupos que estaban directamente bajo la orden del Presidente Figueres y mía, los mejores armados por lo

menos en cuanto a volumen de fuego se refiere, de todo el país, y logré el adiestramiento y la disciplina sobre un grado altamente satisfactorio; pero por encima de todo me complace declarar que los muchachos de la Guardia personal de Figueres, los del cuerpo especial de seguridad y los de la Guardia Presidencial, escogidos por sus limpios antecedentes morales, jamás cometieron abusos ni crímenes de clase alguna. Prohibí terminantemente la requisita de automóviles que era la mejor distracción del "bizarro" Ejército de Liberación, ya entonces dependiente de Cardona y Marshall. Di instrucciones muy claras al personal de la Presidencia para que tratara con invariable cortesía a toda persona, sin hacer distingos políticos como pueden testimoniarlo los mismos calderonistas que en diversas ocasiones llegaron, con problemas que debían ser resueltos en mi despacho.

La agresividad de los militares de la Segunda República y de los miembros civiles de la Junta se tornó más violenta y descarada en contra de los nicaragüenses que respaldábamos la persona de Figueres, y que tratábamos de que en Costa Rica se realizaran las promesas de justicia y libertad que este nos había ofrecido y que haría buenas al triunfar. Figueres tuvo que decirme que la Junta no deseaba que llegara ningún nicaragüense a la Casa Presidencial aunque fuere miembro de mi propia familia. Se me obligó a despedir a una jovencita nicaragüense, hija del Gral. Guillén, a quien yo había empleado como mecanógrafa, en la Secretaría de correspondencia de la Presidencia.

Figueres me aconsejó y presionó para despedir a los viejos y leales instructores nicaragüenses, de los diferentes cuerpos militares de la Presidencia. Y como esto ya resultaba humillante para mí, tomé unos libros personales que yo tenía en la Presidencia y me dispuse a marchar a mi casa, no sin antes decirle a Figueres que me iba de una oficina presidencial donde no había presidente, sino un instrumento de la intriga y del "gansterismo uniformado; que yo no estaba de acuerdo ni con la política económica, ni con la violencia que la llamada Segunda República empleaba, y menos podría estarlo ahora, en que el veneno de sus esbirros se lanzaba ya hasta en contra de los nicaragüenses que, embaucados, le habíamos ayudado decisivamente para llegar al poder. Figueres me habló largamente y me convenció, debo confesarlo, de que, como un sacrificio más en aras de la causa centroamericanista, debía estar cerca de él, ser indiferente a la intriga y a la envidia que me mordía sin cesar, hacer concesiones, dar los últimos toques de adiestramiento a los guardias presidenciales, y luego dedicarme a formar, en una finca de él, un cuerpo de nicaragüenses escogidos, que al mismo tiempo que constituyere una "reserva" para él, mientras estuvieran en el país, serían los que una vez que llegaran las armas que estaban por pedirse al exterior, debían de utilizarlas para la revolución en Nicaragua, como próxima etapa de la jornada unionista y democratizadora de Centroamérica.

Una vez que se dieron cuenta los compañeros de la junta de Figueres, y los entorchados militares de la Segunda República, que nosotros los nicaragüenses estábamos constituyendo nuestra propia organización militar, tanto para respaldar a Figueres como para tener capacidad de aprovechar las armas en cuanto llegaran, se dieron a la ejecución de toda clase de planes para echarnos del país, o asesinarlos traidoramente.

Una madrugada llegó a buscarme a mi domicilio un teniente del "Ejército de liberación costarricense", con el recado de que el jefe del estado mayor "coronel" Frank Marshall me necesitaba ver con urgencia en su cuartel. Le contesté que yo no hacía visitas a esas horas, y que si el coronel Marshall deseaba hablar conmigo, haría la excepción con él de recibirlo a horas tan intempestivas. Al rato regresó en otro tono, y acompañado de un pelotón de soldados, advirtiéndome que sus órdenes eran que si yo no iba por las buenas, él tendría que llevarme por las malas. Quiso aprehenderme, pero el fuerte argumento de la pistola que saqué con presteza, le convenció de que personalmente no podría capturarme, requirió a su gente para que rodease mi casa, donde vivía con mi esposa, mi hijo recién nacido y otros parientes; pero cuando los soldados de "La Segunda República" rodeaban mi casa alistándose para asaltarla, fueron sorprendidos por un grupo de mi propia gente que, con algunas ametralladoras, rodearon a mis sitiadores. Yo había tenido la previsión de tener en una casa vecina a un grupo de compatriotas armados lo mejor que en aquellas circunstancias era posible, y ellos salvaron mi situación, acudiendo a mi llamado.

El Sr. Presidente fue también avisado, y llegó en ropa de dormir, y al observar la situación, hizo reflexiones a los desleales forajidos que pretendieron liquidarme, porque según Marshall mismo confesó, el propósito era sacarme a la carretera para tirarme y enterrarme allí mismo.

Esa noche Figueres, en vez de imponerse varonil y jerárquicamente como le correspondía en calidad de presidente y comandante en jefe del "Ejército de Liberación", manifestó a sus muchachos, con aire contrito, que le mortificaba mucho esa actitud de ellos que me debían todo a mí, pues sin mi concurso no se hubiera fundado "La Segunda República". Al oírle no pude contenerme y exclamé: "Como sigan estos bravucones fastidiándome, me veré obligado a pelear por establecer una tercera república con gente más decente". Esto lastimó más a don Pepe Figueres que la intentona que para asesinar me hicieron sus propios "muchachos", y al día siguiente, en la Casa Presidencial, me hizo amargas recriminaciones sobre mis palabras, expresándome que nunca esperaba que su más leal colaborador hablara de destruir su obra para fundar una tercera república. "Como en la segunda república no saben corresponder, humana y fielmente, a quienes nos jugamos la vida por ayudarles, no merecen otra cosa que nuestro repudio y nuestra enemistad", fue lo

único que le dije.

Antes que nosotros, los nicaragüenses, formáramos nuestro propio cuerpo militar, ya se había organizado la "Legión Caribe" bajo el mando inmediato del capitán Miguel Ángel Ramírez, dominicano que representaba los intereses del exsenador y exsocio de Trujillo, el gran terrateniente y millonario don Juan Rodríguez. La Legión Caribe pronto se pareció, por su composición, a la "Legión extranjera", pues en ella se agruparon dominicanos, hondureños, como principales jefes, nicaragüenses de todo partido, salvadoreños y algunos costarricenses. Establecieron su cuartel general en pleno centro de la ciudad. Su ocupación era hacer marchas y ejercicios de orden cerrado dentro del patio del cuartel, cobrar sus sueldos, en las tardes perturbar a las muchachas que pasaban por las cercanías de su cuartel, y en las noches provocar escándalos cuando se emborrachaban.

La Legión Caribe fue considerada el instrumento de los reaccionarios de Nicaragua, que hicieron causa común con don Juan Rodríguez, y los hondureños que pretendían que Figueres les ayudara a ellos, en lugar de cumplírnos a los nicaragüenses a quienes debían todo. Aunque la Legión Caribe logró acumular muchas armas, pues también hicieron alianza con el "Ejército de Liberación", ayudándole en sus saqueos, requisas de automóviles y persecuciones de todo género, nunca fue un ejército eficiente. Sus jefes sí se cuidaron mucho de lucir vistosos uniformes, y sobre todo, de desplegar alardes de exhibicionismo haciendo declaraciones por medio de agencias noticiosas internacionales, que hacían temblar al Caribe.

Es justo reconocer que algunos militares nicaragüenses con ideas y planes propios, como el coronel Gómez, el capitán Báez Bone y el eficiente coronel Francisco Morazán, trataron por todos los medios posibles de mejorar la entereza y disciplina de los "legionarios", aunque la falta de respaldo de los supremos jefes dominicanos no les permitió desarrollar debidamente los planes que tenían para convertir a la Legión Caribe en un eficaz instrumento militar.

En el mismo público tico había, y todavía existe, mucha confusión respecto a la organización que yo comandaba, a la que llamamos "Compañía Rafaela Herrera" y la Legión Caribe, pues mucha gente me suponía el jefe de esta última, y a nuestro cuerpo y a la Legión como la misma cosa, cuando en realidad fuimos 'siempre de diferente tipo de organización, con muy diferente espíritu y sobre todo, con finalidades políticas muy diferentes a las que animaban a los jefes mercenarios de los legionarios.

Para hacer promociones y otorgar grados, los componentes de la compañía Rafaela Herrera, acantonados en la hacienda Río Conejo, fueron examinados y sometidos a

pruebas rigurosas por delegados del estado mayor de países amigos de nuestra causa. Y en justo reconocimiento a la disciplina de los muchachos de nuestro cuerpo, debe decir que ni una sola vez provocaron un escándalo en sus días de licencia, cuando visitaban la ciudad. El agregado militar de un poderoso país, invitado por Figueres a inspeccionar a nuestros cadetes y a presenciar sus ejercicios de orden abierto, no tuvo inconveniente en decir a Figueres, delante de varios personajes enviados de presidentes amigos: "Me sentiría orgulloso de comandar este cuerpo, sentimiento que yo compartí y aún siento; aunque nuestro propósito haya sido equivocado, obramos de buena fe, y cumplimos nuestro deber sin arredrarnos ante ningún sacrificio.

El capitán Báez Bone creía en ese tiempo, debido a versiones malintencionadas, y también a la estructura poco ortodoxa que en muchos aspectos di a nuestra compañía entre otras cosas, las que de dar el mando de la organización, ocasionalmente, a militares de clase inferior, y a castigar más severamente a los de orden superior, por igual falta, que a los inferiores que yo era enemigo del ejército sin el respaldo de la espada, y que la estabilidad de los mismos gobiernos democráticos, aunque sus procedimientos sean institucionales, deben contar con el respaldo de un cuerpo eficiente y bien armado, respetuoso de la ley, pero siempre listo para hacerla respetar a los presuntos trasgresores. No obstante este mal entendimiento con Báez Bone, cuando él supo del asalto de que fui víctima por parte de Marshall y su banda llamada "Ejército de liberación costarricense", me manifestó su solidaridad y se puso a discreción mía para contribuir a mi seguridad personal.

Probablemente el proceder de un crecido número de miembros de la Legión Caribe, desvirtuó las buenas intenciones que tenían varios de sus componentes, pues del mismo modo que Báez Bone, Horacio Ornes, ambos en aquella época francos, hábiles y tenaces enemigos míos, junto con ellos trabajaban otros jóvenes que con honrados anhelos, como el muy conocido líder estudiantil nicaragüense, Carter Cantarero (este último nunca dejó de ser mi amigo personal), luchaban contra la corriente dominadora que introducía la desorientación política que siempre distinguió a la teatral "Legión Caribe".

Cuando ambos grupos, la Legión Caribe y la Rafaela Herrera, estuvieron organizados adecuadamente según el criterio de nuestros respectivos asesores técnicos, Figueres aconsejó la fusión de ambos conglomerados; pero, ¿quién sería el jefe? Los conservadores de mi patria aconsejaron que fuera un dominicano, que por ser extranjero probablemente tendría cualidades imposibles de alcanzar por un nicaragüense, según el criterio del grupo conservador que en ese momento decía representar a su partido. Figueres, ante mis amigos, y ante mí, ni decirlo, manifestaba su adhesión a mi persona, aduciendo argumentos que en resumen se fundaban en el hecho de que a pesar de no poder dominar muchos detalles técnicos del arte militar,

en lo esencial mis conceptos sobre la conducción de operaciones militares habían dado resultado satisfactorio en Costa Rica y el programa que elaboré para el adiestramiento de los grupos bajo mi comando, en el conseguimiento de armas y en su traslado, fueron calificados como un poco severos pero de efectos prácticos.

Naturalmente, que el Sr. Presidente Figueres era el árbitro de la situación, y sus principios, métodos y tácticas debían de ejecutarse, porque de tomar él un rumbo fijo, nadie hubiera podido desviarlo; no obstante, cuando lo visitaban representantes de la Legión Caribe, expresaba a ellos su admiración por el dominicano Miguel Ángel Ramírez, y su deseo de verle comandar las fuerzas revolucionarias del Caribe. Figueres estimulaba las pretensiones de cada grupo haciendo a cada quien declaraciones "confidenciales" de que él a la postre sabría hacer salir triunfante la jefatura de quien en esos momentos le hablaba. Notando en parte su juego, que yo calificaba entonces. de honradas vacilaciones, pero molesto por aquella baja guerra de intrigas, durante la cual las delegaciones de grupos antagónicos visitaban a Figueres hasta dos y tres veces en el mismo día, pintándome con los colores que es de suponer, decidí dejar en manos de este la solución del problema manifestándole que su eterna vacilación, sin resolver por la forma y jefatura que debía de darse al movimiento revolucionario de Nicaragua, estaba fortaleciendo rivalidades y enemistades en perjuicio de la causa. Figueres insistió en que yo debía de quedar como jefe del movimiento nicaragüense, pues desde la guerra civil de Costa Rica así lo habíamos convenido; que mi retiro sería una traición a los grupos que lo habían ayudado por fe en mi persona, y que si yo tenía principios firmes por los cuales luchar, debía de garantizarme mediante la jefatura militar, de que la revolución no sería traicionada por los políticos que siempre se aprovechan del esfuerzo ajeno; que él me apoyaría para que yo fuera el único que saldría con mi gente, bien armada, de Costa Rica, pero que le era preciso jugarle "política" a los demás grupos para evitar choques violentos. Quedamos en esa ocasión en que a los dominicanos les daría las armas que habíamos llevado del exterior, y que para mi organización mandaría a comprar, oficialmente al exterior, el armamento que yo le indicare.

La noticia de que Figueres mandaría a comprar armas para entregárnoslas, fue conocida de los diferentes grupos rivales, con el consiguiente recrudecimiento de su enconado sabotaje. Fueron a denunciar el hecho al estado mayor figuerista, y estos, a su vez, enfurecidos, intensificaron su persecución en contra de todos mis amigos, y decidieron liquidarme a toda costa. Hubo un consejo de oficiales costarricenses figueristas, y todos mi excompañeros de ayer, sin exceptuar a uno solo de los que años antes me buscaban para que les ayudara y que pudieron comprobar los sacrificios que hice para procurarles las armas, acordaron pedir la disolución del cuerpo nicaragüense que yo comandaba y mi captura inmediata. Este acuerdo del leal consejo de oficiales, excompañeros de armas míos, fue publicado en Diario de Costa

Rica un año más tarde, con motivo del proceso que le siguieron a Cardona por haberse levantado en contra de Figueres, siendo su ministro de Seguridad Pública; mi padre reproduce el referido documento en su libro *La verdad en marcha*. Figueres se negó a esta petición de sus militares, considerando, entre otras cosas, que en aquel momento la liquidación de mis fuerzas significaba también su derrumbe, pues su más leal y auténtica reserva era la que yo comandaba. El mismo consejo de oficiales de la "Segunda República", vista la negativa de Figueres, decidió atacarnos sorpresivamente y asesinar a todos los nicaragüenses de Río Conejo, para lo cual comenzaron a hacer investigaciones sobre nuestras armas, organización, etc. Cuando me enteré de este propósito, invité al ministro de Seguridad Pública, "coronel Edgar Cardona", para presenciar las maniobras de mi gente en la montaña donde estaba acantonados. Pudo observar cómo los "cachorros", así se autodenominaban los nicas que yo mandaba, desarmaban cualquier tipo de ametralladora, y la volvían a armar, con los ojos vendados, en pocos segundos, tiempo máximo alrededor de un minuto; y no lo hacía uno solo, sino cualquiera, desde el oficial comandante hasta el cocinero. Los vio practicar ejercicios de comandos, emboscadas, "camuflaje", lucha cuerpo a cuerpo, tiro al blanco, etc., y se volvió a su cuartel, ya en la tarde, a comunicar a sus bravucones que era muy peligroso atacar a los "pinoleros" porque estaban "demasiado preparados".

Se optó, pues, por una táctica más traicionera y menos peligrosa para ellos. y volvieron a las emboscadas en mi contra. Por medio de un oficial figuerista, que se decía amigo nuestro, se me invitó junto con varios compañeros de ir a una fiesta en Santa Ana. Comprendiendo que sería imprudente ir, ordené que nadie aceptase so pretexto del exceso de trabajo. Desgraciadamente el valiente capitán nicaragüense, José Santos Castillo, algunos de cuyos osados actos he mencionado antes, no pudo resistir la tentación, y se fue sin mi permiso. Al entrar en el lugar de Santa Ana donde se celebraba el baile, fue detenido por un policía de la "Segunda República", quien le dijo que de orden del Ministerio de Seguridad Pública, ningún oficial del grado que fuere, podía entrar en una fiesta portando arma. El capitán Castillo le entregó la pistola que portaba al policía, ofreciendo este devolvérsela a la salida. Según relato de la joven que acompañaba al infortunado capitán Castillo, este fue llamado a media fiesta, y al salir a la puerta acribillado a balazos por un pelotón de soldados del ejército figuerista, los mismos excompañeros de guerra a quienes Castillo había defendido denodadamente en los campos de batalla, ahora le disparaban inclementes, con las propias armas que yo les conseguí. Castillo cayó herido, pero con vida, gritando: "No me maten, recuerden que soy de los mismos; soy el capitán Castillo no me maten ... "; pero nuevas descargas hechas ya a cinco metros de distancia pusieron fin al robusto y noble compatriota, quien abandonó a su mujer y cinco hijos por correr a unirse con nosotros en la revolución de Figueres.

En la madrugada me avisaron que el cadáver de Castillo estaba en la "morgue" del Hospital de San José. Al enterarme de lo ocurrido, decidí, de acuerdo con el Gral. Velásquez, Caldera, y mi primer ayudante y fiel amigo Alejandro Lacayo y otros, nuestro inmediato traslado a Santa Ana armados todos de subametralladoras, con el inquebrantable propósito de barrer a los cobardes asesinos del capitán Castillo. No encontramos a nadie. Luego supimos que todos habían sido llevados a un cuartel de San José, por orden de Marshall, Cardona y Manuel Enrique Herrero, director de policía este último. Ante nuestra violenta protesta, se mostraron condolidos, y juraron que harían una investigación y castigarían rigurosamente a los culpables del crimen, para cuyo efecto ya habían detenido a toda la guarnición de Santa Ana. Delegué en el Gral. Velásquez mi representación para que comprobara que efectivamente se procesaba y castigaba a los asesinos. Al día siguiente me dijo que ya habían sido encontrados los verdaderos autores de la muerte de Castillo, que eran dos calderonistas que disfrazados de soldados figueristas lo habían tirado y luego huido; que las autoridades del cuartel le habían mostrado los dos cadáveres de los culpables, que confesos, habían sido ejecutados al instante.

Poco después averigüé que el plan de los "militares" de la "Segunda República" era hacer que yo fuere a Santa Ana con todo mi estado mayor, para una vez allí matarnos todos en plena fiesta; pero que como solo fue Castillo, este resultó la única víctima. También comprobé que los cadáveres que enseñaron al Gral. Velásquez en el cuartel, no eran de soldados figueristas ni de calderonistas que se hubieren disfrazado de soldados para cometer crimen alguno, sino dos trabajadores costarricenses detenidos desde hacía tiempo por ser antifigueristas, y que fueron asesinados por los partidarios de este, aprovechando la ocasión que se presentó para decir que eran los autores de la muerte de Castillo.

Bueno es manifestar aquí que a pesar de nuestras gestiones y protestas, ni Figueres, ni miembro alguno de la Junta Fundadora, se preocuparon por esclarecer y menos aún castigar este horrendo crimen perpetrado en el mejor ametralladorista del ejército de Figueres. El gobierno de este no puso más atención a este asesinato que la que hubiere puesto a la noticia de un gato aplastado por un automóvil en cualquier esquina de la ciudad. Ni un solo miembro de la Junta fue al entierro del capitán Castillo, de cuyo ataúd todavía goteaba la sangre cuando era llevado al cementerio. Las manchas que esa sangre dejó sobre las calles de la capital, cuyo dominio entregamos a aliados traidores y pérfidos, no podrá ser lavada jamás sino es con la de los criminales de la Junta Fundadora, escuela de simulación, "gansterismos" y deslealtades más grandes que registra la historia de Centroamérica.

Cuando el capitán Castillo se fue a Costa Rica para engrosar las filas de Figueres, seducido por las promesas unionistas que este nos había hecho a los nicaragüenses,

dejó la gerencia de una fábrica de sombreros, empleo en el que ganaba muy bien. Hoy la viuda y sus hijos perecen en la mayor miseria, sin que jamás nuestras gestiones ante Figueres, cuando este era presidente hayan dado resultado alguno para que les asignare alguna pensión a las víctimas de sus esbirros.

Con motivo de la creciente hostilidad de nuestros exiliados, manifestada en insultos y agresiones, solo algunas de las cuales es posible relatar pues suman tantas que por sí misma llenarían todo este folleto, urgí a Figueres a reunir el dinero para mandar a comprar las armas prometidas, y pronto estuvieron listos cien mil dólares. Una noche llegó mi viejo amigo Walter Lotz con el cheque bancario de cien mil dólares, y la siguiente propuesta de Figueres y de la "Junta Fundadora": que si yo prefería quedarme con esos cien mil dólares, en vez de emplearlos en la compra de armas, bien podría hacerlo con tal de que los empleare en algún negocio en el mismo país; pero que si insistía en que ellos, mis aliados, cumplieren lo prometido, estaban dispuestos a enviar oficialmente una delegación que yo mismo nombraría, para comprar las armas que indicare. Como es lógico suponer, opté por el último camino, puesto que no fui a Costa Rica en viaje de negocios, sino en pos de un ideal por el cual no solo dejé comodidades personales, sino que estaba dispuesto a sacrificar la vida por su consecución. Nombré al nicaragüense Julio García y al costarricense Daniel Oduber como encargados de la compra de armas. Nuestras gestiones en el país-base que nos había ayudado desde el principio, lograron que su Presidente apostara otros cien mil dólares. Por motivos que nunca pude esclarecer, García y Oduber compraron solo treinta mil dólares en armas cortas, doscientas subametralladoras Reising, y aunque devolvieron el sobrante del dinero al gobierno de Costa Rica, no sé qué empleo se dio a estos fondos que teóricamente eran del grupo nicaragüense a cuya orden se puso ese dinero. En cuanto a las armas, cuando llegaron, el gobierno tico no quiso darnos una sola subametralladora, alegando que la amenaza del calderonismo les obligaba a mantenerles a disposición de su propio ejército.

Olvidaba relatar que mientras esperábamos la llegada de las armas, volvieron a formarse, más organizadamente los mismos grupos que antes en el país-base intrigaban para que las armas se les entregaran a ellos y no a Figueres. Ahora reclamaban de este una ayuda efectiva y que me hiciera a mí a un lado. Yo no culpo a los delegados del Gral. Chamorro, encabezados por el Dr. Manzanares, de tratar de capitalizar, para su partido, el apoyo de Figueres, pues es finalidad de cada partido político la obtención del gobierno.

Y es preciso aclarar aquí, que a pesar de la fuerte rivalidad política, y la pugna constante que existió entre el Dr. Manzanares, don Toribio Tijerino, el Gral. Carlos Pasos y el grupo que yo encabezaba, de estos señores no tengo nada personal que

resentir, pues por el contrario, en el terreno individual mantuvimos siempre cordiales relaciones y caballeroso trato; pero entre la gente que se decía simpatizar con ellos, se estableció nuevamente un verdadero comité de difamación para mis compañeros y para mí. Si algún miembro de la Legión Caribe que era como dije, la única que residía en plena ciudad, se emborrachaba y causaba un escándalo, se hacía correr la voz que era algún subalterno mío. Una vez ametrallaron la casa del Consulado de Nicaragua, e hicieron correr el rumor de que yo lo había ordenado. Desgraciadamente un joven que se decía amigo mío tomó parte en ese atentado innoble y contraproducente, pero jamás tuvo la entereza de declararse culpable. Dichosamente, pronto se estableció que yo nada tuve que ver en esa estúpida provocación, pues no creo en expedientes rastreros como método de lucha política, y el atentado personal sería indigno de quienes enarbolan una bandera de principios, y ese jamás arregla ninguna situación ni cambia un sistema de gobierno.

Recuerdo que una noche tuve una larga discusión con el Gral. Pasos que en resumen mantenía la tesis de que yo era demasiado joven para ser jefe de una organización bélica. Al relatar a Figueres esa discusión, este me dijo que nunca cediera ante ese industrial, pues en su visita a Managua había comprobado la forma injusta con que trataba a sus empleados, relatándome un incidente entre Pasos y un carretonero, en el cual este lesionó los intereses del pobre hombre, según la versión que dio don Pepe. Si me dijo que él creía que para la realización de sus planes centroamericanos él personalmente debía de asumir el mando del ejército revolucionario nicaragüense: yo manifesté conforme si solo él, pero con un estado mayor nicaragüense asumía la responsabilidad del movimiento armado contra el régimen de Nicaragua; pero Figueres me dijo que los oficiales nicaragüenses eran díscolos, difíciles de manejar, y que para evitarse dificultades, todos los puntos clave del ejército revolucionario debían de ponerse bajo el mando de hondureños y dominicanos que él nombraría, y que después del triunfo, el ejército nicaragüense, al que debía de incorporarse el elemento sano de la Guardia Nacional, también tendría que estar dirigido por Oficialidad extranjera. Que fuera de esto, él ya se había puesto de acuerdo con Rodríguez, Ramírez y otros dominicanos, para que la Legión Caribe en forma independiente, gobernare una zona de Nicaragua en la cual sería completamente autónomo, para garantizar así el libre desenvolvimiento de toda la Revolución del Caribe de la cual él sería el jefe supremo, con el apoyo de un estado mayor internacional, y con ejército, en cuanto a rasos se refería, compuesto básicamente de nicaragüenses.

Tal era el plan del Generalísimo Figueres, quien, además, vigilaría las elecciones y tendría derecho a vetar a cualquier candidato. Tal proyecto obtuvo mi categórica negativa, argumentándole que si mi padre había peleado durante toda su vida en contra de la intervención extranjera en Nicaragua, mal podría propiciar yo, su hijo y

nicaragüense auténtico, la intervención de un ejército virtualmente extranjero por su oficialidad, en el manejo de los asuntos internos de Nicaragua, pero que no obstante consultaría con mi estado mayor. Ese rechazó enérgicamente tal propuesta manifestando que preferían sufrir los yerros de la administración del general Somoza, a la tutela extranjera fuere cual fuere, menos de aventureros como demostraban ser la mayoría de la Legión Caribe. Y debo repetir aquí que ni mi estado mayor, oficialidad, clases y rasos, devengaron jamás sueldo durante el largo período que estuvieron bajo mi mando, preparándose para el movimiento de Nicaragua, y como reserva personal de Figueres, motivo que les autorizaba a considerarse en un nivel moral superior a la Legión Caribe, cuyos miembros sí cobraban sueldo del gobierno costarricense.

Cuando comuniqué a Figueres la resolución de nuestra oficialidad, y sobre todo el concienzudo razonamiento que sobre la materia hizo el Gral. Rivers Delgadillo, ante el mayor Adolfo Vélez, el Dr. Octavio Pasos y Julio Tapia, de mis consejeros principales, tuvo un verdadero acceso de furor como nunca le había conocido antes. Se retiró bruscamente a sus habitaciones, y pasó sin hablarme varios días. Luego, con toda calma, me dijo que aceptaba como buena nuestra tesis, y que nosotros los nicaragüenses recibiríamos de él la ayuda prometida para que actuáramos con independencia, sin tutela extranjera. Pocos días después de esto, un pelotón de soldados del ejército de Figueres trató de capturarme otra vez en mi casa, con el resultado negativo de siempre, pues Octavio Caldera, mi ayudante personal, Alejandro Lacayo y otros compañeros, rechazaron enérgicamente la intentona. Calderita mandó a retar a duelo al director de policía, Manuel Enrique Herrero, y yo mandé a retar, para un duelo inmediato, al matasiete de Frank Marshall: ninguno de estos sanguinarios bravucones quiso acudir a la cita, aunque les esperamos largo rato en plena calle. Algunos amigos íntimos me sugirieron que probablemente el mismo Figueres fue quien trató de deshacerse de mí, visto que yo era un serio estorbo para sus planes personales de predominio en Centroamérica, idea que yo entonces rechacé como absurda.

Nuevas peregrinaciones

Hice un viaje al país aliado que nos había servido originalmente de base, para pedir que nos sirviera nuevamente de base de operaciones, recibieran y acuartelaran a mi gente mientras comenzaba la revolución, porque nuestra vida ya era imposible en Costa Rica. Los jefes militares, en particular el Ministro de Guerra, así como el Presidente, acogieron mi petición con simpatía, y poco tiempo después envió dos secciones al mando de Julio García, que fueron trasladados en un gigantesco hidroavión que nos facilitó otro gobierno amigo. Pronto las intrigas de comités políticos enemigos nuestros, particularmente de influyentes "revolucionarios" hondureños, sabotearon todo nuestro plan. A nuestras secciones se las emitió en un

pueblo apartado, y apenas se les daba para comer; no quisieron aceptar más gente, de manera que con nuestro cuerpo de comandos divididos, uno en Costa Rica y otro en ese país, donde también se les requería a abandonar el suelo a la mayor brevedad, nuestra situación se tornó realmente amarga, ya que éramos rechazados de todas partes.

Presioné a Figueres para que nos diere la ayuda que fuere posible, y nos dejare ir a comenzar nuestra revolución a Nicaragua. El tiempo trabajaba en nuestra contra, y Figueres, fuera de retardar aún la más insignificante ayuda, casi siempre cambiaba de parecer en el último minuto, adoptando nuevas resoluciones que, a su vez ya al cumplirse, es decir, al llegar el término señalado para su realización, eran cambiadas nuevamente por planes "mejor madurados", según la calcada frasecita de nuestro incomparable Presidente amigo. Al fin se decidió a enviar otros delegados a comprar aviones, que dijo que serían para mí, y de toda la clase que yo indicare; en esta compra, el oficial dominicano Horacio Ornes, sostenía la tesis de que era preciso adquirir aviones de combate P. 38, para proteger nuestra invasión a Nicaragua. Yo me oponía, alegando que en primer lugar no debíamos ni pensar en una revolución que operare como protegiendo a los infantes y que los Estados Unidos solo vendían aviones de caza sin ametralladoras, propias para simples reconocimientos, no para combatir. Insistió Ornes en que aunque vinieren sin ametralladoras, nosotros mismos podríamos artillarlos. Le dije que era inútil pensar eso, puesto que la sincronización de las ametralladoras con el paso de las hélices, y otros detalles técnicos, no podían realizarse en ningún país fuera de los Estados Unidos que guardaba como un secreto militar la caja eléctrica que manejaba el tiro de las ametralladoras. Figueres me dio toda la razón, y se fue un aviador costarricense a los Estados Unidos con el dinero e instrucciones de comprar solo el tipo de aviones que yo indicare. Mi deseo era obtener simples aviones de transporte, pues aun sin protección, procediendo de sorpresa, estos aviones podrían aterrizar en los campos que llegáremos a escoger para iniciar el movimiento revolucionario de Nicaragua.

Pronto supe que el aviador enviado había comprado en los Estados Unidos un avión caza P. 38, y se aprestaba para adquirir otros del mismo estilo, contrariando las órdenes expresas que llevaba. Indagué y supe que Ornes había logrado que Figueres diera contraorden al delegado, dándole instrucciones de comprar la clase de aviones que Ornes quería. Volví a razonarle a Figueres, y este, después de consultar a varios agregados militares sobre los detalles que yo le di, en apoyo de mi tesis de que los cazas sin artillar eran inútiles para combatir, e inútiles como transportes, ordenó al secretario general de la junta, Daniel Oduber (yo era secretario general de la Presidencia, no de la Junta), para que por radioteléfono dijere al aviador delegado que suspendiere los tratos que estaba haciendo y comprase los transportes que yo le había pedido. El aviador compró un avión viejo de bombardeo que también podía utilizarse

como transporte, y estaba tramitando la compra de otros, cuando recibió una nueva orden de Figueres, que presionado por Ornes, había vuelto a cambiar de parecer, inclinándose a favor de la compra de aviones de caza sin artillar. Finalmente, regresó el comprador con varios aparatos viejos, que apenas podían volar, todos cazas, y un asmático bombardero sin dispositivo para lanzar bombas, sin miras, y apenas con alas, pues una se le cayó al aterrizar en San José.

Durante todo el tiempo que estuve al lado de Figueres, primero como su más cercano colaborador, y luego como jefe de los preparativos que parcialmente se hacían, o más bien creíamos hacer para la revolución en Nicaragua, noté que la mente de este señor, funcionaba como el péndulo de un reloj, pues a cada segundo variaba de criterio; exponía las tesis de extrema izquierda con igual fervor que las tesis de extrema derecha. Me hablaba con indignación de las intrigas de Ulate calificándolo duramente, y luego ostentaba cálida amistad con este señor. Se enfurecía por los chismes que según él me afirmaba, mis compatriotas le trataban de meter en mi contra; pero cuando estos llegaban, estimulaba sus pretensiones para eliminarme, y lo mismo hacía con los hondureños y otro tanto con los dominicanos. Recuerdo que en una de tantísimas controversias, entre los grupos dominicanos y representantes de los viejos partidos históricos de Nicaragua, fui acompañado de un grupo de amigos a pedir a Figueres que se decidiera por algún grupo, pero que pusiera fin a aquel caos, anarquía e incertidumbre; que por su falta de definición estaba agravándose de día en día, ya que su actitud estimulaba todas las ambiciones sin establecer una jerarquía que pusiere disciplina en medio de aquel mar de confusiones. Me dijo en tono, gesto y términos enfáticos: "Esto no admite discusión: tú haces mal en poner en duda tu derecho legítimo a ser quien recibe mi total respaldo. Yo a ti es al único que reconozco derecho a reclamarme, pues eres el único que oportunamente me ayudó. Así se lo comunicaré a tus compatriotas disidentes, para que se unifiquen o queden fuera del movimiento revolucionario". Pero al día siguiente llegó el dominicano capitán Ramírez, acompañado del Dr. Octavio Pasos Montiel y otros compatriotas, para pedir a Figueres que de una vez definiera a cuál grupo ayudaría, y a cuál de sus excolaboradores extranjeros quería como jefe de la revolución en Nicaragua. Figueres manifestó que su candidato era Ramírez, pero que como yo me oponía, él necesitaba tiempo suficiente para convencerme...

Hacía poco yo había sostenido una entrevista con el capitán Ramírez, y este, que era el único que había logrado acumular un considerable lote de armas en su cuartel, me declaró que pondría esas armas y a la Legión Caribe bajo mi mando, con tal de que él quedara como jefe del estado mayor, aunque en este prevalecieren, como siempre insistí, los nicaragüenses. Pero que primero quería saber si realmente el presidente Figueres, como árbitro definitivo, me daba su respaldo total, y prometía aportar el dinero que requería la movilización y los aviones para el transporte. Como Ramírez

tenía mucho más de mil rifles, y alrededor de cien ametralladoras de todo tipo, mi estado mayor consideró buena esa propuesta, pues con los aviones y algo más que nosotros consiguiéramos, bastaría para iniciar la revolución en Nicaragua, contando con el apoyo y refuerzo inmediato que nos había prometido otro presidente amigo, una vez que tuviéramos bases en Nicaragua, donde pudiéramos recibir barcos o aviones con relativa seguridad. La propuesta de unificación me la hizo el capitán Ramírez en un extenso convenio que debíamos firmar una vez que Figueres estableciera a quién daría su apoyo, es decir, a quién deseaba como jefe de la revolución.

Yo estaba seguro, después de escuchar a Figueres, que cuando Ramírez hablare con este, saldría convencido de que la ayuda del presidente Figueres era para mí, y por lo tanto no tendría más remedio que optar por mi tesis de dar predominio a la oficialidad nicaragüense, y no a la oficialidad hondureño-dominicana, que era la preferida de Ramírez; pero al hablar con este me lo encontré muy subido, completamente cambiado, y hablando como si ya no valiere la pena discutir la forma de conducir la revolución en Nicaragua, pues esta se haría dirigida por dominicanos, hondureños, y oficiales extranjeros para poder dominar así a los nicaragüenses, y garantizar una elección supervisada por ellos. Como la reclamare su promesa de hacía poco, me dijo que Figueres mismo deseaba que fuere él el jefe de la guerra en Nicaragua, y que esta se realizaría con la gente escogida por él, en los sitios y puestos señalados por él, y según sus propios planes. La hermana de Ramírez, una enérgica, sincera y vivaz dama llamada Cristina, me llamó aparte y me dijo: "Mi hermano es muy vanidoso y está ahora estimulado por Figueres; tú ya sabes que yo no miento, y por eso ahora puedo asegurarte que Figueres le prometió su respaldo absoluto a mi hermano. En mi opinión, Figueres está dándole largas al asunto, engañando a todo el mundo, estimulando las ambiciones de cada grupo, y echándolos a pelear para deshacerse de los dirigentes con ideas propias, y así hacer con los soldados y oficiales de poca categoría lo que le venga en gana". Aquella mujer, con la intuición y perspicacia propias de su sexo, vio a tiempo lo que solo los rudos golpes nos debían de hacer comprender después. Yo por el momento, todavía estaba ciego por mi fe en la lealtad y sinceridad de Figueres, y aunque tenía con este constantes disgustos por su inercia ante los crímenes de su gente, y su actitud vacilante en todo, atribuía su enfermedad crónica a sus nervios destrozados, a su mente cansada, la debilidad de carácter, que no de otra cosa le calificaba su proceder, de que daba continua prueba. Por lo tanto, rechacé la insinuación de Cristina, y ni siquiera le creí por completo, pensando que mi hermano, Miguel Ángel Ramírez, la tenía sugestionada. Fui a hablar con el Dr. Octavio Pasos Montiel, y este confirmó, con entera franqueza, la versión de Cristina, diciéndome que si era necesario me repetía delante de Figueres lo que este delante de él había dicho a Ramírez.

Cuando fui a protestarle a Figueres por lo que me parecía un método indigno de un amigo, y de un hombre entero el que estaba él siguiendo, me dijo, con aire de persona que ve a la otra como a un niño: "Es que tú crees que en política la franqueza sirve, pero estás equivocado. Yo estoy desorientando a Ramírez, para que crea que mi apoyo es para él, y así deje de intrigar y sabotear tus planes ante mi estado mayor, y ante los otros presidentes amigos. Mientras él hace sus planes, te dejará en paz, y así, tú te alistas, y en cuanto yo consiga unas armas y unos aviones que estoy gestionando por otro lado, gestión que no puedo comunicarte dónde y cómo la desarrollo pues deseo sorprender con lo conseguido, tú te vas solo con tus compatriotas, pues tus planes son los que han merecido la aprobación de un estado mayor técnico como el que asesora a nuestro Presidente amigo X".

Este folleto escrito, a "vuela máquina", bajo la presión del tiempo, y solo en los ratos que me dejan libre múltiples quehaceres propios del diario batallar por la subsistencia, no pretende ser un relato ordenado cronológicamente, ni completo, y menos aún podría ser jamás una pieza literariamente correcta. Es solo la descripción de una parte de lo sucedido, el relato de algunos episodios que bastan para arrojar luz sobre la nebulosa y la leyenda que fuentes interesadas han arrojado sobre lo que sucedió en Costa Rica, del porqué jamás se hizo el movimiento armado contra el Gral. Somoza que todos esperaban, y cuál es la verdadera personalidad de Figueres, ya que su extraordinaria capacidad de simulación tiene desorientada a la opinión pública, no solo de su país, sino de muchas personas en otros aspectos muy inteligentes entre los dirigentes del Caribe.

Como acabo de decir, la falta de tiempo para ordenar serenamente, con exactitud cronológica todo lo sucedido, me hizo omitir, en páginas anteriores, la narración de algunos hechos que completan el estudio que los interesados en mejorar la situación de Centroamérica deben de hacer de la psicología de Figueres, antes de tomar en serio sus promesas y sus pregonadas intenciones de centroamericanista, de depurador de la hacienda pública, de demócrata sincero y de amigo consecuente con quienes por él luchan.

Cuando se preparaba el envío de los emisarios encargados de ir a adquirir las armas que yo hice después de consultar a mis asesores técnicos, es decir, después de reunidos los cien mil dólares que se me ofrecieron para mi uso personal, se verificó una reunión en el país originalmente base, de varios presidentes y destacados dirigentes revolucionarios del Caribe. Como el ultra-reaccionario dominicano don Juan Rodríguez, gritaba constantemente que nosotros los nicaragüenses no aportábamos nada a la causa del Caribe, pues debido a la actitud sumisa de varios compatriotas que le hacían la corte, consideraba el aporte humano del nicaragüense poco más o menos como cosa obligatoria, como servicios propios de los esclavos

para su amo, yo externé a Figueres la idea de que mi padre debía ser quien llevara a esa reunión los cien mil dólares que Figueres decía que eran nuestros, y ser también mi padre quien cuando don Juan Rodríguez, con su característica arrogancia preguntara, delante de los presidentes amigos, cuál era nuestra colaboración material, los pusiera sobre la mesa haciendo constar que no solo proporcionábamos la gente mejor adiestrada de todos, sino esa cantidad de dólares. Figueres acogió la idea como buena, augurando que tal acto sería de mucho efecto para darnos mayor validez ante los gobernantes aliados.

Una vez reunidos todos los que en aquella época se ocupaban de buscar fórmulas para buscar la transformación de los países oprimidos por dictaduras, se fueron a una bella hacienda por varios días, para discutir todos los planes, sin interrupciones y con la calma que tan magnos problemas exigían. Figueres voló, con mi padre, en avión expreso al país de cita. Ya en la finca donde todos se hospedaban, repitió a mi padre que él debía ser quien apareciera aportando esos cien mil dólares por las razones apuntadas, y para que le dieran el mismo trato diferente que solo por su dinero daban a don Juan Rodríguez. Le dio el giro bancario a mi padre, pero a la hora de la reunión, se lo pidió nerviosamente, a lo que mi padre accedió pensando que ya Figueres se lo devolvería en momento preciso.

Cuando don Juan Rodríguez, como siempre, puso de relieve que el que ponía más dinero en efectivo para la revolución, era quien más derecho tenía a dirigirla, haciendo caso omiso de cualidades morales e intelectuales, cada quien señaló la contribución que en dinero o armas podía comprometerse a dar. Cuando llegó el turno a mi padre, este solo pudo hablar de su programa, de su deseo y seguridad de obtener la cooperación no únicamente de los militares más distinguidos de Nicaragua, sino la de hombres reconocidos por su honradez e ilustración, ajenos a la ambición personal y a la sed de venganza que animaban como era obvio, a tantos llamados revolucionarios. Mientras hablaba, lo hacía con pausa, mirando a Figueres, y dando tiempo a que este encontrara una oportunidad para, de acuerdo con lo convenido, le diera el giro, o dijera: "aquí está también este aporte material del Dr. Argüello; pero nada de eso sucedió. Figueres habló luego y después de exponer sus puntos de vista y dijo: "Yo apporto este dinero para el próximo paso de la revolución del Caribe, que debe de comenzar en Nicaragua". Por supuesto que no faltó el comentario de Rodríguez, quien dijo: "Argüello no da dinero; solo habla del respaldo que tiene entre mucha gente; yo también tengo el apoyo incondicional que me han ofrecido los conocidos dirigentes nicaragüenses... mencionando en efecto los nombres de personajes hartos conocidos por su entreguismo al extranjero, que en el trato con Rodríguez llamaban a este: "Nuestro jefe supremo, con la natural cortesía que les ha dado su larga práctica de servilismo ante él. Ahora pueden ayudar al lector a formarse un cuadro más completo de quién es el verdadero Figueres.

En otra parte dije el compromiso que este personaje adquirió ante un presidente amigo, ante el profesor Torres, mi padre y yo, de no permitir represalias que desnaturalizaran siempre una causa noble, y dejan rencores y heridas tan profundas, que luego impiden formar un gabinete en el cual cooperen personalidades realmente capaces, y quizás hasta prestigiosas, cuya sola presencia en un gobierno contribuyen a dar carácter de unidad nacional a la administración que tiene el buen tino de pasar por encima de pasioncillas, y buscar, aun entre los enemigos políticos de ayer, todo lo que valga; esta fue siempre mi tesis y parecía haber obtenido la entusiasta aprobación de Figueres.

Recuerdo que este me decía siempre que aunque a su entender el error de los comunistas no era su ideología sino. su táctica, que los había puesto mal con los yanquis, buscaría, no obstante, entre los comunistas a varios colaboradores porque entre esta gente se encontraban los cerebros más brillantes de Costa Rica. Sin embargo, ya es de todos conocido cuál fue su actitud de calculada indiferencia ante los incalificables atropellos que sus esbirros perpetraban en respetables personalidades del calderonismo, no digamos ya de los llamados comunistas. Cuando le recordaba sus promesas con los vencidos, me contestaba que él no podía exponerse a perder el gobierno por contrariar a sus militares. Y por no preocuparse de contener a tiempo a esta turba de facinerosos, se expuso él mismo a que estos envalentonados le escapan de cortar la cabeza.

Cuando marchábamos para Cartago se suscitó una plática sobre don Manuel Mora, el jefe del partido costarricense Vanguardia Popular, conocido como de orientación comunista. La conversación se desarrolló entre el presbítero Núñez, que de la mano de la única muchacha en toda nuestra tropa, marchaba al lado de Figueres, este y yo. Pregunté yo cuál sería la suerte de don Manuel Mora, pues motivos de agradecimiento personal me hacían preocuparme de cómo le iría con la tropa figuerista, cuya crueldad comenzaba yo a vislumbrar. Me preguntó Núñez que si yo pudiera qué haría con él. Le dije que mi mayor deseo, y también mi deber, eran alojarlo en mi propia casa, pues él me había ofrecido años atrás la hospitalidad de su hogar, y la protección de su persona, con motivo de serias dificultades que yo había tenido con miembros de su partido y personajes del gobierno de Picado, como el hermano de este, don René Picado, en aquella época envenenado anti-nicaragüenista, como avanzado precursor del sentimiento de odio al nicaragüense que distingue al figuerismo. Les conté que con motivo de una publicación ofensiva que Álvaro Montero Vega, secretario de don Manuel Mora en tiempo de Picado, hizo en contra de varios amigos míos residentes en México, como el profesor Sáenz, el licenciado Juan José Meza y el Dr. Pedro J. Zepeda, yo le había contestado defendiendo a estos. Alvaro Montero Vega, entonces, descendió a la más soez injuria en mi contra, motivo

por el cual le envié como padrino a mi estimable amigo Licenciado Samuel Santos hijo, y a mi cuñado Fernando Figuls, para que verificáramos a la mayor brevedad, un duelo a tiros que debía de ser sin otro límite que la muerte de uno de los dos contendores; que para este efecto debíamos de avanzar el uno hacia el otro a medida que disparábamos, y tener derecho a recargar nuestros revólveres si nuestra mala puntería o nerviosismo nos hacía terminar los seis tiros del tambor sin haber acertado en el blanco; que este duelo había sido aceptado por Álvaro Montero Vega, pero luego no había acudido a la cita pretextando, ante la insistente llamada de más padrinos, que a última hora su partido le había prohibido batirse. Con este motivo, terció caballerosamente don Manuel Mora, publicando un artículo en el que desaprobaba los insultos que Álvaro Montero Vega me había lanzado, y excusando a este por no batirse con el argumento de que como militante de su partido, acataba fielmente la disciplina de este que, en reunión especial de su directiva, le había prohibido expresamente acudir al duelo. Más parece que en aquella época el Sr. Álvaro Montero Vega, si acató la orden de no batirse conmigo, no siguió la directiva de decencia que lo indicaba don Manuel Mora, y en unión de algunos compañeros de él me fastidió, y amenazó por teléfono con que atacarían mi casa en San José, obligándome a parapetarme con varios compatriotas armados, listos a enfrentarnos a los atacantes que nunca llegaron.

Todos estos incidentes hicieron que el director de policía, o subdirector, me llamara para recriminar duramente mi actitud, y me amenazara con mi expulsión y la de los compatriotas que de hecho, y en una publicación en la prensa, se habían solidarizado conmigo. También tuve que ver a don René Picado, hermano del culto presidente Picado, quien ante mi sorpresa, porque su hermano presidente en una entrevista me impresionó favorablemente por su gentil actitud, me dijo que "los nicaragüenses eran un estorbo en Costa Rica donde nadie los quería, y que si volvía a tener dificultades con un tico, de cualquier partido, y por cualquier motivo, él me echaría del país". Ante todas estas amenazas y dificultades, don Manuel Mora, a pesar de que mi incidente era con un miembro de su partido y su secretario personal, y de exponerle yo mi ideología contraria a la interpretación materialista de la historia que el marxismo hace, se ostentó hidalgo y caballeroso conmigo. Me dijo que había conocido a mi esposa cuando era una niña, y que por amistad con ella se sentía también mi amigo. Me ofreció su casa y su intervención personal ante el gobierno, si mis problemas continuaban.

Todos estos antecedentes, expliqué yo a Núñez y Figueres, mientras caminábamos, me hacen sentirme seriamente preocupado por las intenciones que llevan algunos respecto a don Manuel Mora, con quien estoy moralmente endeudado. No sufrirá ninguna molestia, aseguró Figueres; por el contrario, para mi revolución económica yo necesito de todos los marxistas porque son los que mejor conocen la técnica para

destruir al capitalismo. Y mientras tanto, agregó Núñez, daremos a Ud. una casa cómoda y segura donde pueda alojar a don Manuel y satisfacer su deuda moral con él, a quien nosotros tanto en lo personal como en lo político lo admiramos mucho, aunque desgraciadamente ahora, para poder llegar al poder desde el cual realizaremos su programa, tengamos que pelear con él y sus compañeros. Nosotros practicaremos el marxismo, diciéndonos enemigos del comunismo".

A lo que comentó Figueres: así, con esa táctica los yanquis nos dejarán actuar libremente, y cuando quieran reaccionar, ya habremos liquidado al capitalismo en Centroamérica, y estaremos consolidados en el gobierno de una poderosa federación centroantillana a la que tendrán que respetar", fueron sus palabras para cerrar la conversación.

Por asociación de ideas, al mencionar al Sr. Álvaro Montero Vega, recuerdo que cuando entramos en San José, este fue preso, y mis compañeros me invitaron a ir a increparlo y a hacer de él lo que quisiera en la prisión, y a presenciar su fusilamiento, si yo deseaba que esto se ejecutase, pues ellos deseaban exterminarlo. Como era mi deber de funcionario al servicio de una causa que consideraba elevada, ordené se le tratara con consideración, y advertí a mis apasionados compañeros que consideraba muy cobarde que un hombre se aprovechara de un puesto público y las inmunidades del poder, para ejecutar una venganza; que aunque despreciaba a Álvaro Montero Vega, y hubiera deseado castigarlo personalmente, estaba totalmente inhibido de hacerlo mientras tuviera las ventajas que mi posición me daba.

Al hablar de justicia, otra vez, por asociación de ideas, recuerdo hechos que un imperativo de conciencia me obligan a revelar, para que el público imparcial pueda juzgar de qué clase fue la justicia que usó para tratar de hundir al Dr. Calderón Guardia y a su hermano, el figuerismo triunfante.

Como Figueres y sus compañeros sabían que yo había sido expulsado en 1940 durante la administración presidencial del Dr. Rafael Angel Calderón Guardia, creyeron que yo era el más propio para encabezar las acusaciones en contra de este, conducir la investigación del origen de sus bienes, y elaborar la lista de los crímenes de lesa patria que debía de imputársele. Acepté la comisión, y se me dio un voluminoso fárrago de documentos que se señalaban como pruebas en contra de los hermanos Calderón Guardia, y también en contra del expresidente Teodoro Picado. Pasé muchos días y muchas noches de desvelo estudiando esos documentos en compañía de amigos compatriotas desapasionados en el caso, y con gran sentido de justicia, como el coronel Rodríguez Matus, el sobrino del expresidente Zelaya, don José Antonio Zelaya y otros. Averiguamos cuidadosamente el origen de una finca y una casa. Estudiamos declaraciones de mucha gente. Ahondamos en la causa y forma

de crímenes que efectivamente se cometieron en la causa y forma en tiempos de don Teodoro Picado, y de si había indicios de que esos crímenes hubieran sido ordenados por este presidente o por el candidato Dr. Calderón Guardia, o por el jefe del partido de extrema izquierda don Manuel Mora, a quien también se deseaba sindicarlo como responsables de robos y asesinatos.

Yo pensé al principio valirme también de la colaboración de mi padre, cuya larga experiencia como abogado y juez podría haber sido valiosísima para llegar a conclusiones acertadas, pero el estado espiritual de mi padre, profundamente angustiado por la lenta agonía de mi hermana Rosaura, que yacía en cama desahuciada, me hizo abstenerme de cargar a mi padre con una nueva preocupación.

Aunque no éramos abogados, los tres que asumimos la poco grata tarea, tratamos de poner a un lado el prejuicio y de encontrar la verdad fuere esta cual fuere. Lentamente fuimos hilvanando hechos, ordenando documentos y desenmarañando la trama de muchos acontecimientos. A medida que avanzamos en el estudio de datos y hechos, cuya versión conocíamos antes solo por medio de la propaganda figuerista, fuimos conociendo verdades que nos impresionaron, por ser tan distintas de lo que habíamos creído. No encontrábamos ninguna prueba, ni siquiera evidencias, nada que con justicia pudiera dar base para acusar de crímenes o robo ni a los señores Calderón Guardia ni al señor Presidente Picado. Las huellas de la administración de este último podían ser de desorden en los métodos de trabajo, de abuso de subordinados, de una benevolencia llevada al extremo, e igual que los Sres. Calderón Guardia, dejaron señales de esa misma tolerancia con amigos y subordinados, que ha sido característica en los gobernantes costarricenses, encontramos favoritismos en los contratos otorgados por los ministros de Fomento, Vial y Zeledón, que fueron amigos y partidarios de Figueres; pero de las denuncias que había a montones de gentes anónimas casi todas, de las numerosas propiedades de los señores Calderón Guardia y Picado, no había más de cierto que una casa en San José, y una finca en Orosí, propiedad de los Calderón Guardia adquiridas ambas con antiguas hipotecas, en tiempos del licenciado Cortés por el año 38 o 39. Del Sr. Picado, una casa en San José y una finca en Guanacaste, también hipotecada. Se nos dieron informes de que algunas personas tenían propiedades a su nombre, siendo estas de las personas mencionadas, y después de minuciosa investigación, llegamos a la verdadera conclusión, que eran las leyendas tejidas para hacer propaganda en contra de ellos, pues todo eso resultó ser falso.

Con entera franqueza comuniqué a Figueres el resultado de nuestra investigación, advirtiéndole que no encontrábamos base real en la cual fundar una acusación tan seria como la que la Junta Fundadora proyectaba. Chalo Facio, que estaba presente, se enfureció y dijo que "eso pasaba por andar confiando misiones delicadas a

inexpertos como yo; que teniendo todos los recursos del gobierno en la mano era juego de niños fabricar pruebas si no se encontraban las auténticas, y obtener base legal para un proceso que hundiera definitivamente a los Calderón Guardia y a Picado. Que no había que detenerse en escrúpulos de clase alguna cuando se trataba de hundir al enemigo y consolidarse en el poder". Por primera vez vi agitarse su sinuosa figura como la de una serpiente enfurecida; sus sonrientes maxilares, esta vez castañeteaban como los de un felino en presencia de la carne que les lleva el cuidador; y cuando al final rió, como para subrayar la seguridad de que lograría hacer lo que decía, el agudo eco de su risa resonó en mis oídos, como evocación de los estridentes sonidos que uno escucha en la noche cuando pasa cerca de un zoológico donde se conservan hienas risueñas...

Figueres apoyó la tesis de Facio afirmando que "esta era la única oportunidad que había para hacer que los Calderón Guardia desaparecieran definitivamente del escenario político de Costa Rica; que si en la Historia eran mencionados tendrían que ser bajo el fallo inapelable de traidores a la patria". Y para comenzar a hacer desaparecer las huellas de su gobierno agregó: "voy a ordenar que en los edificios públicos que ostentan la placa *Administración Calderón Guardia*, se les borre el nombre de este Presidente".

Me quedé en la oficina de la Presidencia donde despachaba Figueres, hasta que Facio se hubo marchado y pregunté a Figueres, por qué consentía tanta infamia que a la postre terminaría por marchado y hundirlo a él mismo. "Solo satisfaciendo las pasiones de sus colaboradores leales puede uno mantener la solidaridad de estos", me dijo: "A mi no me agrada nada de esto; al final lograré enderezar el rumbo de las cosas, pero por ahora es necesario que proceda de este modo para mantenerme en el poder, y solo desde el poder aquí podré ayudarte a ti y a la causa centroamericana; te ruego, por centésima vez, que no te opongas a mis colaboradores del gobierno; déjalos hacer lo que ellos quieran, para que ellos te dejen a ti hacer lo que tú quieras en los preparativos de la revolución de Nicaragua", fue su consejo.

Detengo aquí el relato de episodio como este, porque son demasiados los que podría señalar como para que puedan describirse en un pimple folleto. Con los que he mencionado, aunque sea en esta forma desordenada, bastará para darse cuenta del tenebroso ambiente en que yo trataba de desenvolverme, y sacar la ayuda necesaria para la causa que muchos nicaragüenses propugnábamos.

Siempre gestiones

Ahora continúo con la historia de la última fase de nuestros esfuerzos por conseguir el cumplimiento de Figueres y de su gobierno a favor de nosotros, los aliados

nicaragüenses que hicimos posible su arribo al poder. Llevábamos seis meses de agotante adiestramiento, de incertidumbre casi siempre, de esperanza a veces, y Figueres no había pasado de darnos el dinero semanal necesario para alimentación, vestuario, equipo de adiestramiento, mínimo, y medicinas para la ropa. Esta cantidad era de siete mil colones semanales: con esta suma yo proporcionaba todo lo señalado a los ciento y pico de hombres que se adiestraban, rotativamente, en la hacienda Río Conejo; mantenía también con esa misma suma a varias docenas de emigrados nicaragüenses demasiado enfermos o viejos para poder estar en el campamento, y que insistían en vivir en hoteles y pensiones. Mantenía el personal de mi oficina en San José, y también de allí tomaba, llenando todos los requisitos iguales que cualquier oficial subordinado necesarios para obtener el dinero de la caja, con el visto bueno del jefe de presupuesto Dr. Octavio Pasos Montiel, para los gastos de mi familia, inmediata y la mía, esto del manejo de las finanzas lo especificaré más clara y detalladamente en un capítulo especial, para corroborar una vez más las pruebas irrefutables que mi padre publica en su libro La verdad en marcha, en el cual desvanece las leyendas calumniosas que sobre despilfarro y abuso han divulgado personas irresponsables, con documentos emanados del propio Figueres.

A los seis meses de haber asumido Figueres el poder, ya nuestra gente estaba debidamente adiestrada, desesperada por entrar en acción, y algunos hasta ya me culpaban de inercia, de no hacer lo necesario para comenzar la revolución, ignorando la sorda y cruenta lucha que yo libraba con la felonía de la Junta y la constante infinita volubilidad de Figueres, y su demoníaca capacidad para desfigurar los hechos y justificar su deslealtad. Fuera de la asignación que he señalado, y dos "jeeps" que habíamos comprado para la movilización del personal del campamento a la ciudad en días de licencia, o para ver al dentista, o para el transporte de alimentos y viajes de inspección, no teníamos más que cien rifles viejos, parque antiquísimo la mayor parte del cual no disparaba, y ametralladoras de diferentes marcas, pero inservibles para combatir, y que solo servían para disparar con ellas cortos ratos, y para ser desarmadas y armadas por los muchachos del campamento.

En resumen, pues: 1) De las armas que encontramos al entrar en San José, después del triunfo de Figueres, nos dieron a los aliados nicaragüenses cien rifles que estaban descompuestos, muchos de ellos de un solo tiro; el armamento bueno quedó en poder del ejército de Figueres. 2) Las armas que conseguimos en el extranjero para hacer la revolución de Figueres, excelentes en calidad y cantidad fueron en su mayor parte dadas a los dominicanos que gobernaban la Legión Caribe. 3) Las armas que se compraron en los Estados Unidos con los cien mil dólares que primero se me ofrecieron para uso personal y que no correspondían por su valor a los cien mil dólares citados, y menos aún al aporte que otro presidente amigo hizo, cayeron todas, al llegar a Costa Rica, en manos del ejército de Figueres, sin que a nosotros, los

nicaragüenses, se nos haya dado siquiera un revólver nuevo. 4) De los aviones que yo pedí, no llegó ni uno solo, y de los que llegaron, absolutamente inadecuados, con excepción del veterano bombardero utilizable como transporte, tampoco pudimos valernos porque la gente de Figueres nunca nos dejó ni acercarnos a ellos. 5) Un avión de cuatro pasajeros y dos motores "Cessma" que compramos en cuatro mil dólares, que con mucho sacrificio reunió un grupo de amigos míos encabezados por el profesor Torres, cuando llegó a Costa Rica, fue reparado, y una vez hecho esto, puesto a servir en un negocio en la Barra del Colorado que hacían unos pilotos amigos de Figueres. Este me rogó no reclamarlo, porque él nos daría suficiente para comprar algo mucho mejor; pero tampoco esta promesa se hizo realidad. 6) Un avión "Lockheed 14", que compró el Gral. Chamorro, estaba en el país-base, a la orden solo de este y sus partidarios, nunca de nosotros. 7) En cuanto a dinero con el cual irnos a otra parte para comprar armas y tratar de operar por cuenta propia, aunque Figueres, me ofreció mil veces que en último caso, que no esperaba llegara, si era preciso que me fuera de Costa Rica, él me proporcionaría fondos para seguir la revolución, jamás me dio nada, solo como dije los gastos para el campamento de Río Conejo, que en realidad había constituido para él una reserva formidable frente a cualquier evento o emergencia. La Legión Caribe, o más bien su jefe, don Juan Rodríguez, sí recibió, fuera de las armas citadas ciento veinticinco mil dólares, para que se fueran de Costa Rica a buscar bases en otro país.

A mi grupo, Figueres ofrecía una sorpresa, y me manifestaba, con aire misterioso, muy en voz baja, cuando me notaba desesperado: "Yo estoy arreglando la situación; yo te voy a cumplir al final, no te preocupes, yo sé cómo manejar esto con astucia". Estas palabras me hacían creer que él había hecho algún arreglo con algún presidente amigo, para que una vez liquidada la Legión Caribe, nos enviara las armas que nosotros necesitábamos, o que se habían mandado a comprar en secreto y que Figueres me revelaría en el último instante.

Así estaban las cosas cuando llegó un culto dominicano, representante de un presidente recién electo en un progresivo país del Caribe. Este auténtico idealista, con quien hice íntima amistad, me sugirió que hiciera que Figueres escribiera al presidente electo hablándole de nuestros ideales, y solicitando su cooperación. Se me ocurrió pedir a Figueres que no solo hiciera esto, sino que lo invitara a llegar a Costa Rica, donde sería más propicio el ambiente y el contacto personal para entusiasmarlo con nuestros planes. Me costó mucho que Figueres recibiera a este culto delegado, pues erguía que la gente de su raza era muy charlatana. Me costó aún más que escribiera al Presidente electo, porque decía que este era un compromiso para él; pero al fin lo hizo, y mi propio padre se fue con la carta para el presidente electo, porque decía que este era un compromiso para él; pero al fin lo hizo, y mi propio padre se fue con la carta para el presidente electo que en ese momento visitaba a otro presidente

ilustre, fiel y consecuente amigo nuestro. Estuvo a punto de frustrarse la misión de mi padre, porque estando este en una fiesta con los dos presidentes, llegó la noticia de que Chalo Facio había ido a Managua a tener pláticas secretas con el Gral. Somoza, cosa que indignó mucho a los citados presidentes y al ministro de guerra de uno de ellos, quien oportunamente calificó que Figueres y su gente no eran más que unos oportunistas de la causa centroamericana y traidora de esta. No obstante, mi padre, sin mucho costo, logró desvanecer la mala impresión que existía ya respecto a Figueres, y el presidente electo accedió a visitarnos en Costa Rica, viaje que hizo, como lo manifestó claramente, en aras de la causa democrática de Centroamérica, más que por Figueres y su grupo, hacia el que demostraba cierta desconfianza.

Ya en Costa Rica el ilustre visitante, hicimos en su honor un paseo al volcán Irazú. A este paseo nos fuimos solos en el carro, Figueres, el presidente visitante y yo. Hablamos largamente de todo, y especialmente de los planes inmediatos en contra del régimen del Gral. Somoza. Le expuse nuestros problemas y nuestra precaria situación, pues siendo el grupo nicaragüense el más sacrificado en pro de Figueres, el mejor adiestrado, era a la vez el más desarmado y el más pobre. Me preguntó qué necesitaba, y le hice la lista de armas, que leyó detenidamente. Luego se dirigió a Figueres preguntándole: "¿Está usted seguro que si yo mando a Rosendo y su grupo las armas que me solicita, usted podrá darle la protección y bases necesarias para que salgan de Costa Rica?". Figueres contestó afirmativamente. Entonces el presidente me dijo: "Llegue Ud. ahora que yo tomo posesión, consígase transportes, y le daré lo que Ud. me ha pedido". Soy un cobrador pertinaz cuando de estas cosas se trata, le confesé; y Figueres agregó que si yo no sacaba lo que quería nadie más podía.

Figueres se comprometió también a proporcionarnos aviones costarricenses y un barco que había sido de la armada norteamericana, que poseía un amigo y compatriota de él. Cuando el presidente amigo tomó posesión me trasladé a su país; fui recibido inmediatamente en compañía de su talentoso secretario personal, y le dije: "Aquí vengo a cobrarle". "Yo estoy listo a pagarle", fue su respuesta. Unos días después los aviones de Figueres . iban a traer las armas prometidas, y venían cargados. Nos dio el cumplidor presidente aliado catorce aviones cargados de armas para la revolución de Nicaragua. Pero estas armas tampoco llegaron nunca a poder de nosotros, los que las habíamos gestionado y conseguido. Aquí diré por qué.

Convenimos Figueres y yo que para que las armas llegaran a manos de mi organización nicaragüense, esta debía de trasladarse a San Isidro del General, y que él, Figueres, ordenaría a los aviones que fuesen por las armas; que a su regreso, ya cuando los elementos aterrizaran en el aeropuerto de San Isidro del General, vigilado por mi gente; esta recibiera las armas sin la interferencia del ejército costarricense figuerista. Que para evitar malicias, yo me quedase al lado de él, de Figueres, y

delegara mi mando en su hermano Antonio Figueres. Fue nombrado un pariente cercano mío delegado de Figueres y nuestro para ir a recibir esas armas al país que nos las daba, y por escrito llevó una orden firmada por Figueres, ordenando al Jefe de la flotilla aérea, que de regreso tomara tierra en San Isidro, no en San José. También se montó a última hora un costarricense delegado del estado mayor figuerista. Esto me dio mala espina, pero este me tranquilizó, diciéndome que no me preocupara, que de esta vez nadie podría discutirme el derecho a esas armas.

Se fue todo el personal de Río Conejo a esperar las armas a San Isidro, que también sería nuestra futura base de operaciones en Costa Rica. Se fueron en camiones y bajo el mando de don Antonio Figueres. Allá estuvieron casi dos días esperando las armas ... pero, para mi sorpresa, los aviones, cargados de elementos de toda clase, aterrizaron en San José. Mi pariente cercano me contó que a última hora el jefe de la flotilla había recibido instrucciones del delegado del estado mayor que iba en el avión, de aterrizar en el propio San José, donde una vez más, el ejército de Figueres se apoderó del fruto y esfuerzo de nosotros, los eternamente burlados nicaragüenses que en mala hora ayudamos a Figueres. Este, fingiendo pena, me dijo que su propio hermano Antonio nos había traicionado, revelando al estado mayor tico nuestros planes de recibir las armas en San Isidro, y que por eso este había ordenado el aterrizaje en San José. Pero esa misma tarde el indignado y traicionado don Pepe andaba del brazo con su hermano Antonio.

No obstante esta nueva burla que el figuerismo nos hizo, este aliado me prometió recuperar, de las armas llegadas, el suficiente número para que comenzáramos la guerra en Nicaragua, pues una vez iniciada esta, él tenía ya convenios con otros presidentes según me aseguraba, para reforzarnos inmediatamente que pusiéramos pie en Nicaragua.

Durante este último período, el ambiente de Costa Rica era el de un mar en tormenta: corrían rumores y había signos muy seguros de que el ejército tico, comandado por Cardona y otros, quería eliminar a la Junta de Gobierno y establecer una junta netamente militar. También se notaba gran agitación en el calderonismo. Recibimos, tanto mis hermanos como mis lugartenientes y yo mismo, insinuaciones de los traidores militares del ejército de Figueres, como de sus enemigos políticos, calderonistas prominentes, de entendernos con ellos para dar un golpe a Figueres. Físicamente confieso que esto hubiera sido empresa de poca monta, pues yo tenía la oportunidad de haber entregado a Figueres amarrado en el momento que quisiera, y conozco demasiado bien las reacciones de don Pepe, que si domina sus nervios cuando está dentro de un grupo, se comporta de modo muy diferente cuando la cosa es individual y siente el frío hálito de la muerte rondándole muy de cerca. Sin embargo, es deber de toda persona que desempeña un cargo, hacer primero renuncia

de él antes de lanzarse en contra de sus superiores si es que está en desacuerdo con el proceder de estos. Jamás podría firmar con el mismo apellido si en posición de amigo yo traicionara su confianza, aunque fuese de la calidad de un Figueres; la puñalada por la espalda no es la clase de golpes que debe intentar un hombre de verdad. Por lo tanto, rechacé todas esas propuestas, y advertí a Figueres de cuáles eran los militares que conjuraban, así como advertí que el calderonismo se preparaba para la contrarrevolución, sin darle jamás los nombres de los calderonistas que me hablaron, porque estos señores actuaban en su ley y merecieron y merecen el respeto de mi silencio respecto a sus nombres.

En diciembre de 1948, comenzó la invasión del Dr. Calderón Guardia a la frontera norte de Costa Rica. Con este motivo tuve que traerme a toda mi gente de Río Conejo al cuartel Bella Vista de San José. Figueres prometió armarnos para aprovechar esa coyuntura y lanzarnos a nuestro propio movimiento; nunca dio armas, pero nos tuvo como reserva para entrar en acción en el momento en que las cosas fueran mal. Solicitó voluntarios entre nuestra oficialidad, y, por lo menos, entre mi grupo, esos voluntarios sumaron cero. Las tropas figueristas marchaban a detener a los calderonistas en desorden completo, en masas sin unidades orgánicas y con jefes que necesitaban grandes dosis de alcohol para ir a cumplir su deber, motivo por el cual sufrieron grandes pérdidas. Estoy seguro que de haber existido un poco más de coordinación entre las fuerzas calderonistas del exterior con las del interior, la caída de la Segunda República hubiera sido cuestión de días.

Debo mencionar aquí que cuando nuestros muchachos de la "Rafaela Herrera" estaban acantonados en el cuartel Bella Vista, los jefes figueristas que también tenían tropas allí, decían a su gente cuando se portaba mal "¡i continúan faltando, vamos a ponerlos a vivir con los nicas", expresando de este modo el odio y el desprecio que esos hampones, reunión de todos los detritos salidos de Costa Rica sentían y sienten por los nicaragüenses, al que consideran peor que un leproso.

Recuerden esto bien mis compatriotas que aún creen en la amistad de Figueres y su gente para el nicaragüense, y los ilusos que aún se empeñan en dar acogida a sus promesas de ayuda al pueblo nicaragüense, al que consideran digno de su conquista, pero jamás como un aliado con personería independiente.

Logré sacar a mi gente del cuartel Bella Vista donde las condiciones humillantes a que los sometieron hacían imposible la vida, pues solo las tareas más bajas y los insultos más crueles se les consignaba. Se fueron donde Ricardo Saprissa, a cuya finca cercana a Puntarenas se fueron todos los dolidos y sacrificados nicaragüenses de mi organización. Se fueron sin armas, y su trabajo de aludoneros fue tan eficiente, que don Ricardo me dio las gracias por haberle proporcionado un cuerpo de

trabajadores tan eficaces. Capitanes y tenientes, soldados y sargentos, todos trabajaban por igual, con fervor para mantenerse unidos, aferrándose a la esperanza de que todavía Figueres nos daría la ayuda que nos había ofrecido para la revolución de Nicaragua. Un día que estaba trabajando, llegó un cuerpo del ejército de la Segunda República, y con alarde de brutalidad los hizo abandonar sus trabajos dispersándolos totalmente. Así terminó la vida de nuestra organización.

Si se ha destacado aquí solo la actuación de la oficialidad nicaragüense, es porque desde nuestra entrada en San José la prensa fue dominada por jóvenes oficiales hondureños, dominicanos y costarricenses figueristas, que al relatar la guerra civil por la prensa y la radio, no solo silenciaron la intervención nicaragüense, sino que en ocasiones desfiguraron los hechos, atribuyéndose, planes y acciones que en realidad fueron obra nuestra. Esto no significa negar la intervención brillante que en varias ocasiones tuvieron oficiales dominicanos y hondureños, como Morazán, Ornes, Rivas, Souza, Ramírez, etc.; pero como dije, lo de ellos y los costarricenses se conoce bien, mientras como casi siempre al nicaragüense, después de servir, se le ha depurado el papel de Cenicienta relegada al cuarto oscuro de la casa.

Un sacerdote que protesta ante el crimen

A los pocos meses de entrados en San José, se verificó el bautizo de mi primer hijo, Carlos Rosendo; para este efecto llegó desde Nicaragua monseñor Carlos Borge, obispo de Granada. Figueres invitó a todo su gabinete para concurrir a la fiesta que con tal motivo se celebraba en mi casa. Ya reunidos, monseñor Borge, en tono suave pero claro, rogó a Figueres y al Ministro de Gobernación, Fernando Valverde, que pusieran fin a la violencia que desdecía los ideales pregonados por la Junta, y les producía un clima contrario a sus propósitos de orden y progreso. Como Figueres y Valverde aseguraran que las continuas conspiraciones calderonistas eran la causa de esa actitud severa, monseñor Borge les dijo que aunque tuvieran que dominar al enemigo, jamás se justificaban los encarcelamientos que hacían contra damas honorables metidas en promiscuidad con mujeres de vida irregular, y sobre todo las "golpizas" y las torturas físicas a que los figueristas habían sometido a muchas mujeres cuyo caso conocía el mismo monseñor. La contestación típica de su temperamento e incultura, no se hizo esperar de Valverde, quien dijo rudamente: "Nosotros, los costarricenses, los que deseamos es que los nicaragüenses no se metan en nuestros asuntos, sean estos buenos o malos", a lo que monseñor Borge contestó con energía: "Sea aquí o en China, mi deber como sacerdote es velar por el desvalido y la justicia, pues esto nada tiene que ver con nacionalidades". Como Figueres se solidarizara con Valverde, monseñor Borge, en un arrebatado de indignación les dio la espalda y se fue de mi casa, a la que retornó cuando la "Junta Fundadora", que estaba en cuerpo pleno, se hubo ido. Prometí a Monseñor Borge proteger a todas las

víctimas que me recomendó, y creo que él sabe que cumplí lo mejor posible, a pesar del peligro que pasé por haberlo hecho.

Una vez disuelto el grupo militar revolucionario que yo comandaba, tuvimos una entrevista los tres visitantes, delegados de la OEA, el Dr. Octavio Pasos M., el Sr. Lolo Morales, el mayor Adolfo Vélez H., y yo. En el curso de la conversación, quien hacía como portavoz de los delegados de la OEA, me expresó que "les preocupaba mucho la actividad de los revolucionarios del Caribe, y que no sabían qué hacer con ellos". Mi contestación fue: "Si ustedes se preocuparan por terminar con las violentas dictaduras del Caribe, no tendrían que enfrentarse ahora al problema de las conspiraciones y revoluciones en el Caribe, que son causa de la falta de democracia en nuestros pueblos. Terminen con la causa actual de los preparativos revolucionarios que son las tiranías, y los revolucionarios dejarán de existir automáticamente, para buscar métodos cívicos para lograr la cristalización de sus ideales". Recuerdo que el Dr. Octavio Pasos Montiel comentó con risa: "Exactamente, esa es la verdad; ustedes andan tratando de extirpar efectos sin cuidarse de la causa".

Un mes después de la visita de la OEA, Figueres me llamó para decirme que para dar tiempo a que la suspicacia en Centroamérica desapareciera, y para que el ambiente hostil de sus incomprensivos compatriotas se calmara, yo debía de hacer un viaje de descanso a Cuba o a México, y retirarme un par de meses; que para entonces él habría terminado ciertos arreglos que estaban haciendo con organizaciones judías, que le proporcionarían los medios económicos más amplios que pudieran concebirse para hacer en grande la revolución del Caribe. No tengo prejuicios racistas de clase alguna, y nada contra la sufrida y brillante raza israelita, pero me parece que cualquier arreglo que estos hagan con Figueres, tendrá el inevitable desenlace que tiene todo convenio con este señor, es decir, un epílogo de engaño y redoblado sufrimiento. Si por otra parte, los israelitas desean, como se dice, lograr el establecimiento de cinco mil familias de sus connacionales en Costa Rica y Nicaragua, no es con un desautorizado como el Sr. Figueres que debían de tratar, sino con gobiernos constituidos, que previa consulta con sus respectivos congresos, podrá resolverles algo que tenga base legal estable.

A los quince días de haber sido disuelto el cuerpo nicaragüense, se produjo el esperado levantamiento de Cardona y otros militares, que estaban en desacuerdo con Figueres y su Junta, no en principios ideológicos, sino por cuestión de rivalidades personales, y por la ambición irrefrenable de estos militares. Estoy absolutamente seguro de que estos militares no se habían levantado antes porque sabían que Figueres tenía en nosotros, los nicaragüenses, acantonados en su finca, una guardia cuya preparación técnica era muy superior a la del ejército que ellos comandaban, y que en una emergencia, provistos de las buenas armas que Figueres tenía guardadas

en fincas de amigos suyos, hubiéramos puesto rápido fin a la sublevación mejor hecha; pero esta se hizo tan mal, que comenzó por concentrarse solo en dos cuarteles. No tomaron los sediciosos ningún punto estratégico de la ciudad; no patrullaron las calles de San José; no trataron siquiera de adueñarse de las comunicaciones; creyeron que con cerrar lo mejor posible las puertas de sus cuarteles, y amenazar desde adentro la situación estaba dominada. Esta tendencia de "combatir", encerrándose en el primer lugar a mano, fue una tendencia muy notoria en el ejército de Figueres durante toda la campaña, manía contra la cual tuvo que luchar mucho la oficialidad extranjera que buscaba la guerra de movimientos.

El encierro voluntario de los sublevados duró una noche: los temibles amigos de Figueres dispararon millones de tiros contra las paredes de los cuarteles. Los sublevados no pudieron izar bandera blanca antes, según confesaron después, porque caían tantas balas que era muy expuesto ir a izar la bandera; pero al otro día, todos se dieron por vencidos, y don Pepe Figueres ganó este épico combate desde la estación del ferrocarril donde pasó la noche tomando café negro. Así se escribe la Historia, y así ganan glorias muchos grandes estrategas del Caribe, que se dicen émulos de Martí y Bolívar.

A los dos días de ocurrida esta sublevación, tuve que retornar a Costa Rica con motivo de una gravedad de mi padre. Ni qué decir está que tuve que llegar sin pasaporte al país dominado por mis "leales" amigos.

Aproveché la ocasión para junto con Julio García, conminar a Figueres para que aprovecharse el directo dominio personal que tenía de los cuarteles rendidos, para sacar de ellos nuestras armas, los catorce aviones que por mi última gestión habían hecho llegar a Costa Rica para nuestro movimiento, y guardarlos en su finca. Esto lo hizo gustoso, sin demora alguna. Julio García se encargó de sacarlas de noche, en camiones, de ponerles en buen estado, y de guardarlas en sitios adecuados. Figueres me repitió que esas armas estaban a mi orden, pero que siempre necesitaba yo desaparecer del escenario político un par de meses, para dar tiempo a que las cosas se tranquilizaran, y que a mi regreso él tendría el dinero y los aviones listos para la invasión a Nicaragua, y que como la gente ya estaba adiestrada, podríamos reunirla en el último momento. El día anterior a mi última salida de Costa Rica, fuimos a conversar con él fuera de la ciudad, el Dr. Octavio Pasos Montiel, mi padre y yo. El Dr. Pasos preguntó categóricamente a Figueres si las armas que ahora guardaba en su finca eran mías o no, y Figueres dijo que eran mías, quedaban a mi orden, y que bien podría yo mandar a traerlas si encontraba otro país amigo que me diera base para reunir a la gente y ser punto de partida de la revolución.

Imprudencias

Como final de este folleto, antes de llegar a las conclusiones que me ha dictado la intensa experiencia en estos asuntos revolucionarios, quiero hablar de un tema, de una leyenda que se ha esgrimido muy hábilmente para justificar la actitud desleal de Figueres, su grupo 'para con nosotros, los que honradamente creíamos servir la democracia del Caribe sirviéndole a él, continuando nuestra agitación de rebeldes. Se trata de la bien tejida versión de que fueron nuestras imprudencias las que impidieron al Sr. Figueres realizar sus planes, pues se sostiene, aún en algunos círculos que no conocen íntimamente la dualidad de Figueres, que este hizo lo que pudo, y que tuvo las mejores intenciones de cumplirnos.

Se dice que por andar uniformados nuestros comandos (yo nunca llevé uniforme alguno, ni insignias, ni acepté el título militar de coronel que me otorgó el Gobierno de Costa Rica, pues pensaba entonces que si yo ganaba grados quería obtenerlos en el campo de batalla, y no ser coronel de Semana Santa como los entorchados militares de Figueres), y por venir de vez en cuando, en grupos pequeños, pues no son muchos los que caben en un "jeep, a la ciudad, es que se hizo imposible el cumplimiento de Figueres.

En primer lugar, fue con el consentimiento de Figueres que se estableció el cuartel de la Legión Caribe en el pleno centro de San José. Fue con su consentimiento que el Gral. Ramírez llevaba, día a día, y probablemente aún para dormir, un vistoso uniforme de general; ¿por qué Figueres consentía este exhibicionismo y esta auténtica "imprudencia" como es la de acantonar a un cuerpo innegablemente revolucionario en el corazón de la capital? Porque deseaba desacreditar, a los que trabajaban seriamente por preparar la revolución; porque en su táctica, deseaba que los "legionarios", y nosotros los nicaragüenses, que teníamos nuestro campamento en la montaña, fuéramos confundidos como un solo cuerpo de exhibicionistas e imprudentes; deseaba "quemarnos" para entonces justificar cualquier medida que tomara, probablemente la de expulsar a toda figura visible, y aparecer él, el "prudentísimo estratega", como el salvador de la situación, poner figuras incondicionales de él al mando de nuestra gente, y hacer un movimiento centroamericano bajo su dirección, que debía de dejarlo de presidente de facto de Centroamérica, con gobernadores nombrados por él en cada Estado de la Federación.

Cuando Figueres preparaba su movimiento, el presidente que nos ayudaba, nos repitió varias veces que hasta en las calles de San José se comentaban los preparativos revolucionarios de Figueres. Más aún; ya las tropas del gobierno atacaban las fincas de Figueres, y este huía hacia el sur, cuando el presidente amigo, cumpliendo su palabra como hombre leal, desafió la terrible presión internacional que

se hacía en contra de su decisión de ayudarnos, se peleaba con embajadores de países poderosos que llegaban a protestarle, según me consta personalmente, y cumplía como lo saben hacer las personas con concepto cabal de lo que es la palabra empeñada para quien respeta el honor de su nombre.

Si Figueres, con sus fincas que eran la base de la guerra civil, no recibe la ayuda que le envió el presidente amigo, engañado como nosotros, burlado y defraudado también como nosotros los nicaragüenses, decía, ahora Figueres no estaría en posibilidad de hablar desde el pedestal del éxito, que hizo posible la ayuda extranjera, sino que estaría lapidado por sus conciudadanos, sus mismos amigos renegarían de él y lo que se ha divulgado como épica guerra civil, como guerra de liberación, sería vista por la ahora engañada opinión pública, como lo que en realidad fue, un atraco, un asalto realizado por Figueres y su grupo, sin más inspiración que las pasiones que movían a la banda de Al Capone para atracar un banco, pero valiéndose de las armas proporcionadas por revolucionarios agitados, por los sentimientos y pensamientos muy distintos a los suyos.

Figueres nos habló siempre que él no daría ayuda detrás de la puerta; que al triunfar él, ticos y nicas repetiríamos, hombro con hombro, la gesta del 56. La organización de nicaragüenses, acantonada en Río Conejo, se hizo para adiestrar a un grupo de gente sin compromisos con los partidos históricos, en la técnica y la táctica modernas. ¿Cómo podría enfrentarse ahora un ejército sin adiestrar a uno bien adiestrado y bien armado? ¿Cómo podrían ponerse en manos totalmente inexpertas las armas modernísimas que Figueres nos había prometido? ¿Con cuál gente podría haberse comenzado un movimiento, si no hay gente, fuera de la bien organizada Guardia Nacional preparada en el manejo de la radio, en técnica de comandos y demás modalidades de la guerra moderna?

¿Y es acaso posible adiestrar a un número -suficiente para el propósito- de hombres, desdoblándolos, convirtiéndolos en invisibles fantasmas, para que nadie se diese cuenta del campamento y de sus maniobras? No, ahora Figueres, su grupo, sus áulicos, gritan, pregonan, reproducen y hacen reproducir argumentos infantiles para quienes están penetrados del verdadero motivo de su actuación. Él estaba encantado del campamento, del sistema de adiestramiento, pero sentía honda perturbación por el criterio nacionalista e independiente de la mayor parte de los jefes de los comandos nicaragüenses. No fuimos, no seremos nunca, incondicionales de nadie, menos cuando se trata de imponer tutela extranjera en nuestra tierra. Figueres necesitaba desacreditarnos, precipitarnos al fracaso personal, para justificar su jefatura como salvador de último momento. Él quería contar con el ejército adiestrado, pero sin jefes, para con él a la cabeza, poner comandantes de sección entre sus incondicionales del Caribe, a los que nada les puede importar si lo que en nuestra tierra hiciera

Figueres era bueno o malo para el destino de nuestra nación.

Es increíble la cantidad de gente de sentido común que ha comulgado con las ruedas de molino que Figueres prepara para desorientar el criterio de personas que debían de analizar, más hondamente, en las causas del fracaso de nuestro movimiento. Si Figueres se queja de "imprudencia" de nuestros muchachos y mías, cuando como era inevitable, nos hacíamos visibles al desempeñar comisiones en San José, ¿por qué él, irguiéndose lo más posible al pronunciar una alocución en Río Conejo, les dijo: "A Managua March ... " dando a entender con esto que la revolución él la haría abiertamente, como Presidente de Costa Rica, responsabilizándose de las consecuencias, y no como simple fomentador de conspiraciones?: Quién fue el verdadero imprudente? ¿Cómo esperaba Figueres que muchachos de edad de la mitad de la suya, y de escasa cultura, se comportaran con más prudencia que él, presidente de un Estado Centroamericano?

No se registra un solo escándalo, como ya dije antes, de un miembro activo de nuestra organización, cometido en San José; pero ¿dónde existe un ejército cuyos militantes no gusten de beber en días francos, de enamorar a personas del otro sexo, y a buscar escapes a la rigidez y a la tensión nerviosa, propias de un adiestramiento intensivo? ¿Pensaba el Sr. Figueres, y sus compañeros de gobierno, que era posible mantener a tantos hombres por casi un año, adiestrándose en la montaña, sin que nadie lo supiese, y sin que estos hombres normales buscasen la compañía del otro sexo?

El Sr. Ministro de Gobernación a quien ya he mencionado antes, Sr. Fernando Valverde, se quejó amargamente porque mi "jeep" personal estaba siendo reparado frente a mi casa, que distaba una cuadra de su mansión, en la misma calle de la mía. Calificó esto como un irrespeto a su personalidad de ministro... juzguen por esto los lectores el ambiente en que estábamos, y cómo se buscó siempre el más mínimo pretexto para poder acusarnos de irrespetuosos, de imprudentes, de escandalosos, de enamorados y de todos los vicios que en la práctica ellos ejercitaban, porque a pesar de no ser propio de su investidura, uno de los más destacados miembros de la Junta, que vivía en un apartamento del mismo edificio donde residía mi familia, celebraba alegrísimas fiestas, las notas de cuya música y estridentes risotadas de sus visitas femeninas nos desvelaron más de una vez. No obstante, ni nos quejamos a la Junta, ni esto tuvo otra cosa que oídos sordos para los escándalos continuos de miembros de su gobierno, cuya orgía no se limitaba a la del licor sino a la de la sangre de ciudadanos indefensos.

¿No es acaso imprudente estimular la ambición de mando en cada miembro de un ejército ofreciéndole a cada quien la jefatura general? ¿Y qué otra cosa hacía el Sr.

Figueres sino ahondar la peligrosa rivalidad entre la Legión Caribe y nosotros, al grado de que también los jefes de esta creyeron eliminar un obstáculo a su jefatura con mi supresión física, que no se consumó sencillamente porque Dios todavía no lo había dispuesto?

Las cosas tomaron un rumbo distinto al proyectado por el Sr. Figueres, quien a última hora comprendió que la guerra en Nicaragua era más peligrosa que el paseo militar que dimos en Costa Rica; contra un gobierno sin ejército y sin armas, eso es todo; por eso él no se atrevió a aprovecharse de la liquidación de los jefes, para tomar el mando de la tropa. Eso lo ha dejado para cuando cuente con recursos aplastantes como los que piensa reunir por medio de sus engañados aliados del Caribe.

Despilfarro

Esta es la versión de felonía más calculada de cuantas se han divulgado porque es la que afecta nuestro honor. Y Figueres, para dar realce a su aparente ecuanimidad, dice que fuimos honrados pero... que gastamos muchísimo, que gastamos indebidamente, y que por eso se le agotaron los recursos. Con esto logra él, maquiavélico auténtico, varios objetivos: el primero, aparecer como cuando pregona nuestra imprudencia, como un sacrificado aliado que hizo cuanto pudo por ayudarnos, y que no le fue posible llevar a feliz término su deseo debido a faltas nuestras, no por responsabilidad de él. Queda él no solo justificado, sino que de este modo gana méritos ante poderosos personajes del Caribe, que creen esta leyenda, y suponen que si Figueres hubiere encontrado mejor colaboración en nosotros, ya el Caribe estaría reconstruido como ellos sueñan; pero queda una tercera meta que Figueres y sus amigos logran al divulgar esa propaganda sutil de despilfarro, cuentos que adornan con detalles que pueden impresionar a quienes no están acostumbrados a ahondar en causas básicas, sin dejarse deslumbrar por las apariencias tendenciosamente puestas de relieve. Esta tercera consecuencia de conveniencia y en gran medida para el figuerismo, es justificar sus grandes dispendios del fondo nacional costarricense, con la muy propalada versión de que los millones que ellos "gastaron" fueron empleados en pagarnos a nosotros los extranjeros.

Naturalmente que esto ha resultado muy comodidoso para los enemigos políticos de las ideas democráticas progresivas que algunos amigos y yo propugnamos, de tal manera que nada más fácil resulta ahora decir: "Argüello y su grupo malgastaron los fondos de la revolución". Vamos a examinar la realidad.

La Junta Fundadora de la Seguridad República presidida por el economista y hacendista don José Figueres, gastó 326 millones de colones en 18 meses que tuvo el

mando absoluto de la nación costarricense. En todo ese período no se construyó un edificio público, ni una central eléctrica, ni se abrió una nueva carretera, hospital o escuela. La huella que la Junta dejó en la hacienda de Costa Rica recuerda a la que deja una marcha de langosta cuando pasa por un maizal.

La Legión Caribe recibía un estipendio semanal de catorce mil colones, fuera de varias extras cuyo monto no conozco. Al retirarse del país el estado mayor de la Legión, recibió por conducto de su jefe supremo, don Juan Rodríguez, la cantidad de ciento veinticinco mil dólares, y un lote de armas superior al que llevamos a Costa Rica para respaldar a Figueres.

Los "Comandos Rafaela Herrera", acantonados en Río Conejo, recibieron, por mi conducto, para su mantenimiento, siete mil colones semanales. Éramos siempre más de ciento cuarenta hombres en su organización total. También recibimos a través de casi un año, un total de extras para equipo de radio, uniformes, zapatos, medicinas, curas especiales y viajes para gestionar armas, como doscientos mil colones más en varias partidas. Calculo que recibimos, o que se gastó en-nosotros, un total de alrededor de sesenta mil dólares. ¿Justifica esta cantidad la propaganda que se ha hecho de nuestra mala administración y supuesto despilfarró? ¿Puede esta cantidad haber sido decisiva en el desequilibrio del presupuesto de Costa Rica? Y quiero repetir aquí, aunque mi padre ya analiza, desmenuza y prueba con documentos irrefutables publicando todo en su libro *La Verdad en marcha*, la limpieza con que manejamos los fondos confiados a nosotros para cumplir una misión, y que jamás fui yo quien los administró. En efecto, siempre tuvimos un tesorero, contador y cajero; el primer tesorero fue el licenciado Juan José Meza, quien manejó las cuentas con su proverbial honradez y orden; el segundo tesorero fue el Sr. Octavio Caldera, quien a su vez manejó todo lo confiado a él, con escrupulosidad y método, que puede comprobarse estudiando los libros que quedan en testimonio irrefutable de cómo se manejaron los fondos de nuestra organización. El tercer y último tesorero fue el Dr. Octavio Pasos Montiel, a quien sí le tocó la triste suerte de ver agotarse la ayuda semanal que nos habían asignado; no por eso dejó de hacer prodigios para hacer rendir el dinero de que disponíamos y cubrir las múltiples emergencias que surgen en asuntos de esta naturaleza.

El procedimiento rutinario que seguimos mientras se nos proporcionó dinero para alistar a la tropa, fue el siguiente: yo firmaba un recibo en la casa presidencial a Daniel Oduber, o al jefe de presupuesto de la Presidencia. Luego entregaba todo este dinero íntegro, al tesorero nuestro. Este, aún con mi esposa, y mi padre, que necesariamente tenían que recibir ayuda de los fondos que yo conseguía, pues mi padre por ayudar a Figueres había abandonado su patria y su numerosa clientela, para entregar dinero recibía una solicitud escrita, luego un recibo que le servía de

comprobante para que el contador llevara los libros en orden. El Dr. Pasos Montiel, tal como lo dice en una carta publicada en el tantas veces mencionado libro de mi padre *La verdad en marcha*, tuvo la fineza de sugerirme que eximiera a mi familia de llenar esos trámites, pues nadie podía discutirme el derecho de mantener a mi familia, si mantenía a tanta gente con el dinero que yo conseguía. No obstante, para que quedara constancia innegable, que siempre vale más que las calumnias que ahora hacen circular irresponsables morales, muchos de los cuales vivieron de lo que yo conseguía, sometí a mis deudos al molesto formulismo de dejar constancia de lo que tomaban en dineros para poder subsistir.

Claro que hubo abusos: mas ¿en cuál ejército del mundo no los hay? Estos abusos pueden señalarse por lo raro, no por lo frecuente de parte de los cadetes de Río Conejo. Un caso que el Sr. Figueres ha repetido con increíble tenacidad, como ejemplo de mi lenidad con mis subordinados, en materia económica, es el siguiente: el cadete X, cuando oyó decir que pronto saldríamos a la campaña, dijo que necesitaba anteojos nuevos. Ordené se le compraran. Luego volvió diciendo que se le habían caído y roto. Comprendí lo poco probable de que esto fuera cierto, pero como era un voluntario, y estábamos con la impresión, fomentada por Figueres, de que salíamos a la guerra de un momento a otro, no pensé que era buena administración privarnos de un oficial que nos había costado mucho formar, por no gastar en un nuevo par de anteojos. No nos movimos del campamento, y luego se supo que el oficial había empeñado sus anteojos en una cantina: esto se conoció cuando ya estábamos disolviéndonos, y la misma disciplina era imposible que fuese igual al tiempo en que las esperanzas animaban a todas las voluntades. Bien, este caso ha sido citado como el más claro ejemplo de nuestro despilfarro y mala administración. ¿Podría haberse evitado en aquellas circunstancias? ¿Podría haber castigado un comandante a un oficial por una falta cometida meses antes y averiguada cuando ya la organización terminaba?

No incluyo aquí, aunque probablemente quiera citarse como cargo. el hecho de que tuve que firmar órdenes y recibos por mercancía, víveres y equipo que en mi calidad de secretario suministré a los visitantes de países aliados, por agasajos a estos, por fondos sacados por mi medio para los amigos de Juan Rodríguez, y por viajes en aviones expresos que Figueres, huéspedes importantes, y nosotros mismos tuvimos que hacer para tratar de resolver problemas urgentes en países que nos ayudaban, y de donde no llamaban con frecuencia con poco tiempo para planear un viaje en avión que no tocara el aeropuerto de Nicaragua, en aquel entonces peligroso para nosotros, como pudo comprobarse con la prisión de seis meses que sufrió el profesor Torres, por haber aterrizado en Managua un avión de la Panamericana Airlines, cuyo piloto aseguró a Torres que no estaba en su itinerario tocar suelo nicaragüense. Esta es la verdad de nuestro despilfarro. Yo salí con menos dinero del que tenía cuando ocupé

el cargo de secretario de la Presidencia. Ningún colaborador mío lucró, y esto lo podemos probar documentalmente ante cualquier tribunal de honor. ¿Pueden decir igual muchos señores que nos calumnian, respecto al uso que hicieron de los fondos confiados a su custodia? Solo conocidos por algunos son muy distintos, porque si no me hubiera apartado de la senda que seguía por una evolución de tal criterio, yo no estaría en la absoluta posición civilista en que experiencia me ha situado. Cuando yo no tenía las relaciones y experiencia de ahora, perdí varias veces los lotes de armas que había reunido para nuestro movimiento, y otras tantas veces volví a conseguirlas. No veo imposible la lucha por obtener otra vez un arsenal; pero si yo hiciere tal cosa, dejaría de ser un "equivocado" para convertirme en un criminal consciente. Si conozco ya cerca, no por narraciones lejanas, lo que son los grupos que se dijo son los grupos que se dicen dirigentes de nuestra política, si he visto la falta de principios que los distingue; si he visto cómo confunden la política que es una ciencia, con la intriga que es un arte vil; si he visto que donde se predica idealismo no hay sino mezquindad; si he visto que es el odio a un hombre, o a un grupo, y no el amor a un sistema superior lo que anima sus actos; si he comprobado que nuestro pueblo está dominado todavía por círculos de politiqueros profesionales, los cuales desean el poder para utilizar este en beneficio propio, y no para desarrollar desde el mismo planes y transformaciones benéficas que colman las ambiciones generosas. No puedo sentir ya ante todo este panorama, ningún deseo de imponer sacrificio a nuestro ya desangrado pueblo, para que se establezca un gobierno por la violencia, enloquecido de pasiones, sin madurez alguna, como el que en mala hora mi juventud inexperta contribuyó a establecer en Costa Rica. Jamás volveré a hacerme culpable de dar armas a gente irresponsable y ambiciosa. Ya vi cómo los programas son expedientes demagógicos. Figueres aceptó en teoría los principios en que nuestro grupo creía, pero no practicó ninguno. Un destacado dirigente político nicaragüense me encargó una vez ayudarlo a hacer un programa de gobierno, y ya antes de llegar al poder violaba, dentro de nuestro grupo, los métodos democráticos que nuestro programa delineaba.

Si en un país se da oportunidad de trabajar de acuerdo con los métodos de nuestra época, debemos de hacerlo, no solo como un medio de lucro personal, sino con la conciencia de que al contribuir a desarrollar la tecnología, aceleramos la evolución social del pueblo. No piensa igual el ciudadano de un país que desean en una economía semi-colonial, al de la nación que ya posee, mediante la técnica, una economía de estado industrial. Este cambio de actitud frente a la vida lo podemos observar claramente al hablar con un peón que maneja un arado egipcio de punta, guiado por bueyes, y luego hablar con quién rotura la tierra con un arado de discos tirado por un tractor. El conocimiento de la máquina, y su manejo, da al hombre una vislumbre de sus posibilidades de dominar a la naturaleza. Esto va poco a poco engendrando una nueva conciencia social en la cual se acentúa, cada vez más, la

ancestral necesidad de liberarse de las contingencias llamadas inevitables, como la sequía, las plagas, etc., por medio del empleo de la ciencia, en su forma de riego y la química anti-parasitaria. El hombre, mediante el dominio de la técnica, se siente cada vez menos esclavo y más amo, pero amo de la naturaleza, a la que todos, en cooperación fraternal y científica, debemos explotar para beneficio común. La técnica nos dará la base material para acabar con la explotación del hombre por el hombre, pues en la naturaleza hay de todo para todos, según el grado de ciencia al servicio de la justicia que pongamos en la extracción de la riqueza terrestre.

Es verdad que se ha necesitado de un período comparativamente largo para llegar al elevado grado de industrialización y democracia a que han llegado los Estados Unidos, Noruega, Uruguay y particularmente Suecia, modelo este último país de democrático cooperativismo; pero es igualmente cierto que en nuestra era atómica los pueblos pueden evolucionar en diez años más de lo que antes avanzaban en un siglo.

El desiderátum del porvenir de todo país está en su pueblo, no en los artificiales y transitorios grupos que lo explotan. El pueblo es lo estable, lo permanente, lo que produce, y lo que se queda en su tierra como los árboles de raíz muy honda que aun segados vuelven a crecer. Quien enseña a los trabajadores a manejar una máquina moderna, y aumentar su capacidad productiva, contribuye a incrementar la riqueza que primero debe existir para que, luego dentro de una justicia social democrática, el Estado cuente con capital que repartir en la forma de servicios públicos. Mediante la industrialización y la enseñanza política científica, se puede llevar a feliz término una revolución social legítima, sin el dolor y sin el empobrecimiento general que las guerras dejan. Si hay en nuestra patria libertad suficiente para laborar de este modo, todos los ciudadanos estamos obligados a aprovechar esa libertad para trabajar pacíficamente por su engrandecimiento.

(Estos documentos se publican porque el presbítero Núñez alegó que su firma, en lo que a él concierne, es apócrifa. Al autor le consta, por su intervención, que es auténtica; y se publican para adelantarse a la muy posible aseveración de cualquiera (Sr. Figueres u otros), de que las firmas de los otros documentos sean, también, apócrifas, ya que la táctica de los miembros de la Junta ha sido la de -vanamente- desmentir todo lo que pueda comprometerlos en el afán de asaltar de nuevo el poder en Costa Rica ante la opinión pública).

Pacto de Alianza entre los grupos representativos de la política dominica, nicaragüense y costarricense, para derribar a las dictaduras imperantes en sus Patrias y restablecer en ellas la Libertad y la Democracia.

Nosotros, Juan Rodríguez García por el pueblo de Santo Domingo; Emiliano

Chamorro, Gustavo Manzanares, Pedro José Zepeda y Rosendo Argüello, por el de Nicaragua, y José Figueres, por el de Costa Rica, como intérpretes de sus ideales de libertad y conscientes del deber en que se halla todo ciudadano de luchar por el abatimiento de cualquier régimen cesarista y porque sea implantado el orden constitucional para que brillen en sus patrias la justicia y la democracia como medios de conseguir la tranquilidad y la felicidad de los asociados, hemos concertado una mutua alianza con el fin de asegurar el éxito de las empresas redentoras por iniciar en Nicaragua, Costa Rica y Santo Domingo, sujeta a los términos siguientes:

1° Desde hoy formamos un solo equipo revolucionario con todos los recursos económicos, bélicos y humanos de que seamos capaces de disponer, en orden a dar unidad de acción y eficacia a nuestros esfuerzos patrióticos. Es entendido que, al ir barriendo cada una de las tres dictaduras que nos proponemos combatir, los recursos del país liberado, hasta donde sea humanamente posible, acrecentarán el acervo común, para continuar la obra con mayores probabilidades de éxito;

2° Al efecto, convenimos en organizar un "Comité Supremo Revolucionario", que residirá fuera de los países por liberar, y que queda integrado así: por la República Dominicana, el Gral. Juan Rodríguez García y José Horacio Rodríguez Vásquez; por la República de Nicaragua, el Dr. Rosendo Argüello y don Toribio Tijerino y por la República de Costa Rica, don José Figueres y Dr. Rosendo Argüello hijo.

3° Las atribuciones de este Comité serán las de coordinar los diversos factores de lucha; fijar la contribución de cada país, en proporción a sus posibilidades; dirigir la política común de los sectores aliados, propendiendo a mantener la armonía entre todos, como clave del triunfo y ejercer las demás funciones que determine un Reglamento Interior de su propia elaboración. Será Presidente nato de este Comité el señor Gral. Juan Rodríguez García, en atención a sus relevantes méritos personales, especialmente, por su noble desprendimiento y espíritu de sacrificio y servirá, además, el cargo de Comandante en Jefe de los ejércitos aliados, y en concepto de tal nombrará un Estado mayor de técnicos con el cual debe asesorarse el Comité en asuntos militares;

4° Para la ejecución de este plan en cada país se organizará una Junta de Gobierno, que, en lo esencialmente interno procederá con autonomía completa; pero que, en cuanto a las determinaciones generales, obrará de acuerdo con las instrucciones del Comité Supremo, cuyas funciones se extenderán hasta la eliminación de las dictaduras nominadas;

5° Las condiciones a las cuales ha de someterse la organización y atribuciones de cada Junta serán fijadas por el respectivo grupo nacional, teniendo como punto

esencial el de garantizar el advenimiento y desarrollo de un régimen genuinamente democrático;

6° Es convenido que en cuanto a Nicaragua, ninguno de los miembros de la Junta de Gobierno podrá ser candidato a la Presidencia de la República en la próxima elección;

7° Los firmantes declaramos: que es una necesidad continental la inmediata reconstrucción de la República de Centroamérica, y por consiguiente, el organizar el Gobierno en cada país liberado; se consignará este principio en la nueva Constitución e inmediatamente se procederá a dar los pasos necesarios para la consecución de la misma, usando de todos los medios de que el Estado disponga;

8° Los Estados y Repúblicas liberados por el Comité Supremo Revolucionario se comprometen a pactar una alianza democrática del Caribe, a la cual podrán ingresar los países democráticos ribereños de este - además, El Salvador y El Ecuador, por motivos peculiares;

9° La Alianza Democrática del Caribe constituirá un bloque indivisible frente a todas las emergencias internacionales y serán sus ambiciones capitales: consolidar y depurar la vida democrática en los pueblos de la alianza; exigir el respeto internacional para la soberanía de cada uno de sus componentes; recuperar las posesiones europeas que perduran en el Caribe; propender a la formación de una nueva República integrada por las Antillas menores; constituir una sola unidad de mutua defensa económica, militar y política; exigir la alternabilidad en el Poder en cada uno de los países con tratantes; mantener las mejores relaciones con las naciones del Continente, cumpliendo estrictamente las Convenciones Interamericanas, y, particularmente, declararse aliados permanentes, en el campo militar, de los Estados Unidos y México, para la defensa común;

10° Los firmantes juramos, además, lealtad absoluta, disciplina absoluta y mayor sigilo con anterioridad a la primera acción de armas y con respecto a los planes subsiguientes. Esto mismo exigiremos a cada uno de los nuevos asociados a la causa revolucionaria democrática;

11° Cualquier diferencia en la interpretación o aplicación del presente pacto la someteremos a la decisión irrevocable del señor Presidente, en cuya capacidad, honestidad e imparcialidad tenemos plena confianza y cuyo fallo acataremos teniendo la fundada esperanza de que él no se negará a prestarnos el inapreciable servicio de ser nuestro árbitro y amigable componedor;

12° Podrán adherirse a este Pacto en adelante los grupos unificados que representen a pueblos oprimidos del Caribe, para buscar con la cooperación de todos los liberales, el camino de su redención.

En fe de lo cual, firmamos seis ejemplares de un mismo tenor, en la ciudad de..... a los diez y seis días de diciembre de mil novecientos cuarenta y siete, debiendo depositar uno de ellos en manos del señor Presidente para la información y ejercicio del cargo de árbitro, en su caso, que le confiamos en este documento.

Juan Rodríguez, E. Chamorro, Gustavo Manzanares, P. J. Zepeda Rosendo Argüello, José Figueres

Sr.

Prof. Edelberto Torres

Ciudad de Guatemala, Rep. de Guatemala

Estimado Prof. Torres:

Le dirijo a Ud. esta carta a petición de Chendo, a quien se la estoy dictando, porque este amigo y colaborador me dice que Uds. dos, no tienen hasta la fecha un solo documento en el cual yo fije y concrete bajo mi firma, los puntos de vista que tengo en relación a los problemas de nuestra patria centroamericana, y las promesas que he hecho a Uds. durante los últimos años en que he estado recibiendo la inestimable ayuda de Uds. que ha constituido la desconocida base de mi victoria, Rosendo me leyó una carta en la cual Ud. me manifiesta que tiene la impresión de que nuestro movimiento revolucionario "se ha quedado apoltronado en los muelles sillones de la casa presidencial"... Concepto este último que considero no concuerda con la realidad de mis intenciones, y que ha tenido el inconveniente de aguijonear el de por sí impetuoso temperamento de Rosendo, quien me presiona para que le brinde una ayuda, que de momento no puedo darle, para iniciar el movimiento revolucionario de Nicaragua.

Rosendo me ha prometido que hará entregar esta carta personalmente a Ud. o si esto se dificulta, él la conservará cuidadosamente como un documento para la historia, ante la cual estoy seguro mis hechos han de responder de tal manera que nunca sea necesario reclamarme ni una promesa escrita ni verbal. Voy pues a complacer a Chendo y a tranquilizar a Ud. ratificando por escrito lo que de tantas maneras y en tan diversas ocasiones he dicho a Uds. y a otros compañeros de lucha.

En primer lugar quiero aclararle que a mí no me interesa para nada conservar el poder en Costa Rica, sino en lo que significa de posibilidades para ayudar a Uds. y a la

causa en cuyo nombre me han respaldado. Yo estoy enfermo del asco que me producen los políticos de mi país, particularmente Ulate y su grupo, que celosos de la victoria que obtuve mientras él y sus íntimos permanecían escondidos, no cesa de intrigar y sabotear mis propósitos revolucionarios internos e internacionales. Desde ahora advierto a Ud. que en Ulate, tendrá el más encarnizado y oculto enemigo todos los que aspiran a crear una Centroamérica unida y libre. Él es demócrata únicamente como expediente de propaganda, desde las páginas de Diario de Costa Rica, pero en los hechos ha sido y será un simple oportunista, que padece de celos y ambiciones realmente patológicos que pueden llevarle a hacer cualquier cosa. Es bueno que Ud. advierta esto a nuestro "grande y buen amigo" para que no se vaya a dejar sorprender por alguna intriga del "presidente electo".

En cuanto a la ayuda inmediata que Uds. reclaman, siento reconocer que mi gobierno está más débil de lo que parece: las armas que Ud. y Chendo me consiguieron son las que me sostienen en el poder, porque lo encontrado en los cuarteles es viejo y totalmente inadecuado para cualquier campaña, más aún para una revolución en Nicaragua, donde Uds. tienen que enfrentarse a gente bien entrenada y pródigamente armada. Ha de saber que tengo noticias de que el armamento nuevo que tenía el ejército de Costa Rica fue vendido por el hermano del expresidente Picado, René Picado, al dictador Somoza. Esto ocurrió según me informan, poco antes de nuestro triunfo.

Por lo tanto, para proceder con el debido orden, debemos dividir nuestros planes en etapas: la primera debe ser, como es lógico, la consolidación de mi Gobierno, pues sin asegurar la base y retaguardia que será Costa Rica, una campaña en Nicaragua aunque se haga con suficientes elementos bélicos, estaría demasiado expuesta: es necesario contar con una reserva adecuada aquí, para reforzarlos en lo que Uds. vayan necesitando. Yo he pedido a Chendo que por el momento concrete todas sus energías en organizar una Guardia Presidencial eficiente, bien entrenada, y de hombres cuidadosamente escogidos por sus cualidades morales, antecedentes de lealtad para conmigo, y aptitudes físicas de primera calidad. Él está haciéndolo con la dedicación que le es proverbial y, obteniendo completo éxito en su cometido dado que su larga experiencia en estos ajetreos, y sus conocimientos de cultura física le permiten escoger y preparar gente adecuada; ya les está instalando un gimnasio, les puso comedor propio con alimentación especial y hasta sastrería ha puesto de modo que este cuerpo presidencial es el único en el país que tiene aspecto nítido y marcial. También está organizando un cuerpo especialmente seleccionado que él llama "Cuerpo especial de seguridad" y que está calcado en la Policía Federal de Seguridad de México, que Chendo estudió y que considera un modelo de eficiencia como policía especializada en asegurar la estabilidad política de un régimen. En cuanto a sus demás atribuciones, Chendo las cumple con acierto y devoción encomiables; ha

instalado un taller propio para mantener en buen orden los vehículos de la presidencia, estableció un departamento de correspondencia, nombró un jefe de presupuesto para manejar las finanzas y un administrador interno de la casa presidencial, de tal manera que todo lo que Rosendo ha puesto en marcha, funciona como un reloj. Le cuento esto porque sé lo ha de enorgullecer, dado el aprecio que Ud. tiene por nuestro mutuo amigo.

Una vez que Rosendo haya terminado de organizar todo lo que le encomendé y de este modo puesto su contribución para consolidar mi gobierno, yo le daré todo apoyo para que forme los cuerpos de comandos revolucionarios que él ha planeado para la acción en Nicaragua; ya su gente se está recurriendo en la casa verde, donde antes estaba el cuartel general de la "Confederación de Trabajadores de Costa Rica", lugar de donde hemos de llevarlos pronto a algún sitio de la montaña donde establezcan su propio cuartel general definitivo. Mientras tanto yo estoy reuniendo los fondos necesarios para dos cosas: La primera, para pagar a los dominicanos que nos ayudaron, que son esencialmente mercenarios, y que unidos con los viejos políticos nicaragüenses, hacen una tremenda campaña para debilitar la posición de Chendo como jefe nato del movimiento bélico nicaragüense. Aquí vienen todos los días con chismes e intrigas de toda clase, reclamándome derechos que no han adquirido, pues yo solo con Ud., don Rosendo y Chendo, es que tengo compromisos fundamentales. Una vez salgamos de dominicanos y políticos compatriotas de Uds. mandaré a comprar oficialmente, el armamento que me indique Rosendo como adecuado para la realización de sus planes. Le repito, si estoy en la presidencia resistiendo presiones y sabotajes de todo orden, es solo para cumplir a Uds., hecho lo cual me pienso retirar, pues la única justificación de esta guerra es lo que de ella se derive en bien de Nicaragua y Centroamérica.

Ahora quiero rogarle, en beneficio de nuestra causa, que tanto Ud. como Rosendo adopten otra táctica en algunas cosas: me explicaré mejor. Anoche Rosendo dijo en casa de Alex Murray Jr. al attaché militar norteamericano, Coronel Hughes, que los Estados Unidos debían rectificar con hechos, su política para con América Latina, no solo con palabras que no convencían al pueblo. Le dijo que su primer paso debía ser el de dar por terminado el tratado Chamorro-Bryan, que era humillante para todo Centroamérica e indecoroso para una nación que se decía democrática, porque ese pacto era el reflejo del abuso del fuerte sobre el débil. Yo no creo que los Yanquis rectifiquen nada si se les habla con la franqueza que don Rosendo, usted y Chendo usan para con ellos. El yanqui aunque brutal, es en el fondo un niño al que hay que obligar a hacer lo que uno quiere, por medio del engaño. Yo los he tratado mucho en negocios, y es fácil hacer de ellos lo que uno quiere si se usa la maña, pues ellos tienen poca malicia. En mi propia política yo estoy usando esta táctica; yo no tengo ninguna objeción que oponer a la filosofía marxista, ni siquiera los de orden espiritual

que a usted y Rosendo les hacen rechazarla; pero no cometo la torpeza de Manuel Mora de darle combate frontal al yanqui y al capitalismo. Yo legraré reformas económicas más radicales que Mora y todo su partido y le ganaré más batallas al imperialismo yanqui en breve tiempo del que esa gente ha logrado en veinte años, sencillamente por cuestión de táctica. Como bien dice con frecuencia el Padre Núñez "man fear words" el hombre teme a la palabra. Yo me haré amigo de capitalistas y del Departamento de Estado yanqui para ganarles la batalla por dentro y no me importa bajo qué título tenga que circular para ganarme la confianza de ellos. Cuando ya se confíen de mí, yo sabré qué hacer.

Otro error que Uds. cometen, reflejo de la actitud general de Uds. demasiado franca, es dar a conocer el programa y su ideología general a sus compatriotas. Uds. deben de servirse de todos los políticos que les sean útiles, sin mostrarles su verdadero propósito, sino hasta después del triunfo. Yo no siento la menor simpatía por los pasos, ninguno; de ellos, ni Liberales ni Conservadores, todos son esencialmente reaccionarios, pero si por medio de ellos se puede ganar la confianza del capitalismo nicaragüense, hay que valerse de ellos dándoles posiciones honoríficas. Es necesario usar al capitalista para destruir al reaccionarismo. Nuestra primera gran batalla debe de consistir en la liquidación de las fuerzas capitalistas de Centro América, pues estas son las enemigas más serias de la Unión Centroamericana y han sido el sostén de todas las dictaduras.

También deseo que Ud. me ayude a convencer a Rosendo de que es un error el que comete al arriesgar su posición y buscarse líos personales para oponerse a las naturales represalias del ejército de liberación con la mafia calderonista. Yo no deseo ninguna crueldad, y soy el primero en lamentar esos atropellos, pero debemos reconocer que los calderonistas cuando detentaban el poder cometieron tanto abuso que la reacción del pueblo en contra de ellos es inevitable ahora que la ocasión se presenta. No es posible tomar hacia esa gente la actitud romántica que Chendo ha tomado sin provocar graves choques con nuestro propio ejército.

Fuera de estas dos observaciones, yo nada tengo que objetar al proceder de ustedes, pues no solo simpatizo con la ideología que ustedes sustentan sino que soy infinitamente más radical que Uds. que se consideran de avanzada. Mi apoyo en lo económico y moral, era para el pueblo de Nicaragua únicamente a través de Uds. y no solo por motivo de principios sino porque sé demasiado bien, que las armas me llegaron oportunamente debido a la ayuda de ustedes a pesar del contrarresto de los mismos grupos nicaragüenses, hondureños y dominicanos que ahora se fingen mis amigos y me reclaman mi ayuda.

Yo calculo que en término de tres meses, mi Gobierno estará no solo consolidado,

sino que ya estarán aquí las armas que pida para ustedes. Eso nos dará tiempo para preparar a la gente, pues sin un cuerpo entrenado en el manejo de armas nuevas y conocedor de las tácticas modernas, no es posible iniciar nada en Nicaragua. Por eso doy entera razón al plan de Rosendo que tiende a formar comandos ágiles, móviles, técnicos y con gran volumen de fuego. Si yo me voy del gobierno de Costa Rica, cosa que nunca sucederá sin haber cumplido mis promesas a ustedes, les autorizo a publicar esta carta como documento que sirva a la historia para enjuiciarme. Tan así estoy de seguro que no les defraudaré.

Su affmo. S. S .
José Figueres



Alberto Lorenzo Brenes, Oscar Padilla Sellen, José Figueres Ferrer, un desconocido y el Dr. Rosendo Argüello, hijo, en el Hotel Holanda, en Cartago.

El "Ejército de Liberación de Liberación Nacional" presenta al Partido Vanguardia Popular parte de su programa social de Gobierno, cuya realización promete a todos los trabajadores de Costa Rica.

1. Las Garantías Sociales no solo serán respetadas, sino también realizadas en forma efectiva en todos aquellos aspectos en que no lo han sido todavía.
2. El Código de Trabajo no sufrirá modificación negativa a los intereses de los trabajadores; por el contrario, será perfeccionado a favor de los mismos. Entre esas mejoras consideramos esencial el reconocimiento del derecho de huelga para todos los trabajadores del país.
3. Observando el principio de libertad de organización para la clase trabajadora, se respetarán y darán garantías para la existencia y motividades de las Centrales Sindicales existentes en el país, la Confederación de Trabajadores de Costa Rica. El Gobierno los garantizará apoyo económico y moral sin preferencias para ninguna de ellas.
4. A fin de dar mayor seguridad al trabajador, el sistema de seguros sociales no solo será respetado sino estructurado en forma tal que todos los riesgos profesionales incluyendo las necesidades de trabajo queden incorporadas a un organismo único. Se producirá de manera inmediata entender los beneficios de la seguridad social a todos los trabajadores y a todo el país.
5. Será preocupación inmediata la intensificación en la ejecución en un plan de viviendas baratas para todos los trabajadores, de la ciudad y del campo.
6. Haciendo los esfuerzos que sean necesarios en el campo de la producción de artículos de consumo popular y en el control de su distribución, se procederá asegurar la alimentación adecuada para toda la población.
7. Se guardará absoluto y efectivo respeto al sistema democrático republicano, asegurando y respaldando las libertades de pensamiento, de conciencia, de palabra, de reunión y de organización y todos los partidos políticos que existen o puedan establecerse en el país.
8. El impuesto sobre la renta no solo no será suprimido, sino que se le darán bases técnicas más serias aún, asegurando además, dentro de la honestidad administrativa, su aplicación a la oclusión.

San José, 19 de abril de 1948

Señor
Lic. don Manuel Mora Valverde
Secretario General del Partido Vanguardia Popular
Pte.

Muy señor mío:

Al finalizar el arreglo promovido por el señor Presidente Picado para dar fin a la presente guerra civil, el señor don José Figueres, Comandante en Jefe del Ejército. de Liberación Nacional, me ha autorizado para poner en su conocimiento lo siguiente:

El Estado Mayor del Ejército de Liberación Nacional no ha querido participar en la constitución del Gobierno provisional que estará a cargo del ingeniero don Santos León Herrera, porque no quiere ningún contacto político con el calderonismo. Por lo tanto, ese Gobierno deberá ser oportunamente reorganizado para que en él podamos tener nosotros la participación que nos corresponde; pero desde ahora, podemos asegurar a ustedes lo siguiente: que la Cartera de Seguridad Pública se mantendrá a cargo del Lic. don Miguel Brenes Gutiérrez; en quienes ustedes tienen confianza; y que la Secretaría de Trabajo, si no se mantiene en manos del señor Brenes se dará a un ciudadano que sea amigo de su Partido, el cual será debidamente consultado. Los otros puestos del Gabinete que sea preciso sustituir serán ocupados por personas de mentalidad progresista de manera que el nuevo Gobierno sea una garantía real para la clase trabajadora y para todo el pueblo.

Tengo instrucciones de hacerle saber, además, lo siguiente: que como nuestro propósito es revolucionar las formas de vida del país mediante la promulgación de una Constitución moderna, nuestra decisión es que inmediatamente sea convocada la Constituyente. Queremos que en la elaboración de la nueva Carta constitucional intervengan ustedes y queremos también que ustedes tengan participación activa en la constituyente misma.

Nosotros no constituimos un movimiento reaccionario ni abrigamos prejuicios contra ustedes. Por el contrario, consideramos que no se justifica el choque sangriento que se está llevando a cabo de fuerzas de ustedes y nuestras si perfectamente podríamos, en una colaboración honrada y tácita, realizar los ideales más sentidos por nuestra clase trabajadora y por nuestro pueblo.

Por razones de orden político, que no escapan a la comprensión suya, le ruego tener

este documento como privado.

De Ud. atentamente.

Pbro. Benjamín Núñez.
P.D.

Adjunto a la presente, siguiendo instrucciones del señor Figueres, un pliego que contiene una serie de garantías de carácter político y social que seguramente satisfarán a su Partido.

El "Ejército de Liberación Nacional" presenta al Partido Vanguardia Popular parte de su programa social de gobierno, cuya realización promete a todos los trabajadores de Costa Rica.

- 1.- Las Garantías Sociales no solo serán respetadas sino también realizadas en forma efectiva en todos aquellos aspectos en que no lo han sido todavía.
- 2.- El Código de Trabajo no sufrirá modificación negativa a los intereses de los trabajadores; por el contrario, será perfeccionado a favor de los mismos. Entre esas mejoras consideramos esencial el reconocimiento del derecho de huelga para todos los trabajadores del país.
- 3.- Observamos el principio de libertad de organización para la clase trabajadora, se respetarán y darán garantías para la existencia y actividades de las Centrales Sindicales existentes en el país, la Rerum Novarum y la CTCR (Confederación de Trabajadores de Costa Rica). El Gobierno les garantizará apoyo económico y moral sin preferencias para ninguna de ellas.
- 4.- A fin de dar mayor seguridad al trabajador desde la cuna hasta la tumba, el sistema de seguros sociales no solo será respetado sino estructurado en forma tal que todos los riesgos profesionales incluyendo los accidentes de trabajo queden incorporados a un organismo único. Se procurará de manera inmediata extender los beneficios de la seguridad social a todos los trabajadores y a todo el país.
- 5.- Será preocupación inmediata la intensificación en la ejecución de un plan de viviendas baratas para todos los trabajadores de la ciudad y del campo.
- 6.- Haciendo los esfuerzos que sean necesarios en el campo de la producción de artículos de consumo popular y en el control de su distribución, se procurará asegurar la alimentación adecuada para la población.

7.- Se guardará absoluto y efectivo respeto al sistema democrático republicano asegurando y respetando las libertades de pensamiento, de conciencia, de palabra, de reunión y de organización a todos los Partidos políticos que existan o puedan establecerse en el país.

8.- El impuesto sobre la Renta no solo no será suprimido, sino que se le darán bases técnicas más serias aún, asegurando además, dentro de la honestidad administrativa, su aplicación a la solución de las necesidades fundamentales del pueblo.

9.- Se procederá a robustecer y ejecutar un programa de distribución de tierras complementado con los medios crediticios y técnicos que el Estado pueda aportar.

10.- Las familias de todas las víctimas de la guerra civil y las víctimas incapacitadas, recibirán, sin distinción de partidos políticos, indemnizaciones adecuadas. El Gobierno hará las gestiones necesarias para que todos los trabajadores que hayan participado en la guerra, sin distinción de partidos políticos, puedan volver a sus trabajos sin que los contratos de trabajo respectivos puedan considerarse rotos.

SAN JOSÉ, C. R., diez y nueve de abril de mil novecientos cuarenta y ocho.

Pbro. Benjamín Núñez
Delegado del Ejército de Liberación Nacional

A QUIENES CONCIERNA:

Por la presente nombro mi delegado personal en el exterior al Dr. Rosendo Argüello hijo, plenamente autorizado para tratar ante Gobiernos, entidades y particulares cualquier asunto relacionado con los problemas centroamericanos. Por manera, que cualquier arreglo que en relación con dichos problemas llevare a cabo mi Delegado Personal, Dr. Argüello hijo, cuenta con mi absoluto respaldo.

San José, Costa Rica, diciembre, diecisiete de mil novecientos cuarenta y ocho.

José Figueres, PRESIDENTE
Junta Fundadora de la Segunda República

La Lucha, enero 15, 1951.

Rosendo Argüello, México D. F.

Estimado Chendo:

El portador está enterado de los asuntos pendientes, y lleva la misión de consultarte en nombre mío algunas cosas.

Saludos a todos. Te abraza,

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Rosendo Argüello', is written on a small, light-colored rectangular piece of paper.

CONCLUSIONES

Nicaragua y al resto de Centroamérica. Debo expresar que conozco personalmente notables excepciones a lo que voy a decir, y que debemos respeto a estas rarísimas personalidades del alto mundo costarricense, que piensan como centroamericanos, nos ven como hermanos, y que como buenos filósofos se ríen de la vanidad de sus compañeros de clase social; pero la regla es que esos círculos dominantes en la vida social y política de Costa Rica, piensan que San José sólo es comparable a París, admitiendo que es un París más chico. Que ellos representan la intelectualidad y la cultura de Centroamérica, que para ellos es igual al África inexplorada. El nicaragüense, especialmente, es para ellos un buen peón al que se tolera por su resistencia física. Ha llegado ocasión, y más de una de ellas histórica, en que los nicaragüenses ofrenden su sangre para ayudar a políticos de Costa Rica, no por detener toda vía en tierra extraña un peligro que amanece nuestro propio suelo, sino por fraternidad, y unión centroamericana, cuando la asistencia de sus vecinos les es conveniente. Después jamás perdonan el favor recibido, y riegan, con incansable tenacidad, toda clase de leyendas para desvirtuar la ayuda recibida y justificar su ingratitud. Recuerdo que los mismos periódicos de Ulate, que saludaron nuestra entrada en Costa Rica, junto con Figueres, poco después de establecido el gobierno de él, protestaban por la presencia en el país de extranjeros que habían entrado ilegalmente. Y es natural, entramos muy ilegalmente, con una ametralladora en la mano en vez de pasaporte, pero esos eran momentos que nuestra presencia interesaba a los grupos que veían, en la política del gobierno de Picado una amenaza a sus rentas o intereses. Claro que Figueres resultó más costoso, pero este engaño es castigo que pagamos todos, en especial nosotros. Y para que no se me interprete mal, pues no quiero ser injusto con las almas generosas que allá saben comprender al nicaragüense y su tragedia histórica de pueblo lesionado por invasiones piratas que no sufrieron nuestros hermanos del istmo, porque la sangre nicaragüense fue muro heroico para contenerlas a tiempo, repito que al mencionar la discriminación que en Costa Rica sufren los nicaragüenses, no me refiero a la mayoría de los costarricenses, sino a la mayoría de los grupos que forman los actuales círculos dirigentes de la vida del país.

Aunque no coincido en muchas cosas con el Dr. Francisco Ibarra Mayorga, sí creo que su consejo es de verdadero patriota, cuando en un folleto pide a nuestros conciudadanos no volver a intervenir jamás en la política interna de Costa Rica, no importa cuáles sean los bandos en pugna. El nicaragüense, no importa el grupo que lo utilice, no dejará de tener más que transitoria función de utilidad para luego cosechar la ingratitud de los unos y el rencor de los demás.

Ese sentimiento de superioridad y menosprecio a las cualidades intelectuales y

espirituales de mis paisanos, parecieron haber encontrado su más violenta manifestación en el grupo de Figueres, del mismo modo que el generalizado sentir antijudío de la mayor parte del pueblo alemán encontró su más feroz y condensada expresión en el grupo nazi pro hitlerista.

Un grupo de delegados nicaragüenses que vino del resto de Centroamérica, y los que residíamos en México, no podremos olvidar lo que nos dijo Figueres, su secretario personal y su ayudante, cuando se reunieron con nosotros en esta hospitalaria república en mayo en 1949. Que indudablemente Nicaragua necesitaba pasar por la etapa de los enciclopedistas, como Costa Rica había pasado, y que ya oportunamente, ellos nos suministrarían el material humano necesario. Igual desconocimiento de lo que para gloria de Centroamérica, y aun de América, ha significado la intelectualidad nicaragüense en pedagogía, en literatura, música y aun en sociología, se revela en el mensaje de Figueres al Congreso Internacional Pro Democracia celebrado en La Habana en 1949. En ese mensaje, en el cual él se convierte en portavoz de lo que Bolívar pensaría y diría y haría frente a los problemas. Debo decir que los grupos de compatriotas residentes en Costa Rica, bajo el título de emigrados, son en su mayor parte los responsables del recrudecimiento de esa actitud de menosprecio que se ha señalado antes. Su comportamiento no les hace acreedor a la estimación, y se juzga a toda Nicaragua por el modo de actuar de una minoría. No existe solidaridad verdadera entre ellos, pues fuera de desacreditar cuanto de benéfico para nuestra patria pudiera haber realizado un régimen con cuyos principios políticos no hemos comulgado nunca, tienden a confundir estos conceptos con las cosas personales, dando lugar a chismes que redundan en descrédito de todos. Figueres tuvo parte de razón cuando complacido me advertía que los mismos "emigrados" por cuya ayuda no luchaba ante su gobierno; que después de recibido el favor, trataban de mermar la fuerza de quien los favorecía, que en ese caso era yo mismo. Yo tenía ya profunda desilusión respecto a la sinceridad de los ideales proclamados por muchos opositoristas; pero cuando salí de Costa Rica, creí dejar entre la gente a la que ayudé en lo que pude, una mayoría de amigos leales que sabían guardar algún reconocimiento por los esfuerzos que hice a favor de todos los compatriotas que solicitaron mi ayuda. Ahora he sabido que aun entre aquellos que fueron de mi confianza porque se decían devotos y entusiastas de mi modo de pensar, no faltan los comentarios hirientes sobre mi actuación, que yo considero equivalentes a cobardes puñaladas que se me dan por la espalda, ya que tuvieron muchas oportunidades de haberme dicho de frente, lo que ahora manifiestan en mi ausencia.

No habían bastado para desarmar mi fe, las tristes intrigas que conocía cuando vieron que organizaba, con éxito, el grupo nicaragüense militarizado. No me bastó observar cómo los grupos llamados "revolucionarios y democráticos", en lugar de entregarse al estudio de los problemas económicos de nuestra patria, y a presentar soluciones con

base técnica para que fueran estudiadas, por los interesados, se dedicaban a arreglar listas negras de los gobiernistas a quienes iban a aplicar castigos dantescos. Mi padre, opuesto a toda violencia, aun en contra del enemigo, se consolaba y nos consolaba diciendo que esos no representaban al verdadero nicaragüense, benévolo e hidalgo por naturaleza.

Aquí en México he meditado largamente sobre los móviles que animaban a la mayoría de los emigrados que traté en Costa Rica, y descubro por sus palabras y por procedimientos, una total irresponsabilidad al hablar de cosas que no conocen en su esencia, siento ahondarse mi decepción respecto a lo que pudiera hacerse por Nicaragua con ese material humano; y vuelvo a decir que conocí honrosas excepciones; pero esas excepciones no tienen fuerza suficiente para contrarrestar a la abrumadora masa de políticos ambiciosos que pretenden llegar al poder con el sacrificio de la sangre del pueblo, y todos los que realmente estuvimos dispuestos a tomar primera :fila en el peligro, para saciar únicamente su sed de venganza, pasiones y vanidades.

No puede hablarse de que una tierra sea buena o mala si por el momento se le observa cubierta en su mayor parte de ortigas y plantas parásitas de toda índole. Es sencillamente que no ha sido bien cultivada. Creo que nuestra tierra es generosa, digna de ser cultivada con amor, valiéndonos de todos los medios modernos a nuestro alcance, y entonces nos brindará no solo los frutos materiales que han de enriquecer las bases de nuestra sociedad, sino los preciados frutos del espíritu que han de elevar a nuestro pueblo a una cultura superior. El pueblo nicaragüense, su masa básica, es bueno, fuerte, inteligente por naturaleza; pero está desorganizada por falta de la orientación que la capacite para tomar su destino en su propia mano.

Creo que fue un grave error mío el haber buscado la transformación de nuestro pueblo mediante un movimiento armado. Y comprendo bien lo fácil que resultará a mis críticos, decir que hablo así porque no pude realizar mi proyecto; pero los hechos los conoceréis.

¿Cómo habrá de calificar la historia al señor Figueres cuando se compruebe la infame realidad de su conspiración con el Coronel Arana, jefe del Ejército guatemalteco, para derrocar al Presidente Arévalo a los dos meses de la fecha en que este le había proporcionado con gran riesgo para su gobierno la ayuda que el pseudo-demócrata le solicitó?

Ya el señor Figueres disfrutó las treinta monedas ganadas con sus múltiples traiciones, pero ya su tiempo de actor afortunado está terminando. Se vislumbra en la sombra del futuro la siniestra soga que amenaza a todo Judas. Aun cuando no se le

lleve físicamente a la horca, los pueblos latinoamericanos lo condenarán por vil y traidor. Entonces, el mundo contemplará cómo termina sin gloria y sin pena, el impostor Figueres, quien siendo un pigmeo quiso pasar a la historia como un gigante.

Sin más por ahora, don Otilio, que deseándole mucho éxito en su profiláctica labor política respecto al totalitarismo disfrazado de Figueres, lo saluda cordialmente su atento servidor y amigo.

Rosendo Argüello h.



Rosendo Argüello y Pepe Figueres.

SOBRE EL CASO FIGUERES

(Carta abierta a don Otilio Ulate)

Por el Dr. Rosendo Argüello hijo

Señor Don Otilio Ulate,
Diario de Costa Rica.
San José de Costa Rica.

Estimado don Otilio:

He leído con mucho interés la forma contundente en que usted muestra la farsa de los muy propalados principios democráticos del set Figueres, quien con su hábil auto-propaganda ha logrado engañar 1 parte del mundo latinoamericano.

Entre otras cosas el señor Figueres afirma que la carta que Ud. cita, dirigida por él hace algunos años al señor Profesor Edelberto Torres, cuya copia fotostática publico en mi libro: Quiénes y cómo nos traicionaron ha sido adulterada. Luego agrega el citado apóstol de la democracia: «que la adulteración fue realizada por un pobre nicaragüense, espiritualmente deshecho, cuando en 1956 decidió pedirle dinero, a los Somoza».

Aunque ya el teatro del señor Figueres está perdiendo mucha clientela, tengo conciencia de que hacemos obra de beneficio social cuando contribuimos a desenmascarar la gran patraña que ha vivido, vive y dirige el citado comediante. Por lo tanto, analicemos un poco sus declaraciones:

Lo que soy «un pobre»

Si interpretáramos literalmente el calificativo de «pobre» que me obsequia el señor Figueres, nada podría darme mayor satisfacción, ya que soy de los muy escasos funcionarios de la primera administración de este señor que salieron pobres. Cabe mencionar que cuando comencé a ayudar al citado «salvador» yo era dueño de un magnífico sanatorio en la ciudad de México. Por años estuve cerca del ilustre presidente Arévalo, fui amigo de Grau quien solía escucharme cuando era presidente de Cuba, y también gocé de la confianza del presidente Prío, quien por mi medio ayudó a Figueres, aunque sobre este aspecto hablaré con más detalles en otra parte. Durante ese largo período, en el cual yo era hombre de confianza de casi todos los gobiernos del Caribe, no. gocé de prebendas. No hice ningún negocio particular a la

sombra de esos mandatarios amigos, y viví siempre de mi trabajo personal. Hoy vivo en las propiedades que todo Nicaragua sabe que, aunque valiosas, fueron de mis padres desde hace más de cuarenta años.

Ningún negocio hice cuando fui Secretario General de la Presidencia y Jefe de la Guardia Presidencial en Costa Rica en 1948. Es fácil para cualquiera comprobar que ni durante ese año ni después, hice inversión alguna ni compré, ni ensanché mis propiedades. ¿Puede decirse lo mismo del señor Figueres y sus íntimos secuaces? Él debía un millón de colones al Banco de Costa Rica y estaba con todas sus propiedades hipotecadas cuando lo llevamos al poder en 1948. Usted y la ciudadanía de Costa Rica deben saber mejor que yo cuántas propiedades ha adquirido el apóstol Liliput, y si es cierto o no que apenas si existe en Costa Rica alguna que otra sociedad anónima de importancia donde el señor Figueres no tenga acciones.

Si es que soy «pobre en lo espiritual...»

Para comodidad del señor Figueres voy a aceptar también en el sentido espiritual el calificativo de «pobre» que él me endilga. Pero, ¿qué clase? No digamos ya de pobreza, sino de salud mental y mendicidad moral debe haber sufrido el señor Figueres cuando necesitó durante seis años seguidos de la ayuda de un «pobre nicaragüense» como yo, para conseguir apoyo que lo habría de llevar en hombros de nicaragüenses y oídos extranjeros hasta el solio presidencial de Costa Rica.

Cuando en 1946 quiso ver al auténtico demócrata, el presidente Arévalo en Guatemala, este se negó a recibirlo diciendo que él no podía darle la mano a quien como Figueres ya era conocido por haber sido expulsado de Costa Rica debido a presión del gobierno norteamericano cuando le descubrió actividades de espionaje al servicio de una potencia enemiga, la Alemania nazi.

Necesité usar de toda mi amistad con el doctor Arévalo para convencerlo de que hacía mal en condenar por un dato, que bien podría ser calumnioso, sin escuchar al acusado. Así conoció a Arévalo, de quien recibió dinero y armas, aunque también traicionó al gran guatemalteco centroamericanista, según lo relataré más adelante. Cuando invité al presidente Prío a visitar Costa Rica para que se entendiera con Figueres, el primero se negó aduciendo que en ese preciso instante Figueres buscaba un entendimiento secreto con el General Somoza García, para cuyo fin había enviado como delegado confidencial al señor Chalo Facio, según datos privados agentes de Cuba en Nicaragua, que tuvo a bien mostrarme. Pudo más mi amistad con Prío y mi ferviente fe en la sinceridad de Figueres, y con el decisivo apoyo de los argumentos que de buena fe esgrimió mi padre, logramos la visita de Frío a Costa Rica en setiembre de 1948, con lo cual el conquistó un aliado más en el Caribe.

Lo de ser nicaragüense

Lo de que soy nicaragüense señalado por Figueres, lo reconozco y ostento con profundo orgullo, ya que mi patria tiene una tradición de lealtad, de sinceridad y hospitalidad que no siempre es correspondida. Figueres todavía finge ayudar a algunos nicaragüenses, pues esto sirve para su doble propósito de justificar su recolecta de fondos entre los poderosos a con quienes yo le vinculé en el Caribe, y para que sus plumarios asalariados sigan divulgando «Urbi et Orbe» que él es el paladín de la democracia centroamericana. Muy pocos son los que se han detenido a investiga el hecho, que ya comienza no obstante a conocerse, de que Figueres recibe mil fusiles y da cincuenta de los viejos que él tenía para alimentar con sangre de cacareado prestigio de «libertador». Él recibe mil dólares y se desprende de diez para sus «aliados» y gasta casi quinientos en aceitar su bien organizada maquinaria de propaganda por medio de agencias noticiosas y gacetilleros de toda laya.

Figueres tiene para los nicaragüenses el rencor típico del ingrato para quien los que le favorecieron son personas a las que debe destruir moral y físicamente para no tener que pagarles. Su hipertrofiado ego se siente lastimado cuando recuerda que un pobre nicaragüense se enfrentó a peligros que él no quiso desafiar y le resolvió problemas ante los cuales no hacía otra cosa que enfermarse, acostarse y llorar histéricamente. ¿Recuerda don Pepe cuando mi esposa lo sacó de la cama para que al fin fuera recibido por Arévalo? ¿Recuerda don Pepe cuando mi esposa lo vistió de mujer y portando ella la 45 lo sacó del cerco que le había tendido el temible Taylor?

Pero hay más aún: cuando Ud., don Otilio, visitaba la casa presidencial invitado por Figueres en 1948, al comienzo del mandato de la «Junta Fundadora», Ud. llegaba sin guardaespaldas y sin aparato militar alguno. No obstante esto, Figueres dirigiéndose a mi primer ayudante, el nicaragüense capitán Alejandro Lacayo Sandoval le dijo: «Ulate es quien está haciendo la peor campaña contra los nicaragüenses y obstaculizando en toda forma a mi gobierno. Lo que ustedes debían de hacer es provocarle un incidente a Ulate en su próxima visita y liquidarlo de una vez». Con altivez le respondió Lacayo Sandoval: «Nosotros los nicaragüenses que le hemos ayudado estamos aquí por ideales, no por asesinos», y esto le causó tal acceso de furia al apóstol que se retiró a sus habitaciones presa de llanto convulsivo durante el cual mordía furiosamente los puños de su camisa. Testigos de esto son el coronel Matus, el general Velásquez, el general Salaverry, el capitán ya citado Lacayo Sandoval, el teniente Altamirano y otros tantos compatriotas que habiéndonos acompañado y peleado en la campaña de Figueres, ocupaban las posiciones claves de la guardia presidencial, ya que el propio Figueres manifestaba que él no podía confiar su seguridad a los ticos ya que estos eran traidores que en cualquier momento podrían

venderlo.

Otro motivo de furia que luego degeneró en hondo rencor de parte de Figueres y su círculo íntimo de mando, fue que los oficiales voluntarios nicaragüenses que lucharon a su lado se negaron a convertirse en verdugos de los calderonistas. Figueres acarició la idea de exterminar a todo calderonista visible por medio de los «extranjeros» saliendo así él limpio de culpa en la muerte total que planeaba; pero una vez más el grupo de compatriotas míos que bajo mi mando acudieron a lo que con buena fe de hombres honrados creían la causa de la unión y la democracia centroamericana, se negó terminantemente a ultrajar y perseguir, menos aún matar a nadie. Antes por el contrario, incontables fueron las veces que asilamos en nuestro propio hogar a los perseguidos, o facilitamos su futuro o les acompañamos al aeropuerto para que pudieran huir del paraíso figuerista sin ser detenidos. No pudimos pedir todos los crímenes ni saqueos porque es imposible detener a una ola de vándalos cuando el propio presidente los estimula y protege.

Nunca se dirá demasiado alto ni demasiadas veces que los nicaragüenses fuimos a acompañar a Figueres en una cruzada que él había jurado sería para la unión y la democratización completa de Centro América. Los nicaragüenses no fuimos por odio al picadismo ni al calderonismo, ni para perseguir a nadie. Figueres se había comprometido solemnemente ante nuestro protector.

El piloto nos dijo: «Si encontramos vientos contrarios imprevistos, la gasolina que nos queda no llegamos a Guatemala». Así que volvimos con laurel del éxito coronando luminosidad en medio del pantano de la burguesía costarricense. Y como él, diré que existen otros pocos muy pocos, a quienes me enorgullezco en llamar mis amigos. Víctor Quesada, el Lic. Croceri, el Lic. Anastasio Gutiérrez, doña Julia vda. de Cortés, y otros pocos que no alcanzan a igualar el número de dedos que tengo en la mano, como el Lic. Manuel Mora y don Max Blanco. El Lic. Jiménez dueño de una reputada farmacia en San José, era desde hacía tiempo un progresista y firme antisomocista a la par que idealista de la Unión Centroamericana. Lo invitamos a un paseo al lago de Tequesquitengo. Allí frente a las aguas del hermoso lago conversamos íntimamente sobre varios te-mas. El principal: cómo hacer que Figueres devolviera aunque fuera parte de las mas que el Presidente Prío me envió para comenzar el movimiento armado en Nicaragua.

Por último le dije al Lic. Jiménez: «Si usted ve que es imposible que Figueres, en un rasgo de honorabilidad, suelte las armas de Prío, propóngale usted darnos el armamento viejo de Costa Rica, sobre todo los mil quinientos rifles de un tiro que llegaron en tiempos del presidente don González Víquez. Nosotros los repararíamos, recargaríamos los cartuchos y servirían a los bravos luchadores sandinistas». Yo

había discutido esta posibilidad desde hacía algún tiempo con los militares sandinistas, quienes estaban convencidos de que si se lograba introducir en gradual infiltración ese armamento a las montañas del norte de Nicaragua era posible con golpes sorpresivos ir quitándoles a la G.N. parte de su flamante armamento.

Una semana después de haber retornado a su tierra, el Lic. Jiménez cablegrafió en clave que Figueres estaba dispuesto a dar ese armamento si lograba que Guatemala mandara sus aviones a recogerlo y nos brindara una vez más bases desde las cuales saltar a Nicaragua. Inmediatamente de recibida esa respuesta que no por la miseria del armamento dejaba de ser halagadora para los grupos revolucionarios, partí en mi automóvil a Guatemala.

Conseguí entrevistarme con el Presidente Arbenz mediante su secretario privado Lic. José Manuel Fortuni, quien puso cálido empeño en que me recibiera de inmediato y tiempo suficiente para exponer los nuevos planes. Arbenz y yo conversamos más de dos horas con la cordialidad de siempre, recordando muchas de nuestras vivencias del pasado y haciendo agradecidos recuerdos del Dr. Juan José Arévalo, cuya revolución progresista marcó una nueva era en Guatemala, que según el Presidente Arbenz «continuaría y radicalizaría vigorosamente».

Aceptó el presidente mandar a traer los rifles viejos que ofrecía Figueres en pago del armamento flamante que nos envió Prío y que aquel y sus secuaces nos birlaron. Quedamos con Arbenz en que haría preguntar a Figueres cuándo podían llegar los aviones de Guatemala a recoger las armas y a cuál aeropuerto. Yo propugnaba que usáramos la aeropista de Puntarenas o la de San Isidro del General haciéndoles algunas reparaciones previas. Si todo movimiento de armas en sí es cuestión peligrosa, más aún es el caso en que se pretende utilizar un aeropuerto internacional en donde un nutrido y ávido espionaje da la voz de alarma al menor indicio de movimiento de elementos bélicos.

El Lic. Jiménez quedó encargado de arreglar esos detalles y avisarme en clave a Guatemala. Pasaron quince días y no vino noticia. Logré hablar con el Lic. Jiménez quien me dijo que habían surgido presiones inesperadas pero que Figueres decía que en plazo de quince días más, él estaría en capacidad de situarlas en el sitio que oportunamente nos avisaría. Que no me desesperara. Que esta vez me entregaría el lote prometido. Igual recomendación de «tenga calma» me hizo el Lic. Jiménez. Pasaron los quince días de prórroga que el veleidoso presidente Figueres había pedido y ni el coronel Arbenz ni yo tuvimos noticias respecto a las armas. Mi amigo me conminó a hablar nuevamente con Figueres directamente. Logré hacerlo.

Este «noble y leal caballero», dijo que era necesario esperar más hasta que cesara la

alarma que en el Departamento de Estado yanqui había producido mi permanencia en Guatemala y las comunicaciones, que aunque en clave, el servicio de espionaje yanqui podía adivinar más que descifrar. Que me fuera de Guatemala y mandara a una persona anónima entre los círculos de amistades mías para buscar que conferenciara con él sobre el método más prudente para la remisión de los rifles.

Arbenz compartió la frustración que yo sentía, y recomendó: «Por ningún concepto vayas tú mismo a Costa Rica: Todos estos ofrecimientos de lotes de armas viejas bien pueden ser una trampa para que tú en el febril afán llegues a Costa Rica, tal vez acompañado de tus mejores colaboradores y así asesinarlos juntos para luego proclamar ante el mundo que habían caído por ser agentes míos y del comunismo internacional». Quédate aquí trabajando con mi gobierno, donde tienes tantos amigos y procede con suma cautela. Si se arregla algo efectivo yo te ofrezco bases y aviones en qué traer las armas. Luego prepararemos una invasión bien pensada a Nicaragua. Puede ser oportuno tu plan de caer con armas y gente en las minas y también en el norte como deseaban Raudales y López.

Regresé a México y de común acuerdo con Meza, mi padre y el coronel Raúl Armando Rodríguez escogimos al talentoso y bien preparado joven Noel Guerrero para que fuera a Costa Rica a aclarar y ultimar detalles con Figueres, ya como último y desesperado esfuerzo para sacarle algo de lo que nos debía el Maquiavelo del Siglo Veinte.

Pasaron tres meses y no tuvimos ni la noticia de nuestro delegado, el entonces joven Noel Guerrero. Por broma titulamos a este joven «El correo del Zar». Para mayor desdicha le habíamos recomendado no hacer contacto alguno con nuestros compatriotas de la colonia anti somocista residentes Costa Rica, esto por temor de que nuestros conversadores compatriotas fueran a divulgar rumores sobre la misión que lo llevaba a tierras costarricense Pero habíamos hecho una excepción: lo autorizamos a buscar al Lic. Jiménez, ya que este tenía frecuente contacto con Figueres y había demostrado amplia y buena voluntad por servir a nuestra causa. Con estos antecedentes llamé al Lic. Jiménez preguntándole si había hecho contacto con un joven amigo que le habíamos encargado hablar con él y el otro señor. Nos dijo que esa era la primera noticia de que algún allegado nuestro anduviera buscándolo; que procuraría hacer indagaciones discretas para luego informar del paradero del delegado. A los días nos llamó el Lic. Jiménez para manifestarnos con preocupación que no había logrado encontrar rastro alguno de nuestro amigo. Tal parecía que se lo había tragado la tierra.

Avisé al presidente Arbenz que se habían roto las comunicación con Costa Rica y que, contrario a su criterio, me disponía a entrar sigilosamente a la tierra de Figueres.

El coronel Arbenz siempre por medio del Lic. Fortuni me dijo que llegara primero a Guatemala de la manera menos visible que fuera posible. Para este fin me valí de un pasaporte que gentilmente me proveyó el Director Federal de Seguridad de México, el firme amigo general Marcelino Inurreta. Él fue quien me había decomisado el primer lote de armas que adquirí en México, pero ante la indoblegable actitud que asumimos en los interrogatorios, el profesor Edelberto Torres, mi esposa María Figuls y yo, llegó a tomarnos gran simpatía. Finalmente me hizo su colaborador de la sección de antinarcóticos y cultivamos una íntima amistad. El pasaporte que me dio era mexicano bajo nombres supuestos. Del mismo me valí para entrar a Guatemala por la vía terrestre.

En una extensa conversación con el presidente Arbenz (ya para entonces rodeados de una palpable atmósfera en su contra) me relató que el gobierno norteamericano estaba propuesto a derribarlo y que con ese fin estaba entrenando en Honduras a una columna de mercenarios a quienes él confiaba derrotar porque para eso tenía un ejército bien preparado, bien armado y un considerable, aunque admitía que disminuido, respaldo popular.

Cuando le dije que si bien muchos militares cultivaban el sentido del honor y la lealtad con gallardía digna de verdaderos patriotas, mi triste experiencia era la de que cuando Washington les sonaba a algunos militares el tintineo de su oro, su devoción al Jefe y a las instituciones patrias se derretía como cera ante una llama.

«Tienes razón, me dijo, pero aquí en el ejército domina la circunstancia de que casi todos los puestos claves están en manos no solo de oficiales profesionales sino que de compañeros entrañables que hicieron conmigo en la misma academia, la carrera militar». Como sabemos, pronto muchos de esos compañeros a quienes mandó al frente para detener a los invasores, se voltearon ante el seductor tintineo de que he hablado y le exigieron la renuncia a la Presidencia que legalmente ostentaba, rodeándolo con una férrea argolla de pretorianos que lo expulsó ignominiosamente del poder. No obstante, debo decir en respecto a la verdad, los cadetes de la academia militar hicieron un valiente esfuerzo por deshacerse de las tropas mercenarias que al mando del coronel Castillo Armas, entraban a Guatemala. No es el caso en estas páginas analizar con prolijidad, como yo quisiera, cómo los cadetes del honor también fueron doblegados.

Para terminar este capítulo conviene recordar la brillante y varonil defensa que el expresidente Juan José Arévalo realizó, como representante de Guatemala, en la conferencia Caracas de 1954, conferencia en la que se enfrentó a los representantes del poder norteamericano con elocuencia avasalladora como solo puede desplegarla quien lleva en su corazón bien encendida la llama del patriotismo.

Tuvo que insistirme el presidente Arbenz de que no fuera a Costa Rica bajo ninguna circunstancia, ni por llamado del propio Figueres. Que me rogaba como amigo que estaba viendo las cosas sin pasión, de que no me dejará seducir por los cantos de sirena provenientes de Costa Rica.

Época en Costa Rica

En Costa Rica, lugar escogido, mis padres gozaban, vamos a decirlo si, de buenas amistades. Con su ayuda instalé mi primera oficina de consultas de medicina natural frente al Parque Morazán. Unas pacientes de origen leonés, de apellido Castro, amigas de mi madre quedaron satisfechas de los resultados del tratamiento a que las sometí, enviándome pacientes, entre ellas a doña Julia de Cortés, esposa del presidente de Costa Rica, licenciado León Cortés que estaba en el ejercicio de la Presidencia.

Doña Julia, con la terapia natural a la que la sometí logró curarse de una grave dolencia que no había logrado dominar ni con la ayuda de reputados médicos de Francia, país del que acababa de llegar cuando fue a buscarme. Como esta matrona, enchapada en las virtudes que predominaba en tiempo pasados, hizo público reconocimiento de su curación «bajo el acertado tratamiento del Dr. Rosendo Argüello Ramírez, joven médico nicaragüense», según lo declaró a los periodistas, este reconocimiento provocó dos oleadas de increíble magnitud. La primera, me llenó de paciente. El Parque Morazán me tenía que servir de antesala. Yo trabajaba desde temprano en la mañana y hasta bien entrada la noche, propiamente, hasta donde me alcanzaban las fuerzas.

La segunda oleada fue la embestida del cuerpo médico que pidió oficialmente que se cerrara mi consultorio; les dolía mi buen suceso por tres motivos. El primero, que yo era de una escuela de la cual les gustaba hablar mal sin conocer ni la pasta de las miles de obras que exponen sus principios, y por el testimonio de miles de enfermos llamados incurables que el sistema natural, llamado también biológico, recuperaron su salud. El sistema se impone cada vez más en los países civilizados. Segundo motivo, mi nacionalidad nicaragüense. Tercera causa de la inquina: el que siendo muy joven, apenas pasaba de los 20 años, ya tenía la clientela visible más numerosa del país.

Se encendieron debates en todos los periódicos en los cuales se mordía con la típica lengua envenenada de las víboras. Yo me defendí con exposiciones sobre la ciencia de cura natural y el testimonio unánime de pacientes, en su mayoría expacientes de mis atacantes. Al fin no se me cerró -en ese momento- el consultorio gracias a la

noble y enérgica intervención de la esposa del presidente Cortés, y con el respaldo de este seguí en mi trabajo por cerca de dos años más laborales que terminaron con lo que narraré un poco adelante.

Estaba yo en el más intenso período de mi práctica profesional cuando mi padre me hizo saber de ciertos militares hondureños, conocidos de don Toribio Tijerino, residente en Honduras, los cuales estaban dispuesto ayudar a los sobrevivientes de la lucha de Sandino. Los generales Raud y Colindres, aceptaban la responsabilidad de dirigir la contienda con el respaldo de una buena parte del campesinado segoviano.

Recomendaba mi padre que antes de involucrarnos y para evitar represalias, lo urgente era sacar de Nicaragua a mis hermanos Rodolfo Ignacio y Miguel Ángel, a mi primo Eduardo Castillo R. y a mi tío Nacho, que ya cifraba los 90 años. «Tal vez una gestión amistosa de doña Julia y don León, haga que el General Somoza los deje salir del país», decía una misiva de mi padre.

Inmediatamente me puse al habla con doña Julia y el presidente Cortés. La primera dama, con el consentimiento de su esposo, le escribió una larga carta a la esposa del Gral. Somoza, Sra. Salvadora Debayle de Somoza. En esa epístola le explicaba como madre, que no dudaba sería comprendida por otra madre y por su digno esposo, la angustia que sufría la familia Argüello, de cuyos actos no eran culpables sus hijos menores ni sus parientes, de la edad que fuesen. Que si había alguna acusación contra los menores Argüello, sería otra cosa, pero que estos muchachos estaban dedicados a sus estudios en el Colegio Pedagógico donde sus maestros podían dar fe de su dedicación y puntualidad en sus estudios. Muchas razones de orden sentimental invocó doña Julia para que el presidente Somoza tuviera un gesto galante con ella y generoso con una familia que, desde el tiempo de Walker, había derramado su sangre por los ideales que de buena fe consideraron justos.

La contestación de doña Salvadora fue corta y ruda: «Mi esposo me encarga participarle que está bien enterado de las andanzas conspiratorias que en Honduras lleva a cabo el Dr. Rosendo Argüello Castrillo y que en Costa Rica, amparado en su consultorio, y la engañada amistad de usted, no deja de desarrollar el Dr. Rosendo Argüello hijo. Que por lo tanto, como una garantía de paz para Nicaragua se veía obligado a mantener en el país a la joven familia Argüello y a sus allegados». Doña Julia me preguntó en tono de angustia si sabía que mi padre andaba conspirando. Le contesté: «A esta distancia y con la censura que en todos los países existe, no puedo decirle qué está haciendo en Honduras mi padre». Ella con una sonrisa amable me dijo: «Pues si es cierto que su papá está conspirando, tiene plena justificación para luchar por salvar a su patria de un régimen corrompido. Esto, debe activar nuestros esfuerzos para sacar sus hermanos y demás familiares de Nicaragua».

Reuní al Comité Patriótico que funcionaba en secreto en San José, con personal casi todo veterano de la política y de las guerras nicaragüenses.

Pedí consejo al general Cárdenas, a don Federico Solórzano y al Gral. Julio Tapia. Estudiaron el caso y me presentaron un plan bien meditado para que vinieran por la frontera, ofreciéndose el propio Gral. Cárdenas venirse conmigo para dirigir la maniobra de la fuga. Él tenía por esa zona un amigo dueño de una finca cuyas tierras, además de colindar con la frontera, también se extendía a territorio tico.

Estudí con detenimiento el plan de mis amigos mientras crecía la angustia de mi madre que lloraba todos los días diciéndome: «Si llega una revolución a Nicaragua en que esté mezclado tu papá, o estés tú, a los primeros que matan es a nuestros hijos». Esta presión y mi propio temperamento, dado a las actuaciones rápidas, me hizo concebir mi propio plan: conseguir un avión capaz de aterrizar en una costa del Pacífico de Nicaragua, lo suficiente grande para que pudiera embarcar a toda nuestra tribu, lo suficiente ligero para aterrizar en una costa cuyas arenas pudieran soportar el peso del avión, y que tuviera suficiente autonomía de vuelo para ir a Nicaragua y volver a La Sabana, que antes era el aeropuerto internacional. No quise aceptar el consejo de aterrizar en Guanacaste. Me pareció que la dilación por lancha de Guanacaste a Puntarenas, y en tren de este puerto a San José, daba tiempo para que Somoza mandara a perseguirnos, a matarnos, o por último, a desenvolver sus intrigas con sus amigos de Washington para que no nos dejaran permanecer o siquiera entrar a San José.

Conozco bien la fuerza irrevocable de los hechos consumados y seguí buscando el avión. Entre mi clientela había personas ligadas a todos negocios y una de ellas me presentó a un canadiense dueño de un avión Havilland, de un motor y seis pasajeros, que contraté en el acto. Me vi precisado a dar a conocer a doña Julia mi plan para que gestionara con su esposo que no nos estorbaran el aterrizaje en La Sabana y que tampoco pusieran estorbos de carácter migratorio al entrar sin pasaportes.

Operación rescate

A Nicaragua hice llegar a un amigo alemán para que midiera la distancia entre el estero y las rocas en la playa de La Boquita. Recuerdo me dijo, al volver de Nicaragua, que la distancia que quería conocer era de 800 pasos de él, algo largos. Medimos otra vez ya en una calle de San José a cuántos metros equivalían esos ochocientos pasos y nos dio una cifra desconsoladora. Apenas era la distancia mínima qué en una buena pista, de avión con su carga normal podría despegar sus ruedas de la tierra. Yo sabía que forzando el motor le quedaba un pequeño margen de reserva

para despegar aunque el terreno no fuese ideal. Me decidí a asumir ese riesgo. Al fin y al cabo ¿acaso Dios no me había protegido al arriesgarme en juegos aún más peligrosos?

A mi familia le mandé las debidas instrucciones. Entre ellas, dormir con un narcótico al guardia nacional que custodiaba la puerta de nuestra casa en Managua. Para ese fin, debían de fingir el cumpleaños de uno de mis hermanos. Ya en media fiesta mi tío Nacho, que era hombre de nervios de acero y muy aficionado al vino, debía de mezclar en un jaibol un líquido que yo le mandé de San José preparado por un químico inglés amigo mío, líquido que él ya había probado, en ocasiones necesarias, con todo éxito. La otra instrucción fue que estuvieran acostados en la arena sobre una colcha colorada si había más de tres GN, y en una verde si no había vigilancia. El 8 de enero en la noche se hizo en mi casa de Managua la celebración del cumpleaños de Miguel Ángel. Mi tío Nacho, con una afable sonrisa bajo su recio bigote, se le acercó al guardia y le dijo: «Bébase un traguito a la salud e mi sobrino». El militar le dijo: «Es que estoy de alta». Y mi tío le contestó: «Un traguito no le va a causar ninguna perturbación; no creo que usted quiera despreciar a un viejo que a usted ya lo ve como de la familia». Quince minutos después el militar roncaba con gran sonoridad.

Esa noche salió mi familia en auto a Diriamba y de ahí a caballo para La Boquita. Escogí este lugar porque conocía muy bien cada pedazo de costa, ya que allí, en casa de los Baltodano Ramírez, queridos familiares, había pasado muchas vacaciones de mi niñez. Los cuidadores de la hoy extinta casa nos conocían bien a todos los Argüello Ramírez. Nonoy Baltodano y mi tío Enrique Baltodano nos habían recomendado bien, además de que nosotros nos habíamos ganado la buena voluntad de casi todos los pobladores de ese humilde villorio.

El 19 de enero de 1939 llegamos con dos amigos y con dos ametralladoras livianas a La Boquita. Sobrevolamos un poco para cerciorarnos de que los fugitivos estuvieran acostados en una colcha verde. El viento soplaba de las rocas de la cortina hacia el estero, siendo este el punto indicado para el arranque. Conviene tener al viento en contra para que así ayude a mayor efectividad en los planos de sustentación.

No obstante, las rocas se acercaban vertiginosamente y el avión no despegaba. Fue cuando llegábamos a la primera roca que las ruedas despegaron, pero ya era tarde. O nos estrellábamos con las rocas o doblábamos a la derecha, con la posibilidad de que volando así, al máximo de velocidad sobre las olas, estas no llegaran a alcanzar un área grande del avión. Dichosamente las ruedas apenas rozaron la cresta de las olas. En este momento uno siente como si se propusieran alcanzarnos, elevándose más de lo que pareciera normal. Cuestión de nervios. El avión comenzó un lento ascenso,

con la máquina forzada a tal grado que los empaques de los cubre válvulas o la cabeza de los cilindros, cedieron ante la fuerza de la presión del aceite que nos salpicó el parabrisas, oscureciendo la visibilidad.

A pesar de todas estas peripecias, logramos llegar a San José diez minutos después de la hora que le indiqué a mis padres, que se habían reunido en San José para esperar a la familia. Ese día celebramos de lo lindo, en compañía de doña Julia y casi toda la colonia nica antisomocista. El lector querría informarse qué pasó con el custodio de nuestra casa. El elixir que tío Nacho le mezcló en el jaibol resultó una bendición: el buen hombre despertó ya tarde en la mañana, atarantado, preguntando: «¿qué pasó ... qué pasó?». El pobre hombre fue severamente castigado por haber dejado escapar a los Argüello Ramírez.

«Piratería aérea»

Estando en San José supimos que Somoza declaró a la prensa que nosotros éramos «piratas aéreos» y que pronto nos verían de nuevo en Managua. Envío sus agentes tratando de secuestrarnos. Supimos que había ofrecido buenas sumas de dinero a autoridades ticas subalternas para que le ayudaran en nuestro secuestro. Nos invitaron a varias fiestas sospechosas y aunque a casi todo Argüello le gusta el vino y la alegría siempre he creído que es mejor beber solo insípida agua que beber en malas compañías.

Pasados los años, sobre estos acontecimientos nos platicó el Dr. Carlos Morales, quien era íntimo de Somoza, que este se la pasó enfermo durante varios días, después de efectuado lo que el Gral. Somoza calificó de «piratería aérea». El interesado puede enterarse mejor buscando los periódicos de Managua, entre el 20 de enero hasta aproximadamente el 10 de febrero de 1939. También en los periódicos de Costa Rica de igual fecha.

Seguí trabajando en mi oficina con creciente clientela. A veces tenía que posponer citas hasta para quince días después. Fui incluso tan afortunado en el ejercicio de la medicina natural (Naturopatía), en Costa Rica, que la esposa del representante del partido Nazi en aquel país, ya desahuciada en Alemania de una grave dolencia, se curó bajo mi tratamiento. El señor Carlos Bayer quiso mostrarme su agradecimiento interponiendo sus gestiones ante el canciller Hitler para que lo autorizara a invitarme en su nombre para visitar Alemania donde yo sería recibido y agasajado por el «Führer». El señor Bayer, conociendo mi carácter independiente, se apadrinó de don Manuel Castro Quesada, (excandidato a la presidencia de Costa Rica) y de don Carlos Manhattsberger, dueño de la conocida «Foto Sport», la más conocida de su clase en 1939, para persuadirme de lo conveniente que me resultaría aceptar tal

invitación.

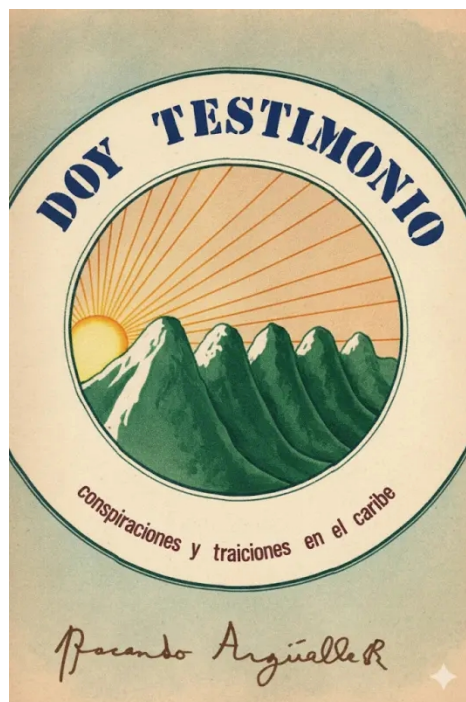
Rehusé por escrito aduciendo que si bien yo no me niego a atender a ningún enfermo -no importa cuál sea su ideología- no podría aceptar agasajos de un dictador, más aún si era un fascista. Esto enfurecía también en grado creciente al honorable cuerpo médico de Costa Rica. La envidia, esa pasión amarilla y viscosa, llegó a tal grado que comenzaron a hacerme provocaciones personales de diferente tipo. Yo simplemente les hice saber que podían hablar e insultar cuanto quisieran, que ellos no representaban más que matasanos diplomados, pero que si cualquiera de ellos me agredía físicamente, o hicieran el gesto de sacar pistola, yo lo tomaría como agresión y me defendería como diera lugar.

Llegó la fecha de nuevas elecciones en Costa Rica. El 8 de marzo de 1940 fue electo presidente el doctor Rafael Calderón Guardia por una mayoría tan abrumadora como nunca antes se había visto en el país. Yo sabía que el doctor Calderón Guardia era un caballero de nobles sentimientos, pero no me ligaba a él ningún nexo personal. Por bueno que fuera tendría que oír en primer lugar a sus compatriotas y sobre todo a sus colegas, los cuales, en su mayor parte, eran simpatizantes de su causa. Sentí que se aflojaba la cincha de mi caballo. Los amigos me repetían que estuviera tranquilo, que el Dr. Calderón era incapaz de prestarse a intrigas indecentes. Me aconsejaban pedirle audiencia para exponerle mi caso. Pero yo no soy hombre dado a hacer antesalas y menos acercarme a ningún mandatario sin razón impostergable. En ese momento nadie me estorba molestando y los periódicos ya habían exprimido de mi persona y de mis actividades hasta la última gota de lo que pudiera servir de sensacionalismo para sus páginas. Por lo tanto, no vi la necesidad de pasar por ese siempre opresivo rato que es hacerle antesala a un Presidente, ante quien, para expresar mis sentimientos, tengo que repetir la forma en que los nobles de la provincia española de Aragón usaban para dirigirse al Rey de España: «Nosotros cada uno de los cuales vale igual a vos, y que juntos valemos más que vos, venimos a deciros...», y tal y tal expresaban su reclamo.

Volví a equivocarme: el enemigo no había melificado su feroz envidia contra el nica y el profesional que les hacía ventajosa competencia. Una noche de julio de 1940, cuando ya cerraba mi oficina me rodeó un grupo de policías y me metieron en la parte trasera de un vehículo cerrado. Mientras tanto, otro grupo penetró a mi oficina y a la sala de tratamientos y con sus garrotes destruyeron todos mis aparatos de fisioterapia.

**QUIÉNES Y CÓMO NOS TRAICIONARON
DR. ROSENDO ARGÜELLO, HIJO
(SELECCIÓN DE EXTRACTOS)⁽³⁾**

Sobre la participación de los nicaragüenses en lo que se dado en llamar la Guerra Civil de Costa Rica de 1948, se ha escrito mucho; lateralmente. Conozco más de seis libros de historiadores, políticos y otros interesados en esta guerra iniciada con el compromiso de sentar las bases materiales para la liberación en el Caribe, de todas las oprobiosas dictaduras, particularmente la de la familia Somoza. Casi todos los escritores, incluyendo las recientes memorias de José Figueres Ferrer, ocultan o minimizan la participación decidida y valiente de los nicaragüenses, sin cuyo concurso no hubiera sido posible el derrocamiento del presidente Picado.



Portada del documento original que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Nicaragua.

Solo uno de los escritores, entiendo un norteamericano, lo hace de forma veraz, y también de forma irremediable el propio José Figueres, menciona nuestra participación. Las calumnias que sobre tales hechos se han vertido fueron numerosas. En su época, tanto el suscrito en un folleto escrito a la carrera "Quiénes y cómo nos traicionaron", como mi padre, el Dr. Rosendo Argüello Castrillo, en su documento libro La verdad en marcha, en contestación al libelo escrito por Alberto Bayo, alias

Girona, quien se auto-llamaba general y sacó a la luz Tempestad en el Caribe, intentamos exponer la verdad de los hechos, prácticamente ambas ediciones fueron secuestradas y su circulación fue muy escasa. Estábamos exiliados, sin recursos y el figuerismo gozaba de todas las ventajas de detentar el aparato estatal costarricense.

Eliminando algunas partes por superfluas o de poco interés para el lector, y adicionando algunos comentarios he querido que el folleto "Quiénes y cómo nos traicionaron", fuera incluido en esta obra. Ella proporcionará solo un pálido reflejo de ese personaje de la Democracia Tica, que ganaría sin oposición alguna el premio del Comediante Político de esta época.

Quiero reiterar que todo lo manifestado en esta narración lo sostengo como verdad ya que el transcurso del tiempo no varía los hechos acaecidos. El mismo Figueres con el correr del tiempo, quiso dar explicaciones sobre su actuación. En una última entrevista que sostuve casi forzosamente con él, pidió olvidara el pasado. Esa entrevista no buscada, fue organizada sin mi consentimiento por el buen amigo don Max Blanco, quien de forma reiterativa me venía diciendo a lo largo de estos años que don Pepe -de quien es también amigo-, había actuado así en el pasado producto de las presiones internacionales, las que conjuntamente con los militares de opereta ticos, le habían impedido cumplir su compromiso. Pero que él -Pepe Figueres- era un nombre de impulsos nobles y pundonor. Le expresé a don Max, que igual o mayor presión habían sufrido Arévalo y Prío Socarras y cumplieron su compromiso. El primero de ellos no solo estuvo presionado por Washington sino que amenazado. Muchas intentonas golpistas así lo confirmaron. Sin embargo Arévalo se jugó su presidencia para cumplir lo ofrecido y Guatemala y su gobierno fueron generosos con las causas libertarias del Caribe. De igual forma se puede hablar de Prío Socarras, a quien una vez el embajador gringo le cuestionó mi amistad, diciéndole que me acababa de ver salir del Palacio presidencial. Este le contestó: "Sí, Rosendo acaba de salir y volverá nuevamente esta noche. Es mi amigo y está invitado a cenar conmigo".

De nada valieron estas observaciones al crédulo y bueno don Max Blanco y su insistencia tomó cuerpo, cuando al llegar a una cena en su casa, me encontré con José Figueres.

Yo fui el primero en hablar y puedo decir que lo que voy a copiar es textual, e invoco el testimonio de don Max para que desmienta si esto no es así: "Antes de entrar en una conversación contigo Pepe Figueres, quiero sepas que vengo aquí en la misma actitud que ostento en mi libro *Quiénes y cómo nos traicionaron*, y a confirmar en tu presencia que lo que cuento es lo que vi, lo que siento y lo que creo".

Figueres un poco pálido me dijo: "Ya ha pasado mucha agua debajo del puente y

ahora podemos entendernos en beneficio de tus ideales". Lo más fue pura "plática de preso" como dicen mis compatriotas, entendiendo que el preso habla de cómo escapar y casi nunca logra nada...

Figueres en su reciente libro aparentando modestia trata de salvarse con relación a la lucha antisomocista, manifestando que "unas pocas armas que retenía en su poder cruzaron la frontera del norte para ayudar a darle el puntillazo final a la dictadura de Somoza". Si este hecho es cierto, algo pretendía Figueres, si no ha pasado la factura por esta "ayuda" si es que esas pocas armas no las vendió, ya la pasará. Algún negocio o recompensa tratará de obtener del gobierno sandinista.

El presidente Arévalo prometió/aseguró que no habría represalias y que, por el contrario, llamaría a los elementos más avanzados del picadismo, del calderonismo y de la clase obrera costarricense.

Lo de la adulteración de la carta del profesor Torres

Los hombres conscientes exigen pruebas antes de dar crédito a un cargo. En política es frecuente que los adversarios recurran a las más fantásticas elucubraciones para tratar de destruir a un adversario. No soy navegante novato en las tormentas del Caribe y sé de los rayos, los arrecifes, los tiburones y las traidoras olas que pueden envolvernos; pero también sé que cuando se tiene un derrotero de principios y entereza de carácter pueden desafiarse las tempestades y llegar al puerto de nuestra meta. Si se tiene la verdad hay que respaldarla con paciencia y con firmeza.

Por eso siempre he tenido cuidado de no hablar al aire como se acostumbra mucho en nuestro medio. Tampoco soy amigo de ofender gratuitamente. Pero cuando un hombre es una amenaza mortal para la sociedad a la que ha sorprendido con sus posturas demagógicas, es un deber cívico desenmascararlo, aun a riesgo de sufrir una mordedura venenosa, o morir de una bala por la espalda. Todo puede esperarse de quien ha hecho de la mentira y del crimen el sustentáculo secreto de un triunfo.

La carta de Figueres para el profesor Torres es absolutamente auténtica, como lo puede comprender cualquiera que la examine, entre otras razones por los siguientes relevantes detalles: a) está escrita en estilo dogmático que es muy propio del modo de expresarse del señor Figueres; b) está escrita en el papel, y con los sellos de la presidencia; c) el criterio que se expone en esa carta sobre política, sobre táctica y sobre las personas que enjuicia, es el que el señor Figueres ha emitido en multitud de ocasiones ante individuos y grupos durante muchos años; d) la táctica que anuncia que va a desarrollar, es exactamente la que ha llevado a la práctica durante los últimos diez años para conseguir su temporal encumbramiento; e) la firma que está

estampada al pie del documento es la del señor Figueres, y esto fue confirmado por los mismos peritos de la Dirección Federal de México cuando se les brindó el documento en 1954 para que lo examinaran.

El señor Figueres hace esa afirmación con la irresponsabilidad que ya le caracterizó al hacer promesas y al manejar las finanzas en Costa Rica. ¿Pero dónde están las pruebas?

Ya publiqué la primera edición de Quiénes y cómo nos traicionaron en 1952, y no en 1956, como dice el malintencionado don Pepe. Permanecí residiendo en México cuatro años más, y ciertamente volví a Nicaragua en 1956.

Mi libro fue publicado con fondos míos. Lo firmo yo, y de él respondo todo el tiempo en cualquier forma y en cualquier terreno que se le antoje al señor Figueres. Para que no se dijera que atacaba de lejos, es que me trasladé a Costa Rica en mayo de 1958, donde permanecí por más de un año, solo con mi familia y anduve en todo sitio público a donde bien pudieron haberme pedido cuentas Figueres, si tuviera vergüenza, o sus conocidos asesinos de alquiler. Ya sé que es inútil hablar de dirimir querellas en el campo del honor a quien como Figueres ni siquiera tiene noción de lo que es el honor, y quien siempre supo con diabólica astucia instigar asesinatos sin arriesgar jamás su propia vida. Todo el tiempo se escudó en las acomodaticias frases de que "Un hombre importante no debe exponer su vida por cosas personales" o de que "Fulano no vale la pena", y otro género de palabritas prefabricadas para justificar su cobardía en el terreno donde los que presumen de ser hombres prueban si lo son en realidad.

Cuando yo fui jefe de la Guardia Presidencial en Costa Rica, tenía además un grupo de nicaragüenses armados en una finca vecina a San José. Por lo tanto había bajo mi mando dos fuerzas dominadas por nicaragüenses incondicionales, que con una palabra de mi parte podrían haber entregado no solo al gobierno sino a Figueres y a sus gabinetes ignominiosamente amarrados, como sin duda merecían. Comprendiéndolo así, los adversarios del régimen de la "Segunda República" me hicieron varias propuestas para que se les entregara la casa presidencial, a don Pepito en un saco y las armas bajo mi custodia. Para corroborar sus argumentos, un señor del calderonismo me dijo: "Sabemos que Figueres se está burlando de ustedes y solo los tiene para mientras se consolida". Le respondí: "Me doy cuenta que el gabinete de Figueres al menos, nos prepara una traición, pero prefiero que ellos pasen a la historia como traidores antes que manchar el honor de mi patria que en este puesto estamos representando".

Gobiernos adversos al "apóstol" Figueres, me ofrecieron por su cabeza sumas que no

las vale, a menos de que coticemos muy alto una fragua de perversidades. Él sabe que aunque ya sentía la puñalada trapera en mis espaldas, me fui del país, entregándole hasta el último rifle en la presidencial, el grupo que estaba en la finca entregó sus armas al resguardo fiscal. Todo esto es muy ingenuo y lo convierte a uno en derrotado, pero la derrota y a veces la muerte misma es el precio del honor y la lealtad.

Lo de que estoy espiritualmente despedazado

Tiene razón el señor Figueres al crearme "espiritualmente despedazado" como apunta en su escrito. La vil puñalada que me asestó en la espalda era para destruir física y moralmente a una persona de menos reservas psicofísicas. Mi padre perdió cuanta clientela tenía en Nicaragua como abogado por haberlo abandonado todo para ir a Guatemala a apoyar a Figueres ante Arévalo. Mis hermanos también dejaron sus hogares con el fin de acompañar a don Pepe. Mis amigos, los que en el campo de batalla siempre estuvieron al frente, dejaron hogares, y algunos de ellos, como el citado capitán José Santos Castillo, abandonó la gerencia de una fábrica de sombreros en Guatemala, para poner sus inmensas capacidades como metralista y su noble pecho del que creíamos "apóstol de la unión y la libertad Centroamericana".

Yo por fin, exiliado por Figueres en México, sin papeles de residencia, con un proceso encima en el mismo México, por el asunto de las armas que había conseguido para él, sin que este al llegar a la presidencia hubiera querido interponer sus gestiones para acabar con este proceso, fui despojado de mi pasaporte cuando llegué al consulado tico para tratar de visado para reingresar a Costa Rica.

Mi padre estaba ya incurablemente enfermo. En México no se puede trabajar sin tener residencia, sentimos hambre, frío y todas las tristezas de la miseria. Doy por bien merecidos esos sufrimientos en cuanto a mi persona se refiere por haber incurrido en el fatal error de haber puesto mi concurso de modo tan incondicional al servicio de un hombre sin haber investigado sus antecedentes. Si los escasos 24 años que contaba yo entonces, cuando comencé a ayudar a Figueres, son una explicación, esto no basta, yo que debí haber investigado sus antecedentes en los cuales pude haber constatado que sirvió de espía de una potencia totalitaria en contra de los intereses de este continente, lo que hubiera bastado para descalificar moralmente a Figueres al verlo despojado de su disfraz, catalogándolo como lo que en realidad ha sido y es: un impostor, el más grande impostor de la historia del Caribe.

Mas la fe cristiana que me anima, una constitución vigorosa, el recio y tenaz ancestro vasco de los Argüello, agregándose a toda la imperiosa necesidad moral de rectificar mis errores pasados, destruyendo a la serpiente que yo hice crecer, me tienen hoy más

fuerte y decidido que nunca. Me entreno como un atleta y enfrento la lucha que viene ante las fuerzas totalitarias emboscada bajo la jefatura de Figueres, con serenidad y decisión de llevar esta batalla hasta nuestra victoria final.

Sobre todo judas se proyecta siniestra la sombra de la horca

Figueres, mediante traiciones, maniobras de volatinero político y sobre todo, mediante la distribución adecuada del dinero de Costa Rica entre agentes de propaganda, ha logrado ser oído y ser tomado en serio por personalidades del continente. Desde el pedestal de la presidencia ya fueron oídos también mandatarios que hoy son repudiados. El fenómeno no es nuevo, y tampoco será nuevo el desenlace cuando el globo de su farsa se le desinflen como inevitablemente sucederá antes de mucho tiempo más.

Se puede mediante el talento teatral y el sentido de la publicidad respaldado por el dinero, desorientar el criterio de personalidades y pueblos enteros durante un corto período; pero nadie ha podido aún engañar a la historia. El generalísimo Trujillo gozó durante un tiempo de la amistad de los Estados Unidos y dio su nombre a la capital dominicana, y su monumento fue el más alto del continente. Todo hoy yace en tierra, derribado por las mismas manos que lo aplaudieron. El mariscal Stalin fue sin duda alguna un gran líder del mundo soviético. Fue llamado "Stalin el Grande" por el mismo Churchill. Fue admirado por Roosevelt. Las ediciones soviéticas de la historia rusa hacían de Stalin la más grande figura de toda la historia rusa. Aquello solo duró treinta años. Hoy hasta su cadáver fue sacado del mausoleo de Lenin, y solo la posteridad podrá pronunciar el fallo definitivo.

Ahora no es difícil imaginar cómo pasará a la historia el señor Figueres, quien se ha erguido sobre un pedestal de engaños; quien traicionó a más abnegados y fieles amigos; quien traicionó a los principios que proclamaba; quien asesinó a sus adversarios y aun los mejores amigos que le prestaron su ayuda, como en el caso del masacrado capitán nicaragüense José Santos Castillo; quien jamás pagó los dineros que se le prestaron en Nicaragua; violó el pacto del Caribe; quien violó el pacto firmado en la embajada de México con los representantes de los trabajadores costarricenses; quien quiso asesinarme a mí junto con toda mi familia, incluso a mi hijo de un año de edad y del cual Figueres era padrino, cuando se intentó ametrallar mi casa por un grupo de soldados y oficiales del ejército del cual era él comandante. De este ataque me salvé gracias a una valiente y hábil maniobra de un grupo de amigos nicaragüenses, quienes armados con fusiles y escopetas cercaron y capturaron al grupo agresor, a quienes por cierto llegó personalmente Figueres en pijama a evitar que mis compañeros los fusilaran frente a mi propia casa, como querían hacerlo y como se lo merecían. Que Figueres ordenó este ataque porque yo estorbaba sus

ambiciones fue confesado por el mismo jefe del destacamento atacante, tema que pormenorizaré y divulgaré en otra ocasión.

Una noche me acostaba para dormir seis horas, y al otro día trabajaba veinticuatro horas. Lo más difícil de afrontar era el personal responsable que tuviera sinceridad en su promesa de laborar seriamente a favor de todos. Para la guardia personal de Figueres, sobre todo en las noches en que cada cual deseaba irse de fiesta con las amables damitas que sobraban, tuve que recurrir mientras se formaba el equipo adecuado, al cansado capitán Castillo, a varios compatriotas amigos personales y a mi propio hermano, pues ya en la victoria no abundaban los voluntarios para velar el sueño de Figueres, amenazado constantemente de un asalto enemigo.

Al mismo tiempo que organizábamos la defensa de Figueres, tuvimos que intervenir en diversos casos de abusos de poder, viéndonos impotentes ante tantos desmanes y atropellos para poder evitarlos. Como jaurías hambrientas "los heroicos soldados de escritorio" de Figueres comenzaron una caza de brujas contra moros y cristianos.

Una de las personas en primer lugar ultrajadas y encarceladas, fue el padre del sacerdote Arié, que nos había relacionado a Figueres y a mí. Cuando dije esto a Figueres, una tarde, me contestó que estaba demasiado cansado para meterse en detalles. Tomé bajo mi responsabilidad la sacada de la cárcel del citado caballero, y envié al general Velásquez con un pelotón de la guardia de honor, y como era de esperarse el general Velásquez cumplió su cometido a pesar de la oposición de los carceleros. Resulta que el padre Arié había sido antifascista, y Delcore, al igual que casi todos los lugartenientes de Figueres, habían sido fascistas, de modo que estos ex "camisas negras" tomaban violentas represalias en contra de los republicanos y liberales. Al otro día Delcore, respaldado por el nuevo y ostentoso ministro de Seguridad Pública, teniente coronel Edgar Cardona, me hizo insolente reclamación en plena casa presidencial, a los cuales me vi precisado a contestar con pistola en mano diciéndole: "ni como hombre, ni como funcionario, soy alterno con nadie; pero he hecho voto de no admitir jamás, si estoy en condiciones de igualdad, el insulto de nadie, así que hableme con la debida cortesía o hableme a tiros...", el ostensiblemente alcoholizado oficial Delcore, de origen italiano, entró en razón, y me dijo que algún día me arrepentiría de andar protegiendo a los enemigos, y que ya hablaría con Figueres, dicho lo cual, se fue.

Realidades figueristas

Al día siguiente que Delcore y secuaces encarcelaron al papá del padre Arié, a quienes Figueres decía profesar profunda estimación, le relaté a este los pormenores del caso: su reacción para el abusivo subordinado fue enviarle una tarjeta en la cual

manifestaba a Delcore que su proceder le había resentido mucho. Y ya es de imaginar que hampones de esta laya, jamás modifican su conducta porque el jefe les diga simplemente que sus fechorías le provocan "resentimiento".

La flamante junta comenzó a funcionar, y su eficacia fue como es de sobra conocida, todo verbal. Se habló de cambiar el escudo de Costa Rica, por uno diseñado por el señor Facio, que según él simbolizaba, de manera patética, la honda transformación que el país estaba sufriendo bajo la dirección sapientísima de. la que se llamó a sí misma Junta Fundadora de la Segunda República de Costa Rica. Pronto se olvidaron de seguir adelante las interminables y doctas discusiones en torno al masónico simbolismo que debía darse el nuevo escudo, para hablar de la nueva bandera; tampoco pudieron resolver este nuevo problema, porque la apremiante situación económica exigía levantar fondos a toda costa.

Al mismo tiempo que la Junta Fundadora tomaba una serie de medidas arbitrarias que paralizaban la vida económica del país, los militares llamémosles así, formaban una camarilla enemiga de la Junta de Gobierno la que consideraban compuesta de charlatanes bien vestidos, de inútiles; P-al mismo tiempo esta misma camarilla de "militares" perseguía a los ciudadanos desafectos al nuevo régimen, con toda ferocidad que apenas tiene parangón con las represalias desatadas por las más brutales tiranías del Caribe. Cortaron la cabellera a multitud de damas, entre ellas conocidas pedagogas para luego meterlas que en las cárceles destinadas a mujeres de vida licenciosa. En otros casos apalearon tan rudamente a mujeres en estado de embarazo, a tal grado, haciendo que los golpes de los sayones figuerista las hicieran abortar el niño muerto a consecuencia de los golpes. En otra ocasión me tocó ir a sacar de la casa, donde había sido abandonado, un niño que apenas podía andar, que estaba sucio y enloquecido por la ausencia de su padre y madre, que habían sido puestos en la cárcel. El niño gritaba hora tras hora sin que sus lamentaciones conmovieran a la policía que rodeaba la casa, y que dándose cuenta de la situación de la criatura desamparada, no tuvieron siquiera el humano gesto de llevarle agua. Me refiero al niño del licenciado Luis Carballo.

En repetidas ocasiones llevé mis protestas al Sr. Figueres, haciéndole el relato concreto de los casos de ultrajes y crímenes inenarrables en todos sus detalles, que yo había comprobado. También le previne de la abierta crítica que la poca gente honrada, que había entre sus amistades, hacían de la sangrienta trayectoria de su gobierno, calificándolo a él como cruel sátrapa, o inútil ornamento de un gobierno que se decía presidir sin dar muestras de autoridad en forma alguna. No solo dije esto a Figueres, sino a la junta y sus amigos más cercanos. Esto agudizó la presente envidia y mala voluntad que los figueristas sentían por el grupo de engañados nicaragüenses que les proporcionamos material y personalmente los medios de la

victoria. Resultó cada vez más inútil el que yo les recomendara que aunque fuera por interés propio, no ya por una hidalguía que a esa fecha yo sabía que no podía esperar del figuerismo, que no amedrentaran a los ciudadanos, porque un régimen de temor incita a las conspiraciones, frenaba el proceso de los negocios y causaba el desorden económico y civil, con el consiguiente debilitamiento del régimen, que deseaba mantenerse solo por la fuerza bruta, sin ofrecer ningún halago, ni a las masas ni a los hombres de empresa.

Para contrarrestar el ambiente "gangsteriano" que la Junta auspiciaba en todas las dependencias del gobierno, y para fortalecer a Figueres en cualquier trayectoria elevada que yo esperaba que de un momento otro tomaría para salvar la situación, y salvarse él y salvarnos a nosotros, sus aliados nicaragüenses, del inevitable descrédito que nos sobrevendría ante el público, en general desconocedor de los conflictos internos entre el figuerismo y nosotros sus aliados nicaragüenses, aparentemente solidarizados en el "nuevo orden", es que traté, y logré en parte, hacer que la guardia presidencial, que el cuerpo especial de seguridad, y que todas las dependencias directas de la presidencia, tuvieran la mayor independencia posible, tanto de la Junta, como del ministerio llamado de seguridad pública, que manejaban Cardona, Marshall y Manuel Enrique Herrero, trío cuya criminalidad les hace campeones del crimen político de Centroamérica. Creo que al principio mi plan de independizar a Figueres y de darle fuerza propia para realizar las nobles intenciones que yo le atribuía, cuando una experiencia no me había desengañado, alegraron a este que aunque no le haya importado nunca los atropellos que su banda cometía con los ciudadanos adversarios y neutrales por igual, sí vivía atemorizado por los rumores constantes que le llegaban sobre las efectivas conspiraciones de Cardona y sus demás jefes militares, así como la que atribuían al calderonismo.

Por el deseo y la necesidad urgente de Figueres tenía de obtener cuerpos bien adiestrados, que fortalecieran su paridad personal dentro de aquella turba desenfrenada, es que me nombró, además de secretario General de la presidencia, jefe de la guardia presidencial, director del cuerpo especial de seguridad, secretario de la comandancia General y jefe de Capitanías. Sus militares trataron de sabotear, y lograron en gran parte hacerlo, el plan de hacer de los grupos, que estaban directamente bajo la orden del presidente Figueres y mía, los mejores armados, por lo menos en cuanto a volumen de fuego se refiere, de todo el país, y logré adiestramiento y disciplina sobre un grado altamente satisfactorio; pero por encima de todo me complace declarar que los muchachos de la guardia personal de Figueres, los del cuerpo especial de seguridad y los de la guardia presidencial, escogidos por sus limpios antecedentes morales, jamás cometieron abusos ni crímenes de clase alguna. Prohibí terminantemente la requisita de automóviles que era la mejor distracción del "bizarro" ejército de liberación, ya entonces dependiente de Cardona y

Marshall. Di instrucciones muy claras al personal de la presidencia para que tratara con invariable cortesía a toda persona, sin hacer distinciones políticas, que llegare a solicitar cualquier servicio a la casa presidencial, como pueden testimoniarlo los mismos calderonistas que en diversas ocasiones llegaron con problemas que debían ser resueltos en mi despacho.

La agresividad de los militares de la segunda república y de los miembros civiles de la Junta se tornó más violenta y descarada en contra de los nicaragüenses que respaldábamos la persona de Figueres, y que tratábamos de que en Costa Rica se realizaran las promesas de justicia y libertad que este nos había ofrecido. Figueres tuvo que decir que la Junta no deseaba que llegara ningún nicaragüense a la Casa Presidencial aunque fuese miembro de mi propia familia. Se me obligó a despedir a una jovencita nicaragüense hija del General Guillén, a quien yo había empleado como mecanógrafa, en la secretaría de correspondencia de la presidencia. Figueres me aconsejó presionó para despedir a los viejos y leales instructores nicaragüenses de los diferentes cuerpos militares de la presidencia. Y como esto ya resultaba humillante para mí, tomé unos libros personales que yo tenía en la presidencia y me dispuse a marchar a mi casa, no sin antes decirle a Figueres que me iba de una oficina presidencial donde no había presidente, sino un instrumento de la intriga y del "gangsterismo" uniformado; que yo no estaba de acuerdo ni con la política económica, ni con la violencia que la llamada segunda república empleaba, y menos podría estarlo ahora, en que el veneno de sus esbirros se lanzaba ya hasta en contra de los nicaragüenses que, embaucados, le habíamos ayudado decisivamente para llegar al poder. Figueres habló largamente y me convenció, debo confesarlo, de que, como un sacrificio más en aras de la causa centroamericanista, debía estar cerca de él, ser indiferente a la intriga y a la envidia que me mordía sin cesar, hacer concesiones. dar los últimos toques de adiestramiento a los guardias presidenciales, y luego dedicarme a formar una finca de él (sic), un cuerpo de nicaragüenses escogidos, que al mismo tiempo que constituyere una "reserva" para él, mientras estuvieran en el país, serían los que una vez llegadas las armas que estaban por pedirse al exterior, debían de utilizarlas para la revolución en Nicaragua como próxima etapa de la jornada unionista y democratizadora de Centroamérica.

Una vez que se dieron cuenta los compañeros de la junta de Figueres, y los entorchados militares de la segunda república, que nosotros los nicaragüenses estábamos constituyendo nuestra propia organización militar tanto para respaldar a Figueres, como para tener capacidad de aprovechar las armas en cuanto llegaran, se dieron a la ejecución de toda clase de planes para echarnos del país, o asesinarlos traidoramente.

Una madrugada llegó a buscarme a mi domicilio un teniente del "Ejército de

Liberación Costarricense", con el recado de que el jefe del estado mayor "coronel" Frank Marshall necesitaba verme con urgencia su cuartel. Le contesté que no hacía visitas a esas horas, y que si el coronel Marshall deseaba hablar conmigo, haría la excepción con él de recibirlo a horas intempestivas.

Al rato regresó en otro tono acompañado de un pelotón de soldados, advirtiéndome que sus órdenes eran que si yo no iba por las buenas, él tendría que llevarme por las malas. Quiso aprehenderme, pero el fuerte argumento de la pistola, que saqué con presteza, le convenció de que personalmente no podría capturarme; requirió a su gente para que rodease mi casa, donde vivía con mi esposa, mi hijo recién nacido y otros parientes; pero cuando los soldados de la segunda república rodeaban mi casa alistándose para asaltarla, fueron sorprendidos por un grupo de mi propia gente que, con algunas ametralladoras, rodearon a mis sitiadores. Yo había tenido la previsión de tener en una casa vecina a un grupo de compatriotas armados lo mejor que en aquellas circunstancias era posible, y ellos salvaron mi situación, acudiendo a mi llamado.

El Sr. Presidente fue también avisado, y llegó en ropa de dormir, y al observar la situación, hizo reflexiones a los desleales forajidos que pretendieron liquidarme, porque según Marshall mismo confesó, el propósito era sacarme a la carretera para tirarme y enterrarme allí mismo.

Esa noche, Figueres en vez de imponerse varonil y jerárquicamente, como le correspondía en calidad de Presidente y Comandante en jefe del ejército de liberación, manifestó a sus muchachos con aire contrito, que le mortificaba mucho esa exactitud de ellos que me debían todo a mí, pues sin mi concurso no se hubiera fundado la segunda república. Al oírle no pude contenerme y exclamé: "Como sigan estos bravucones fastidiándome, me veré obligado a pelear por establecer una tercera república con gente más decente". Esto lastimó más a don Pepe Figueres que la intentona que para asesinarme hicieron sus propios "muchachos", y al día siguiente, en la casa presidencial, me hizo amargas recriminaciones sobre mis palabras, expresándome que nunca esperaba que su más leal colaborador hablara de destruir su obra para fundar una tercera república. "Como en la segunda república no saben corresponder, humana y fielmente, a quienes nos jugamos la vida por ayudarle, no merecen otra cosa que nuestro repudio y nuestra enemistad", fue lo único que le dije.

Antes que nosotros, los nicaragüenses, formáramos nuestro propio cuerpo militar, ya se había organizado la "Legión Caribe" bajo el mando inmediato del capitán Miguel Ángel Ramírez, dominicano que representaba los intereses del exsenador y exsocio de Trujillo, el gran terrateniente y millonario don Juan Rodríguez. La Legión Caribe pronto se pareció, por su composición, a la "Legión Extranjera", pues en ella se

agruparon dominicanos, hondureños, como principales jefes, nicaragüenses de todo partido, salvadoreños y algunos costarricenses. Establecieron su cuartel General en pleno centro de la ciudad. Su ocupación era hacer marchas y ejercicios de orden cerrado dentro del patio del cuartel, cobrar su sueldo, en las tarde perturbar a las muchachas que pasaban por las cercanías de su cuartel, y en la noche provocar escándalos cuando se emborrachaban. La Legión Caribe fue considerada el instrumento de los reaccionarios de Nicaragua, que hicieron causa común con don Juan Rodríguez y los hondureños que pretendían que Figueres les ayudara a ellos, en lugar de cumplirnos a los nicaragüenses a quienes debían todo. Aunque la alianza con el "Ejército de Liberación" ayudándole en sus saqueos, requisa de automóviles y persecuciones de todo género, nunca fue un ejército eficiente. Sus jefes sí se cuidaron mucho lucir vistosos uniformes, y sobre todo, a desplegar alardes de exhibicionismo haciendo declaraciones por medio de agencias noticiosas internacionales, que hacían temblar al Caribe. Es justo reconocer que algunos militares nicaragüenses con ideas y planes propios, como el coronel Gómez, el capitán Báez Bone y el eficiente coronel Francisco Morazán, trataron por todos los medios posibles de mejorar la entereza y disciplina de los "legionarios", aunque la falta de respaldo de los supremos expertos dominicanos no les permitió desarrollar debidamente los planes que tenían para convertir a la Legión del Caribe en eficaz instrumento militar.

En el mismo público tico había, y todavía existe, mucha confusión respecto a la organización que yo comandaba, a la que llamamos "Compañía Rafaela Herrera" y la Legión del Caribe, puesto que mucha gente me suponía el jefe de esta última, y a nuestro cuerpo y a la Legión como la misma cosa, cuando en realidad fuimos siempre de diferente tipo de organización. con muy diferente espíritu, y sobre todo, con finalidades políticas muy diferentes a las que animaban a los jefes mercenarios de los legionarios.

Para hacer promociones y otorgar grados los componentes de la compañía Rafaela Herrera, acantonados en la hacienda Río Conejo, fueron examinados y sometidos a pruebas rigurosas por delegados del estado mayor de países amigos de nuestra causa. Y en justo reconocimiento a la disciplina de los muchachos de nuestro cuerpo, debo decir que ni una sola vez provocaron un escándalo en sus días de licencia, cuando visitaban la ciudad. El agregado militar de un poderoso país, invitado por Figueres a inspeccionar nuestro cadetes y a presenciar sus ejercicios de orden abierto, no tuvo inconveniente en decir a Figueres, delante de varios personajes enviados de presidentes amigos: "Me sentiría orgulloso de comandar este cuerpo", sentimiento que yo compartía y aún siento; aunque nuestro propósito haya sido equivocado, obramos de buena fe, y cumplimos nuestro deber sin arredrarnos ante ningún sacrificio.

El Capitán Báez Bone creía en ese tiempo, debido a versiones malintencionadas, y también a la estructura poco ortodoxa que en muchos aspectos di a nuestra compañía, entre otras cosas las de dar el mando a la organización, ocasionalmente, a militares de clase inferior, y a castigar más severamente a los de orden superior, por igual falta, que a los inferiores, que yo era enemigo del ejército por principio. Y él, que con razón cree que de nada sirve la razón sin el respaldo de la espada, que la estabilidad de los mismos gobiernos democráticos, aunque sus procedimientos sean institucionales, deben contar con el respaldo de un cuerpo eficiente y bien armado, respetuoso de la ley, pero siempre listo para hacerla respetar a los presuntos transgresores. No obstante este mal entendimiento con Báez Bone, cuando él supo del asalto del que fue víctima por parte de Marshall y su banda llamada "Ejército de Liberación Costarricense", manifestó su solidaridad y se puso a discreción mía para contribuir a mi seguridad personal.

Probablemente el proceder de un crecido número de miembros de la Legión del Caribe desvirtuó las buenas intenciones que tenían varios de sus componentes, pues del mismo modo que Báez Bone, Horacio Ornes, ambos en aquella época francos, hábiles y tenaces enemigos míos, junto con ellos trabajaban otros jóvenes que con honrados anhelos, como en el muy conocido líder estudiantil nicaragüense, Carlos Cantero (este último nunca dejó de ser mi amigo personal), luchaba contra la corriente dominadora que introducía la desorientación política que siempre distinguió a la teatral "Legión Caribe".

Cuando ambos grupos, la Legión del Caribe y la Rafaela Herrera, estuvieron organizados adecuadamente según el criterio de nuestros respectivos asesores técnicos. Figueres aconsejó la fusión de ambos conglomerados; pero, ¿quién sería el jefe? Los conservadores de mi patria aconsejaron que fuera un dominicano, que por ser extranjero probablemente tendría cualidades imposibles de alcanzar por un nicaragüense, según el criterio del grupo conservador que en aquel momento decía representar a su partido. Figueres, ante mis amigos, y ante mí, sin decirlo, manifestaba su adhesión a mi persona, aduciendo argumentos que en resumen se fundaban en el hecho de que a pesar de no poder dominar muchos detalles técnicos del arte militar, en lo esencial mis conceptos sobre la conducción de operaciones militares, había dado resultado satisfactorio en Costa Rica y el programa que se elaboró para el adiestramiento de los grupos bajo el comando, junto con el conseguimiento de armas y en su traslado, fueron calificados como un poco severos pero de efectos prácticos.

Naturalmente que el Sr. Presidente Figueres era el árbitro de la situación, y sus principios, métodos y tácticas debían de ejecutarse, porque de mar él un rumbo fijo, nadie hubiera podido desviarlo, no obstante cuando ~ visitaban representantes de la

Legión del Caribe, expresaba a ellos su admiración por el dominicano Miguel Ángel Ramírez, y su deseo de verle comandar las fuerzas revolucionarias del Caribe. Figueres estimulaba las pretensiones de cada grupo haciendo a cada quien declaraciones "confidenciales" que él a la postre sabía hacer salir triunfante la jefatura de quien en esos momentos que le hablaba. Notando en parte su juego, que yo calificaba ventosas de honradas vacilaciones, pero molesto por aquella baja guerra de intrigas, durante la cual las delegaciones de grupos antagónicos visitaban a Figueres hasta dos y tres veces en el mismo día, pintándome con los colores que es de suponer, decidí dejar en manos de este la solución del problema manifestándole que su eterna vacilación, sin resolver por la forma y jefatura que debía de darse al movimiento revolucionario de Nicaragua, estaba fortaleciendo rivalidades y enemistades en perjuicio de la causa. Figueres insistió en que yo debía de quedar como jefe del movimiento nicaragüense, pues desde la guerra civil de Costa Rica así lo habíamos convenido; que mi retiro sería una traición a los grupos que lo habían ayudado por fe en mi persona, y que si yo tenía principios firmes por los cuales luchar, debía de garantizarme mediante la jefatura militar, de que la revolución no sería traicionada por los políticos que siempre se aprovechan del esfuerzo ajeno; que él me apoyaría para que yo fuera el único que saldría con mi gente, bien armada, de Costa Rica, pero que le era preciso jugarle "política" a los demás grupos para evitar choques violentos. Quedamos en esa ocasión en que los dominicanos les darían las armas que habíamos llevado del exterior, y que para mi organización mandaría a comprar, oficialmente al exterior, el armamento que yo le indicara.

La noticia de que Figueres mandaría comprar armas para entregárnoslas, fue conocida de los diferentes grupos rivales, con el consiguiente recrudecimiento de su enconado sabotaje. Fueron a denunciar el hecho al estado mayor figuerista, y estos, a su vez, enfurecidos, intensificaron su persecución en contra de todos mis amigos, y decidieron liquidarme a toda costa. Hubo un consejo de oficiales costarricenses figueristas, y todos mis excompañeros de ayer, sin exceptuar a uno solo de los que años antes me buscaban para que les ayudara y que pudieron comprobar los sacrificios que hice para procurarles las armas, acordaron pedir la disolución del cuerpo nicaragüense que yo comandaba y mi captura inmediata. Este acuerdo de leal consejo de oficiales, excompañeros de armas míos, lo he publicado en Diario de Costa Rica un año más tarde, por motivo del proceso que le siguieron a Cardona por haberse levantado en contra de Figueres, siendo su ministro de Seguridad Pública; mi padre reproduce el referido documento en su libro La verdad en marcha. Figueres se negó a esta petición de sus militares, considerando, entre otras cosas, que en aquel momento la liquidación de mis fuerzas significaba también su derrumbe, pues su más leal y auténtica reserva era la que yo comandaba. El mismo consejo de oficiales de la "Segunda República", vista la negativa de Figueres, decidió atacarnos sorpresivamente y asesinar a todos los nicaragüenses de Río Conejo, para lo cual

comenzaron a hacer investigaciones sobre nuestras armas, organización, etc. Cuando me enteré de este propósito, invité al ministro de Seguridad Pública, "coronel" Edgar Cardona, para presenciar las maniobras de mi gente en la montaña donde estaban acantonados. Pudo observar cómo los "cachorros", así se autodenominaban los nicas que yo comandaba, desarmaban cualquier tipo de ametralladora, y la volvían armar con los ojos vendados, en pocos segundos, tiempo máximo alrededor de un minuto; y no lo hacía uno solo, sino cualquiera, desde el oficial comandante hasta el cocinero. Los vio practicar ejercicio de comandos, emboscadas, "camouflaje", lucha cuerpo a cuerpo, tiro al blanco, etc. Y se volvió a su cuartel, ya en la tarde, a comunicar a sus bravucones que era muy peligroso atacar a los pinoleros porque estaban "demasiado preparados".

Se optó, pues, por una táctica más traicionera y menos peligrosa para ellos y volvieron a las emboscadas en mi contra. Por medio de un oficial figuerista, que se decía amigo nuestro, se me invitó junto con varios compañeros a ir a una fiesta a Santa Ana. Comprendiendo que sería imprudente ir, ordené que nadie aceptase so pretexto de exceso de trabajo. Desgraciadamente el valiente capitán nicaragüense, José Santos Castillo, algunos de cuyos osados actos he mencionado antes no pudo resistir la tentación y se fue sin mi permiso. Al entrar en el lugar de Santa Ana donde se celebraba el baile, fue detenido por un policía de la "Segunda República", le dijo que por orden del ministerio de Seguridad Pública, ningún oficial de grado que fuere, podía entrar en una fiesta portando arma. El capitán Castillo le entregó la pistola que portaba al policía, ofreciendo este devolvérsela a la salida. Según relato de la joven que acompañaba al infortunado capitán Castillo, este fue llamado a media fiesta, y al salir a la puerta fue acribillado a balazos por un pelotón de soldados del ejército figuerista, los mismos excompañeros que el capitán Castillo había defendido denodadamente en los campos de batalla, ahora le disparaban inclementes, con las propias armas que yo les conseguí. Castillo cayó herido, pero con vida, gritando: "No me maten, recuerden que soy de los mismos; soy el Capitán Castillo, no me mate ... pero nuevas descargas hechas ya a cinco metros de distancia pusieron - - robusto y noble compatriota, quien abandonó a su mujer y cinco hijos , correr a unirse con nosotros en la revolución de Figueres.

En la madrugada me avisaron que el cadáver de Castillo estaba en "morgue" del Hospital de San José. Al enterarme de lo ocurrido decidí: A acuerdo con el general Velásquez, Caldera y mi primer ayudante y fiel a Alejandro Lacayo y otros, nuestro inmediato traslado a Santa Ana, armad todos de subametralladoras con el inquebrantable propósito de barrer a los bardes asesinos del capitán Castillo. No encontramos a nadie. Luego supimos que todos habían sido llevados a un cuartel de San José; por orden de Marshall, Cardona y Manuel Enrique Herrero, director de policía este último punto ante nuestra violenta protesta, se mostraron condolidos, y

juraron que harían una investigación y castigarían rigurosamente a los culpables del crimen, para cuyo efecto ya habían detenido a toda la guarnición de Santa Ana. Delegué en el general Velásquez mi representación para que comprobara que efectivamente se procesaba y castigaba a los asesinos. Al día siguiente, me dijo que habían sido encontrados los verdaderos autores de la muerte de Castillo, que eran dos calderonistas que, disfrazados de soldados figueristas, los había tirado luego de que las autoridades del cuartel le habían mostrado los cadáveres de los culpables, que confesos, habían sido ejecutados al instante.

Poco después averigüé que el plan de los "militares" de la "Segunda República" era hacer que yo fuera a Santa Ana con todo mi estado mayor, para una vez allí matarnos a todos en plena fiesta; pero como solo fue Castillo, este resultó siendo la única víctima. También comprobé que los cadáveres que enseñaron al general Velásquez en el cuartel, no eran de soldados figueristas ni de calderonistas que se hubieran disfrazado de soldados para cometer crimen alguno, sino dos trabajadores costarricenses detenidos desde hacía tiempo por ser antifigueristas, y que fueron asesinados por los partidarios de este, aprovechando la ocasión que se presentó para decir que eran los autores de la muerte de Castillo.

Bueno es manifestar aquí que a pesar de nuestras gestiones de protestas, ni Figueres, ni miembro alguno de la Junta Fundadora, se preocuparon por esclarecer y menos aún castigar este horrendo crimen perpetrado contra el mejor ametralladorista del ejército de Figueres. El gobierno de este no puso más atención a éste asesinato que el que le hubiere puesto a la noticia de un gato aplastado por un automóvil en cualquier esquina de la ciudad. Ni un solo miembro de la Junta fue al entierro del capitán Castillo, de cuyo ataúd todavía goteaba la sangre cuando era llevado al cementerio. Las manchas que esa sangre dejó sobre las calles de la capital, cuyo dominio entregamos a aliados traidores y pérfidos, no podrá ser lavada jamás si no es por la de los criminales del Junta Fundadora, escuela de simulación, "gangsterismos" y de deslealtades más grandes que registra la historia de Centroamérica.

Cuando el capitán Castillo se fue a Costa Rica para engrosar las filas de Figueres, seducido por las promesas unionistas que este nos había hecho a los nicaragüenses, dejó la gerencia de una fábrica de sombreros, empleo en el que ganaba muy bien. Hoy la viuda y sus hijos perecen en la mayor miseria, sin que jamás nuestras gestiones ante Figueres, cuando este era presidente, hayan dado resultado alguno para que le asigne alguna pensión a las víctimas de sus esbirros.

Con motivo de la creciente hostilidad de nuestros exaliados manifestada en insultos y agresiones, solo algunas de las cuales es posible relatar, pues suman tantas que por sí mismas llenarían todo este folleto, urgí a Figueres reunir el dinero para mandar a

comprar las armas prometidas, y pronto estuvieron listos cien mil dólares. Una noche llegó mi viejo amigo Walter Lotz con el cheque bancario de cien mil dólares, y la siguiente propuesta de Figueres y de la "Junta Fundadora": que si yo prefería quedarme con esos cien mil dólares, en vez de emplearlos en la compra de armas, bien podría hacerlo con tal de que los empleare en algún negocio en el mismo país, pero que si insistía en que ellos, mis aliados, cumplieren lo prometido, estaban dispuestos a enviar oficialmente una delegación que yo mismo nombraría, para comprar las armas que indicare. Como es lógico suponer, opté por el último camino, puesto que no fui a Costa Rica en busca de negocios, sino en pos de un ideal por el cual no solo dejé comodidades personales, sino que estaba dispuesto a sacrificar la vida por su consecución. Nombré al nicaragüense Julio García y al costarricense Daniel Oduber como encargados de la compra de armas. Nuestras gestiones en el país parece que nos había ayudado desde el principio, lograron que su presidente aportara otros cien mil dólares. Por motivos que nunca pude esclarecer, García y Oduber compraron solo treinta mil dólares en armas cortas, doscientas subametralladoras Reising, y aunque devolvieron el sobrante del dinero al gobierno de Costa Rica, no sé qué empleo se dio a estos fondos que teóricamente eran del grupo nicaragüense a cuya orden se puso ese dinero. En cuanto a las armas, cuando llegaron, el gobierno tico no quiso darnos una sola subametralladora, alegando que la amenaza del calderonismo les obligaba a mantenerlas a disposición de su propio ejército.

Olvidaba relatar que mientras-esperábamos la llegada de las armas vieron a formarse, más organizadamente los mismos grupos que ante país-base intrigaban para que las armas se les entregasen a ellos y no a Figueres. Ahora reclamaban de este una ayuda efectiva y que me hiciera a mí a un lado. Yo no culpo a los delegados del general Chamorro, encabezados por el Dr. Gustavo Manzanares, de tratar de "capitalizar", para su partido, el apoyo Figueres, pues es finalidad de cada partido político la obtención del gobierno.

Y es preciso aclarar aquí, que a pesar de la fuerte rivalidad política, y la pugna constante que existió entre el Dr. Manzanares, don Toribio Tijerino y el grupo que yo encabezaba, de estos señores no tengo nada personal que resentir, pues por el contrario, en el terreno individual mantuvimos siempre cordiales relaciones y caballeroso trato; pero entre la gente que decía simpatizar con ellos, se estableció nuevamente un verdadero comité de difamación para mis compañeros y para mí. Sin embargo, creo necesario relatar que uno de estos políticos tradicionales, no solo se quedó en las sombras, sino que utilizó todo tipo de truculencias para hacernos daño. Resulta que el doctor Prío Socarrás, había enviado con un delegado personal -el compañero Eufemio Fernández- sesenta mil dólares para ayuda económica a nuestro grupo. Desgraciadamente nos encontrábamos en misión en Guatemala, tanto el suscrito como el tesorero del movimiento, don Octavio Pasos. Quién sabe cómo el

general Carlos Pasos se dio cuenta y, aprovechando tener el mismo apellido, buscó a Eugenio y este, en un gesto de sencillez le entregó el dinero. Ni qué decir que fue imposible obtener por las buenas la devolución de esa importante suma. El referido político era muy hábil en esos engaños y la difícil situación reinante en Costa Rica nos hizo abstenernos de tomar medidas drásticas en su contra. Según supe después tal suma no fue utilizada en provecho propio, sino que ingresó a las arcas del partido Conservador, vale decir del movimiento liderado por el general Emiliano Chamorro. Si algún miembro de la Legión del Caribe que era, como dije, la única que residía a plena ciudad, se emborrachaba y causaba un escándalo, hacía correr la voz de que era algún subalterno mío. Una vez ametrallaron la casa del Consulado de Nicaragua e hicieron correr el rumor que yo lo había ordenado. Desgraciadamente un joven que se decía amigo mío tomó parte en ese atentado innoble y contraproducente, pero jamás tuvo la entereza de declararse culpable. Dichosamente, pronto se estableció que yo nada tuve que ver en esa estúpida provocación, pues no creo en expedientes rastreros como métodos de lucha política, y el atentado personal sería indigno de quienes enarbolan una bandera de principios, ya que eso jamás arregla ninguna situación ni cambia un sistema de gobierno.

Recuerdo que una noche tuve una larga discusión con el general Carlos Pasos, quien en un resumen mantenía la tesis de que yo era demasiado joven para ser jefe de una organización bélica. Al relatar a Figueres esa discusión, este me dijo que nunca cediera ante este industrial, pues en su visita a Managua había comprobado la forma injusta con que trataba a sus empleados, relatándome un incidente entre Pasos y un carretero, en el cual este lesionó los intereses del pobre hombre, según la versión que dio don Pepe. Sí me dijo que él creía que para la realización de sus planes centroamericanos, él personalmente debía de asumir el mando del ejército revolucionario nicaragüense; yo me manifesté conforme si solo él, pero si con un estado mayor nicaragüense asumía la responsabilidad del movimiento armado contra el régimen de Nicaragua, pero Figueres me dijo que los oficiales nicaragüenses eran díscolos, difíciles de manejar, y que para evitarse dificultades, todos los puntos clave del ejército revolucionario debían de ponerse bajo el mando de hondureños y dominicanos que él nombraría, y que después del triunfo, el ejército nicaragüense, al que debía de incorporarse el elemento sano de la Guardia Nacional, también tendría que estar dirigido por oficialidad extranjera. Que de esto él ya se había puesto de acuerdo con Rodríguez, Ramírez y otros dominicanos, para que la Legión Caribe, en forma independiente, gobernara una zona de Nicaragua completamente autónoma, para garantizar así el libre desenvolvimiento de toda la revolución del Caribe de la cual sería jefe supremo, con el apoyo de un estado mayor internacional, y con ejército, en cuanto a rasos se refería, compuesto básicamente de nicaragüenses.

Tal era el plan de generalísimo Figueres, quien, además, vigilaría las elecciones y

tendría derecho de vetar a cualquier candidato. Tal proyecto obtuvo mi categórica negativa, argumentándole que si mi padre había peleado durante toda su vida en contra de la intervención extranjera en Nicaragua, mal podría propiciar yo, su hijo y nicaragüense auténtico, la intervención de un ejército virtualmente extranjero por su oficialidad, en el manejo de los asuntos internos de Nicaragua, pero que no obstante consultaría con mi estado mayor. Este rechazó enérgicamente tal propuesta manifestando que prefería sufrir los yerros de la administración del general Somoza, la tutela extranjera fuere cual fuere, menos de aventureros como demostraban ser la mayoría de la Legión Caribe. Y debo repetir aquí que estado mayor, oficialidad, clases y rasos, jamás devengaron sueldo durante el largo período que estuvieron bajo mi mando, preparándose para el movimiento de Nicaragua, y como reserva personal de Figueres, motivo que les autorizaba a considerarse en un nivel moral superior a la Legión Caribe, cuyos miembros sí cobraban sueldo del gobierno costarricense.

Cuando comuniqué a Figueres la resolución de nuestra oficialidad, y sobre todo el concienzudo razonamiento que sobre la materia hizo el general Rivers Delgadillo, ante el mayor Adolfo Vélez, el doctor Octavio Pasos y Julio Tapia, de mis consejeros principales, tuvieron un verdadero acceso de furor como nunca les había conocido antes. Se retiró bruscamente de sus habitaciones, y pasó sin hablarme varios días. Luego, con toda calma, me dijo que aceptaba como buena nuestra tesis, y que nosotros los nicaragüenses recibiríamos de él la ayuda prometida para que actuáramos con independencia, sin tutela extranjera. Pocos días después de eso un pelotón de soldados del ejército de Figueres trató de capturarme otra vez en mi casa, con el resultado negativo de siempre, pues Octavio Caldera, mi ayudante personal, Alejandro Lacayo y otros compañeros, rechazaron enérgicamente la intentona. Calderita mandó a retar a duelo al director de policía Manuel Enrique Herrero, y yo mandé a retar, para un duelo inmediato, al matasiete de Frank Marshall; ninguno de estos sanguinarios bravucones quiso acudir a la cita, aunque esperemos largo rato en plena calle. Algunos amigos íntimos me sugirieron que probablemente el mismo Figueres fue quien trató de deshacerse de mí, visto que yo era un serio estorbo para sus planes personales de predominio en Centroamérica, idea que yo entonces rechacé como abusada.



En el orden de izquierda a derecha, Rosendo Argüello, Otilio Ulate y Pepe Figueres el 24 de abril de 1948 cuando entraron a la ciudad de San José las fuerzas figueristas.

- 1. La expulsión de Figueres lo fue por haber revelado secretos militares, y encubrir bienes del enemigo. En la última guerra mundial. Los documentos probatorios se publicaron oportunamente, según lo supe después.*
- 2. Fuerzas poderosas alrededor del Presidente fueron las que lograron mi expulsión.*
- 3. Este documento fue realizado por el Departamento de Historia del Centro de Investigación de la Realidad de América Latina (Managua, Nicaragua, 1992). "Doy testimonio: Conspiraciones y traiciones en el Caribe", sobre los mismos hechos narrados décadas posteriores. Por la importancia histórica de este documento, se incluye en esta obra, así como por incluir referencias nuevas sobre el tema.*

Material tomado de “Nuevos documentos de 1948. Los proscriptos”, Maarena Barahona, Editora.